

CONTRA CELSO

Orígenes

LIBRO TERCERO

1. Síntesis y nuevo plan

En nuestro primer libro contra el arrogante de Celso, que tituló *Discurso de la verdad*, escrito compuesto contra nosotros, refutamos según nuestras fuerzas, conforme a tu mandato, Ambrosio fidelísimo, el preámbulo del mismo y lo que sigue, examinando punto por punto lo que dice hasta que llegamos al discurso que finge dirigir su juicio contra Jesús. En el segundo respondimos, en cuanto fuimos capaces, a todo lo que dice contra los que hemos creído en Dios por medio de Cristo, en el discurso que pone en boca del mismo judío. Ahora acometemos este tercero, en que nos proponemos rebatir lo que dice en propia persona.

Dice pues, que “no hay nada tan necio como las disputas entre judíos y cristianos” y prosigue, que “nuestra mutua contienda sobre Cristo” no se diferencia en nada de la que, según el proverbio, se llama lucha por la sombra de un asno (cf. Plat., *Phaidor*. 260c). Según él, nada tiene de sagrado la disputa entre judíos y cristianos, “pues unos y otros están de acuerdo en que fue profetizado por espíritu divino, que debía venir cierto salvador a morar entre el género humano; pero disienten sobre si el profetizado ha venido ya, o no”. Los cristianos, en efecto, creemos en Jesús, que ha venido según las profecías; la mayoría de los judíos, en cambio, están tan lejos de creer en Él, que los de su tiempo atentaron contra su vida y los de ahora, aprobando el crimen que entonces se cometió contra Él, lo calumnian de haber inventado no se sabe por qué arte de magia, ser Él el que los profetas anunciaron que había de venir, llamado, según tradición de los judíos, Cristo o Mesías.

2. Las profecías no son «sombra de asno»

Entonces que nos digan Celso y los que se complacen en sus acusaciones contra nosotros, si les parece “sombra de asno”, haber predicho los profetas de los judíos, el lugar donde nacería el que había de ser caudillo de los que viven rectamente y son llamados *porción de Dios* (Dt 32,9); que una virgen concebiría al Emmanuel (Is 7,14); que el profetizado haría estos y los otros milagros

y prodigios (Is 8,18) y que su palabra correría tan de prisa, que a toda la tierra llegaría la voz de sus apóstoles (Sal 147,4; Sal 8,5); qué cosas padecería condenado por los judíos (Is 53,5) y cómo resucitaría (Sal 115,10). ¿Acaso dijeron todo eso al azar los profetas, sin convicción alguna que los moviera no solo a decirlas, sino a tenerlas por dignas de ser consignadas por escrito? ¿O es que la nación de los judíos, tan grande que de antiguo ocupó tierra propia que habitar, proclamó sin razón alguna a unos como profetas y rechazó a otros como pseudo profetas? ¿Es que no hubo nada que los moviera a juntar a los libros de Moisés, que eran creídos como sagrados, los discursos de los que posteriormente fueron tenidos por profetas? Los que a judíos y cristianos nos acusan de simplicidad, ¿serán capaces de demostrarnos que hubiera podido subsistir la nación judía, de no haber habido entre ellos alguna promesa de conocimiento de lo por venir? Los pueblos que los rodeaban, cada uno según sus tradiciones, creían recibir oráculos y adivinaciones de los que entre ellos eran tenidos por dioses; ¿y solo los que habían sido enseñados a despreciar a los dioses todos de las naciones, por tenerlos, no como dioses, sino como demonios (pues de ellos decían sus profetas: Todos los dioses de las naciones son demonios: Sal 95,5), no habían de tener a nadie que profesara la profecía y retuviera, a los que por deseo de conocer lo por venir, se pasarían como desertores a los démones o dioses de los otros? Considérese pues, si no fue necesario que la nación enseñada a despreciar a los dioses de las otras naciones, tuviera abundancia de profetas que demostraran por ahí mismo su superioridad y dejaran atrás todos los oráculos de cualquier parte.

3. Entre los judíos hubieron de darse también milagros

Además, en todas partes, o por lo menos en muchas, se han dado milagros, como seguidamente (III 22.24.26) presenta el mismo Celso a Asclepio, que hace beneficios y predice lo futuro a ciudades enteras que le están consagradas, como Trica, Epidauro, Cos y Pérgamo; y a Aristeas de Proconeso, a un cierto clazomenio y a Cleomedes de Astifalea; ¿y solo entre los judíos, que afirman estar consagrados al Dios del universo, no había de darse milagro ni prodigio alguno que confirmara y fortaleciera su fe en Dios y su esperanza de una vida mejor? ¿Cómo pueden pensar cosa semejante? Porque inmediatamente se hubieran pasado a dar culto a los démones que adivinan y curan, abandonando al Dios que teóricamente creían los ayudaba, pero que en realidad, no les mostraba por ningún lado su presencia. Pero si no aconteció así, sino que soportaron infinitas calamidades a trueque de no abjurar su judaísmo y su ley judaica, unas veces en Asiría, otras en

Persia, otras bajo Antíoco, ¿no es ello una demostración verosímil, para los que no creen en historias maravillosas y profecías, que no ficciones esas cosas, sino que cierto espíritu divino que moraba en las almas puras de los profetas —hombres que por amor de la virtud habían abrazado todo linaje de trabajos —, los movió a profetizar algunas cosas para sus contemporáneos, otras para los por venir y señaladamente, “sobre cierto salvador que vendría al género humano”?

4. De nuevo «la sombra de un asno»

Siendo esto así, ¿cómo decir que cristianos y judíos disputan entre sí “sobre la sombra de un asno” al inquirir por las profecías, en las que creen en común, si el que fue profetizado ha venido ya, o no ha aparecido aún en absoluto entre los hombres, sino que se le espera todavía? Y aunque por hipótesis, concediéramos a Celso que no es Jesús el que de antemano anunciaron los profetas, no por eso sería disputa “sobre la sombra de un asno” inquirir el sentido de las escrituras proféticas, a fin de demostrar claramente el que fue de antemano anunciado, qué cualidades habría de tener según las profecías, qué había de hacer y de ser posible, cuándo vendría entre nosotros. Ahora bien, anteriormente (I 51.53-54), hemos alegado algunas, de entre muchas profecías y probado que es Jesús el Cristo o Mesías anunciado por los profetas. No yerran pues, ni judíos ni cristianos al pensar que los profetas hablaron por inspiración divina; pero los que yerran esperando aún al que fue profetizado, piensan torcidamente acerca de quién fuera y de dónde vendría el que fue anunciado según la palabra verdadera de los profetas.

5. Los judíos, ¿egipcios de raza?

Seguidamente, Celso opina que “los judíos son egipcios de raza y que abandonaron Egipto por rebeldía contra la comunidad egipcia y por desprecio de la religión tradicional en Egipto”,¹ a lo que añade: “Lo que ellos hicieron a los egipcios, lo han venido a sufrir de parte de los que se han adherido a Jesús y creído en Él como Mesías; y en unos y otros, causa de la novedad fue la rebeldía contra lo comúnmente establecido”. Vamos a considerar lo que Celso afirma en este lugar. Los antiguos egipcios maltrataron de muchos modos a la nación hebrea, que apremiada por el hambre

¹ La ascendencia egipcia de los hebreos era lugar común de la propaganda anti judaica; cf. Apión, *apud* Ios., C. Ap. II 3,28; Strabo, XVI 11,35-36 (p.761) e Ios., *Ant.* XIV 7,2,118 (Chadwick).

que devastaba a Judea, vino a morar en Egipto; ahora bien, como quienes habían agraviado a huéspedes y suplicantes, sufrieron lo que forzosamente tenía que sufrir, por castigo de la providencia, una nación entera conjurada contra todo un pueblo que entre ellos buscó hospitalidad y en nada los ofendiera. Luego, heridos por el azote de Dios, a duras penas y tras muchas dilaciones, dejaron ir a donde quisieran a los que injustamente habían esclavizado. Ahora pues, como amadores de sí mismos y prefiriendo a sus congéneres, cualesquiera que fueran, a huéspedes más justos que ellos, no hubo calumnia que no echaran sobre Moisés y los hebreos. Los prodigios obrados por Moisés no los negaron desde ningún punto; pero afirmaron que los hizo no por virtud divina, sino por magia. Pero Moisés no fue un mago o hechicero, sino varón piadoso y consagrado al Dios del universo, que participando del espíritu divino, dio a los hebreos las leyes que la divinidad le inspirara y consignó por escrito los acontecimientos tal como en verdad sucedieron.

6. El argumento de la lengua

Así pues, Celso no estimó justamente los hechos que los egipcios narran de un modo y los hebreos de otro, sino que prevenido por su amor a los egipcios, a estos, que habían maltratado a sus huéspedes, los tuvo por veraces; de los hebreos, empero, que fueron los agraviados, dijo que abandonaron a Egipto por sedición. Pero no vio que no hay modo alguno de que semejante muchedumbre de egipcios rebeldes, dado caso que tuvieran por origen la sedición, se convirtieran en un pueblo por el hecho mismo de la sedición y cambiaran su lengua, de suerte que quienes hasta entonces habían hablado egipcio, ahora, súbitamente, se inventaron el hebreo. Pero admitamos la hipótesis que, al abandonar Egipto, aborrecieran también su habla natural: ¿cómo es entonces que después de ello no usaron la lengua de los sirios o de los fenicios, sino que compusieron la hebraica, que difiere de ambas? Pero lo que mi razonamiento quiere demostrar es que es mentira “que se rebelaron contra los egipcios algunos egipcios de raza, que abandonaron Egipto y que vinieron a Palestina, a habitar la que hoy se llama Judea”. Porque la lengua patria de los hebreos es anterior a su llegada a Egipto y las letras hebraicas son también distintas de las egipcias. En aquéllas escribió Moisés los cinco libros que los judíos tienen por sagrados.

7. Tampoco los cristianos proceden de una sedición

Pero tan mentira es que, siendo egipcios, los hebreos debieran sus orígenes a una sedición,

como que otros, siendo judíos, se rebelaron en tiempo de Jesús contra la comunidad judaica y siguieron a Jesús mismo. Y es así que ni Celso ni los que piensan como él podrán demostrar un solo hecho de rebeldía de los cristianos. Y, a la verdad, si la causa de la sociedad cristiana, que tuvo su comienzo de los judíos, hubiera sido la sedición, puesto que a los judíos les era lícito tomar las armas para defensa de los suyos y matar a sus enemigos, el legislador de los cristianos no hubiera prohibido de manera tan absoluta matar a un hombre. El enseñó, en efecto, que jamás es lícito a sus discípulos llevar a la muerte a un hombre por malvado que sea, pues no consideraba compatible con su legislación divina permitir género alguno de muerte de un hombre. Ni tampoco los cristianos, de haber debido sus orígenes a una sedición, hubieran aceptado leyes tan blandas que les obligan a dejarse matar como ovejas (Sal 44,23) y no son jamás capaces de defenderse de sus perseguidores. Pero si se examinan más a fondo las cosas, cabe decir de los que salieron de Egipto, que milagrosamente, como un regalo de Dios, el pueblo entero recibió de Dios la lengua que se llama hebraica, como lo dijo uno de sus profetas: *Al salir que salieron ya de Egipto, una lengua escucharon nunca oída* (Sal 80,6).

8. Razón, según Orígenes, del escaso número de los mártires

Y con este argumento hay que demostrar que los salidos con Moisés de Egipto no eran egipcios. De haberlo sido, era forzoso que también fueran egipcias sus nombres, pues en cada lengua los nombres propios están emparentados con ella. Ahora bien, si por los nombres, que son hebraicos, resulta claro que no eran egipcios (y es así que la Escritura está llena de nombres hebraicos que ponían a sus hijos los mismos que vivían en Egipto), es evidentemente mentira lo que dicen los egipcios sobre que los hebreos, siendo egipcios, fueron con Moisés expulsados de Egipto. Y es cosa patentemente clara, que descendiendo de antepasados hebreos, como lo atestigua la historia escrita por Moisés, usaron su propia lengua, de la que pusieron también los nombres a sus hijos.

Con respecto de los cristianos hay que decir, que enseñados a no vengarse de sus enemigos, observaron su ley blanda y humana, por lo que recibieron de Dios lo que no hubieran conseguido, de haber tenido licencia para hacer la guerra y de haber en absoluto podido llevarla a cabo. Dios mismo peleó por ellos en todo momento y según los tiempos, contuvo a los que se levantaban contra los cristianos y querían quitarles la vida. Solo como ejemplo, para que viendo los otros luchar a unos pocos por la religión, se fortalecieran más y despreciaran la muerte, han muerto, a

tiempos, unos pocos y muy fácilmente contables por la religión cristiana; pero Dios impide que sea aniquilado todo el pueblo, pues quiere que subsista y que toda la tierra se llene de esta saludable y piadosísima doctrina. Pero por otra parte, para que los débiles respiraran de su miedo a la muerte, Dios ha tenido providencia de sus creyentes y por solo su querer, ha desvanecido toda asechanza contra ellos, de suerte que ni emperadores, ni gobernadores locales, ni las muchedumbres pudieran inflamarse más contra ellos.

Vaya todo esto contra la afirmación de Celso de que “el origen del pueblo judío fue, en lo antiguo, la sedición y que posteriormente, ese mismo fue el origen de los cristianos”.

9. El apostolado cristiano, contra una mentira de Celso

Pero, como quiera que en lo que sigue miente a cara descubierta, vamos a citar sus palabras, que son estas: “Si todos los hombres quisieran ser cristianos, no lo querrían estos”. Pero que tales palabras sean una mentira, se pone de manifiesto por el hecho de que en cuanto de ellos depende, los cristianos no dejan piedra por mover para que su doctrina se esparza por todo lo descubierto de la tierra. Y es así que algunos acometen la hazaña de recorrer no solo ciudades, sino villas y hasta cortijos para hacer también a otros piadosos para con Dios. Y nadie puede decir que hagan eso por amor a la riqueza, siendo así que hay quienes no toman ni lo necesario para su sustento; y cuando apremiados por la necesidad, toman algo, se contentan con lo necesario, por más que muchos quieran entrar a la parte con ellos y darles más de lo que necesitan.

Acaso actualmente, cuando por la muchedumbre de los que abrazan nuestra doctrina, hay ricos y altas dignidades y mujeres delicadas y nobles que admiran a los ministros de la palabra, se atreviera alguien a decir que hay quienes se dan, por deseo de vanagloria (cf. *infra* III 30), a la predicación cristiana; pero en los comienzos, cuando los doctores señaladamente corrían gran peligro, no había razonablemente lugar para tal sospecha. Y aún ahora, la ignominia que nos viene de los otros, es mayor que la supuesta gloria que nos tributan los de nuestro mismo sentir y no todos. Salta pues a la vista, que es mentira que “si todos los hombres quisieran ser cristianos, estos ya no lo querrían”.

10. ¿Pocos o muchos cristianos?

Pues veamos lo que dice ser prueba de su aserto: “A los comienzos, dice, eran pocos y solo

tenían un sentir (Hch 2,44ss; 4,32); pero cuando se esparcieron en muchedumbre, se fragmentan y escinden a su vez y cada uno quiere tener su propio partido, que es lo que desde el principio deseaban”. Ahora pues, que los cristianos, en parangón con la muchedumbre posterior, fueran pocos a los comienzos, es cosa evidente; y sin embargo, no eran tampoco desde ningún punto de vista, pocos. Pues lo que suscitó la envidia contra Jesús y azuzó a los judíos a conjurarse contra él, fue la muchedumbre de los que lo siguieron hasta el desierto, cinco mil y cuatro mil hombres, sin contar mujeres y niños (Mt 14,21; 15,38). Y es así que era tal el hechizo de las palabras de Jesús, que no solo le querían seguir los hombres hasta el desierto, sino también las mujeres, sin alegar la excusa de su flaqueza, ni lo que pudiera parecer seguir al maestro hasta el desierto. Y hasta los niños, lo más indiferente que cabe imaginar, lo seguían juntamente con sus padres, ya solamente por acompañarlos, ya, tal vez, atraídos también por la divinidad de Jesús, a fin de que en ellos se sembrara algo divino. Pero demos que en sus comienzos fueran pocos los cristianos; ¿qué tendrá esto que ver con que los cristianos no quieran persuadir a todos los hombres de su doctrina?

11. Nunca hubo un solo sentir entre cristianos

Afirma también que “todos tenían un solo sentir”; pero tampoco aquí vio que desde el principio hubo discrepancias entre los creyentes acerca de la interpretación de las escrituras tenidas por divinas. Por lo menos, cuando aún predicaban los apóstoles y los mismos que habían visto a Jesús enseñaban sus doctrinas, *surgió una disputa no insignificante* (Hch 15,2) por parte de los que habían creído de entre los judíos, con respecto de los venidos al Evangelio de entre las naciones: ¿Debían estos observar las costumbres judaicas o había que quitar del cuello de quienes habían abandonado sus tradiciones y creído en Jesús de entre las naciones, la carga, no necesaria, de los alimentos puros o impuros? Y en las mismas cartas de Pablo, que vivió en tiempo de los que habían visto a Jesús, se hallan algunos dichos que dan a entender, haber discutido algunos acerca de la resurrección, afirmando haberse dado ya y acerca del día del Señor, sobre si estaba o no, próximo (Co 15,12ss; 2 Tim 2,18; 1 Ts 5,2). Y por este pasaje: *Evita las profanas habladurías y las antítesis de la mal llamada ciencia que profesan algunos, por lo que han venido a naufragar en la fe* (1 Tm 6,20s), se ve claro que ya al principio, cuando según Celso, no eran aún muchos los creyentes, había entre ellos falsas interpretaciones.

12. El origen de las diversas sectas o escuelas

Luego, en tono de acusación contra nuestra doctrina, nos echa en cara las sectas que se dan en el cristianismo, diciendo: “Mas cuando se esparcieron en muchedumbre, de nuevo se escindieron y separaron unos de otros y cada uno quiere tener su propio partido”. Y prosigue diciendo que, “divergiendo por razón de la muchedumbre, unos a otros se impugnan y ya solo una cosa les queda en común, si es que les queda: el nombre. Como quiera que sea, solo este se avergüenzan de abandonar; en todo lo demás, unos se organizan de un modo y otros de otro”. A esto responderemos, que no hay cosa alguna en que no hayan surgido sectas diferentes, si la cosa no tiene un origen serio y es útil para la vida (cf. II 27; V 61). Así por ejemplo, por ser la medicina útil y necesaria al género humano y por haber en ella múltiples cuestiones que se discuten sobre la manera de cuidar el cuerpo, es por lo que se ha dado que hayan surgido, como es notorio, en su campo muchas sectas entre los griegos y yo me imagino que también entre los bárbaros que profesen la medicina. Otro ejemplo: como la filosofía, que profesa el conocimiento de la verdad y de la realidad de las cosas, nos aconseja cómo debemos vivir y se esfuerza por enseñarnos lo que conviene a nuestra raza y las cuestiones que trata permiten gran divergencia, es por lo que en ella se han formado múltiples escuelas, unas muy conocidas, otras menos. Es más, aun en el judaísmo, la distinta interpretación de los escritos de Moisés y de los discursos proféticos dio ocasión al nacimiento de sectas. De modo, pues, semejante, al aparecer el cristianismo como algo muy digno de atención a los ojos, no solo de gentes de condición servil, como se imagina Celso, sino también de muchos eruditos entre los griegos, surgieron forzosamente bandos o partidos, no absolutamente por afán de disensión o disputa, sino por el empeño que muchos eruditos han tenido en entender a fondo los misterios del cristianismo. De ahí se siguió, que al interpretarse diversamente las palabras que todos a una tenían por sagradas, surgieron las sectas o escuelas que llevan el nombre de los que admiraban desde luego el origen de la doctrina, pero, como quiera, se movieron por razones probables a discrepar entre sí. Pero ni fuera razonable huir de la medicina por razón de las sectas o escuelas que en ella se dan, ni quien aspire a obrar decentemente odiará la filosofía, alegando como pretexto sus varias escuelas; así tampoco son de condenar los libros sagrados de Moisés y de los profetas por la simple razón de las sectas que existan entre los judíos.

13. «Oportet haereses ese»

Si este razonamiento es lógico, ¿por qué no defenderemos de modo semejante las sectas que han aparecido en el cristianismo? A mi parecer, de ellas habló maravillosamente Pablo diciendo: *Es menester que haya también entre vosotros bandos, a fin de que se pongan de manifiesto los que entre vosotros son probados* (1 Co 11,19). Efectivamente, el probado en medicina, es el que tras ejercitarse en diversas escuelas y haber examinado inteligentemente muchas de ellas, escoge la más excelente; y el que verdaderamente adelanta en filosofía, es el que por conocer muchos sistemas, se ha ejercitado en ellos y se ha adherido a la mejor doctrina; así diría yo que el más sabio cristiano es el que ha mirado a fondo las varias sectas del judaísmo y del cristianismo. Por lo demás, el que censure nuestra doctrina por razón de las sectas o escuelas, acuse también la enseñanza de Sócrates, de la que nacieron muchas escuelas de muy divergente doctrina. Es más, habrá que recriminar la doctrina de Platón por razón de Aristóteles, que se salió de su escuela para sentar nuevas teorías, de lo que ya dijimos anteriormente (II 12). A mi parecer, Celso ha tenido conocimiento de ciertas sectas, con las que no tenemos de común ni el nombre mismo de Jesús. Tal vez haya oído campanadas sobre los ofitas y cainitas y alguna otra secta de las que se han apartado totalmente de Jesús. Pero esto nada tiene que ver con acusación alguna contra el cristianismo.

14. El fundamento de nuestra religión

Después de esto dice: “Su unión es tanto más prodigiosa porque puede demostrarse que no tiene fundamento alguno sólido. Pero sí tiene un sólido fundamento, que es la sedición y el provecho que de ella se sigue, juntamente con el miedo a los de fuera; esto afianza su fidelidad”. A esto diremos que tenemos un fundamento de nuestra unión, o por mejor decir, no fundamento, sino una acción divina, de suerte que el principio de ella es Dios mismo, que por los profetas, enseñó a los hombres a esperar el advenimiento de Cristo, salvador de los hombres. Por ser verdaderamente irrefutable, aunque parezca ser refutada por los incrédulos, tanto se recomienda nuestra doctrina como palabra de Dios y se demuestra que Jesús es hijo de Dios antes de encarnarse y después de la encarnación. Mas yo por mi parte afirmo, que aun después de su encarnación, los que tienen ojos muy perspicaces del alma lo encuentran divinísimo y que verdaderamente descendió de Dios a nosotros. No debe ciertamente su origen, ni lo que sigue a su origen a la sabiduría humana, sino

a la manifestación de Dios, que con multiforme sabiduría y muchos milagros, estableció primeramente el judaísmo y luego el cristianismo. Con lo cual queda refutada la idea de que la sedición y el provecho que de ella pudiera venir, diera principio a una doctrina que a tantos ha convertido y llevado a mejorar su vida.

15. Tranquilidad transitoria

Pero que tampoco el miedo a los de fuera fortalece nuestra unión, es patente por el hecho de que por voluntad de Dios, ese miedo ha desaparecido hace mucho tiempo. Sin embargo, es probable que termine esta tranquilidad de que gozan los creyentes por lo que a la presente vida se refiere, pues una vez más, los que no pierden ocasión de calumniar nuestra religión, piensan que la causa de la actual sedición que tanto se ha propagado está en la muchedumbre de los creyentes, que no son combatidos por los gobernantes como lo fueron en tiempos pasados.² Y es así que nosotros hemos aprendido del Verbo a no adormecernos en la paz ni entregarnos a la molicie y a no desfallecer cuando somos perseguidos por el mundo, ni apostatar del amor en Cristo Jesús, al Dios del universo. Por lo demás, claramente exponemos lo que de sagrado tiene nuestra religión y no lo ocultamos, como se imagina Celso. Así, apenas alguien se convierte, le inculcamos el desprecio de todo ídolo e imágenes y seguidamente, levantando sus pensamientos del servicio de las criaturas en lugar de Dios, los elevamos al Creador de todas las cosas; finalmente, les demostramos con evidencia al que fue profetizado, por las profecías que sobre Él versan (y estas son muchas) y por los evangelios y dichos de los apóstoles, explicados a fondo para los que son capaces de entenderlos con superior inteligencia.

2 La "sedición" a que aquí parece aludir Orígenes, es la sedición o sediciones con que hubo de enfrentarse en el 248 Felipe el Árabe (244-249). "El ejército de Panonia alza a Pacaciano como emperador rival; en las fronteras de Capadocia y Siria aparece Jotapiano como aspirante al imperio, y en Siria misma, Uranio Antonino" (Chadwick, Intr. p. XIV). Es un buen apoyo cronológico de la composición de los ocho libros *Contra Celso*. Respecto a la calumnia pagana de ser los cristianos culpables de todas las calamidades del imperio, los textos que la atestiguan son innumerables. Baste alegar el famoso pasaje del *Apologético*, de Tertuliano (40,1-2): "Mas, por lo contrario, el nombre de facción debe aplicarse a los que se coligan en odio de los buenos y decentes, a los que vociferan contra la sangre de los inocentes, siquiera pretexten, eso sí, en defensa de su odio, lo que es también pura inanidad, su idea de que los cristianos tienen la culpa de toda pública calamidad, de todo lo que pueda sufrir el pueblo. Si el Tíber se sube a las murallas, si el Nilo no sube a los sembrados, si el cielo está quedado, si la tierra se mueve, si sobreviene el hambre o estalla una peste, al punto se clamorea: "¡Al león con los cristianos! ¡Tantos a uno solo!" Añadamos solo que el tratado de San Cipriano *A Demetriano* tiene por objeto "desarticular y refutar ampliamente las imputaciones ya corrientes entre los paganos y recrudescidas por Demetriano, que hacían responsables a los cristianos de las calamidades y desastres públicos que caían sobre el imperio: guerra, peste, hambre, sequía" (Obras de San Cipriano, ed. bilingüe preparada por J. Campos, Sch. P., p.272). En esa página se indica más bibliografía sobre el tema, que llega hasta la Ciudad de Dios, de San Agustín.

16. «Los espantajos» de los cristianos

Mas explique el que quiera, “qué cosas revueltas presentamos para atraernos a las gentes, o qué espantajos nos inventamos”, como escribe Celso sin prueba de ninguna especie; a no ser que entienda Celso por tales “espantajos inventados” la doctrina sobre Dios como juez y sobre la cuenta que los hombres han de dar de cuanto hicieron; doctrina que probamos de múltiples formas, ya por la Escritura, ya por razones probables. Sin embargo (amamos la verdad) y hacia el final afirma Celso: “No permita Dios que ni ellos, ni yo, ni otro hombre alguno rechace el dogma del castigo de los inicuos y galardón de los justos” (cf. VIII 48-49). Ahora bien, si se exceptúa esa doctrina acerca del castigo, ¿qué espantajos nos inventamos para atraer a los hombres? Pero dice además Celso, que “con ellos combinamos cosas mal entendidas de la antigua tradición (cf. Plat., *Leg.* 716c y *Epist.* VII 335a) y con ellas entontecemos de antemano al son de la flauta y música, como los sacerdotes de Cibeles a los que quieren llevar al frenesí”. Acerca de lo cual le diremos: ¿Qué antigua tradición hemos entendido mal? Ya sea que se refiera a la tradición griega, que enseña que hay tribunales bajo tierra; o bien a la judaica, que entre otras cosas, profetiza la vida que ha de seguir a la presente, jamás podrá demostrar que nosotros, por lo menos los que tratamos de creer con razón, estamos en mala comprensión de la verdad y a tales dogmas ajustamos nuestra vida.

17. Los templos egipcios

Luego le da por comparar los misterios de nuestra fe con las cosas de los egipcios: “Al que se acerca a ellos se le presentan espléndidos recintos y bosques sagrados, grandes y hermosos pórticos y templos, admirables y soberbios tabernáculos en torno y cultos llenos de superstición y misterio; pero el que ha entrado y penetrado en lo más secreto, se encuentra con que allí se adora a un gato, a un mono, a un cocodrilo, a un macho cabrío o a un perro”. Pero ¿qué tiene que ver nuestro culto con las cosas que tan sagradas se presentan a los que se acercan a los templos egipcios? ¿Qué tendrá que ver con los animales irracionales que son adorados más allá de los solemnes pórticos? ¿O hemos de pensar que las profecías y el Dios del universo y el desprecio de los ídolos son las cosas sagradas para Celso; y Jesucristo, crucificado, sería comparable con un animal irracional? Mas si esto dice (y no creo que quiera decir otra cosa), le responderemos que ya anteriormente (I 54.61; II 16.23), hemos hablado largamente para demostrar que lo que a Jesús le aconteció, aun lo que al parecer le aconteció humanamente, fue para provecho del universo y salud de todo el mundo.

18. Celso elogia la «iniciación» egipcia

Luego, como los egipcios explican misteriosamente el culto de sus animales y dicen ser símbolos de Dios, o como quieran llamarlo los que entre ellos son tenidos por profetas, dice Celso que “quienes se han aprendido esas cosas tienen la impresión de no haberse iniciado en vano”; pero las cosas que se manifiestan en nuestras doctrinas por medio del que Pablo llama carisma, que consiste en la palabra de sabiduría por obra del Espíritu y en la palabra de ciencia según el mismo Espíritu (1 Co 12,8), a los que estudian a fondo el cristianismo, no me parecen pasarle a Celso siquiera por la cabeza. Y me parece así, no solo por lo que ahora dice, sino también por lo que añade más adelante acusando a la religión cristiana, a saber: “que los cristianos rechazan a todo sabio de la doctrina de su fe y solo llaman a gentes necias y de condición servil”. Sobre esto último hablaremos oportunamente, cuando hayamos llegado al pasaje (III 44.50.55.74).

19. La sabiduría cristiana

Dice además que nosotros “nos reímos de los egipcios, siendo así que estos proponen enigmas no despreciables, pues enseñan que su culto tiene por blanco las ideas eternas y no, como se imagina el vulgo, animales efímeros”. Los necios somos nosotros, que “en nuestras explicaciones sobre Jesús, no ofrecemos nada que merezca mayor consideración que los machos cabríos y perros de los egipcios”. Respondamos a esto: “Enhorabuena, noble amigo, que pongas por las nubes los muchos enigmas y oscuras explicaciones que los egipcios dan acerca de sus animales; mas no obras como debes al acusarnos a nosotros, como si estuvieras convencido de que nada decimos, sino cosas todas indignas de consideración y míseras. La verdad es que nosotros disertamos sobre la persona de Jesús, según la sabiduría de la palabra entre los que son perfectos en el cristianismo. De ellos, como capaces de escuchar la sabiduría que se encierra en el cristianismo, enseña Pablo y dice: *Hablamos, empero, sabiduría entre los perfectos; mas no sabiduría de este mundo ni de los que mandan en este mundo y se reducen a nada, sino que hablamos la sabiduría de Dios escondida en el misterio, la que Dios predestinó antes de los siglos para gloria nuestra y que no conoció ninguno de los que mandan en este mundo*” (1 Co 2,6ss).

20. Las epístolas de Pablo

Y aquí preguntamos a los que piensan como Celso: ¿Es que Pablo no tenía idea de lo que es

sabiduría eminente cuando prometía hablar sabiduría entre los perfectos? Mas si responde según su habitual descaro, que eso prometió sin tener sombra de sabiduría, le replicaremos así: Primeramente, acláranos las cartas del que eso dice y fijando bien los ojos sobre cada una de sus frases (por ejemplo, de las cartas a los efesios, a los colosenses, a los tesalonicenses, a los filipenses y a los romanos), demuéstranos dos cosas: que has entendido las palabras de Pablo y que puedes presentar algunas como simples o tontas. Porque yo sé muy bien, que si con atención se entrega uno a su lectura, o admirará la inteligencia de un hombre que en lenguaje corriente expone grandes verdades, o si no la admira, se pondrá a sí mismo en ridículo, ya sea que comente el pensamiento del Apóstol como si lo hubiera entendido, o bien, trate de contradecir y refutar lo que se imagine haber aquél pensado.

21. Los misterios del Evangelio

Y nada digo por ahora del estudio cuidadoso de todo lo que está escrito en el Evangelio. Cada punto contiene muchas razones difíciles de entender, no solo para el vulgo, sino para algunos inteligentes. Tal, la exposición profunda de las parábolas que Jesús decía *a los de fuera* (Mc 4,11), guardando la explicación de ellas para los que habían sobrepasado la audición exotérica y se acercaban privadamente a Él en casa. Celso se hubiera admirado si hubiera comprendido qué razón hay para llamar a unos “de fuera” y a otros “de casa”. ¿Y quién que sea capaz de contemplar los diversos pasos de Jesús, no se maravillará al verlo, ya sea subir al monte para decir estos u otros discursos o hacer estas o las otras acciones o para transfigurarse y curar abajo los enfermos, incapaces de subir adonde lo seguían sus discípulos? Pero no es este el momento de explicar cuanto de verdaderamente venerable y divino contienen los evangelios o el sentido que Pablo tiene de Cristo (1 Co 2,16), es decir, de la Sabiduría y Verbo de Dios. Baste lo dicho contra esa mofa, indigna de un filósofo, de Celso, que osa comparar los íntimos misterios de la Iglesia de Dios “con los gatos, monos, cocodrilos, cabrones y perros de los egipcios”.

22. Mitos griegos y fe cristiana

Ese bufón de Celso no quiere omitir insulto ni burla alguna en su discurso contra nosotros y así nos viene con “los Dioscuros, Heracles, Asclepio y Dioniso, que de hombres, se cree entre los griegos haberse convertido en dioses”. Y añade que nosotros “no toleramos que se los tenga por

dioses, pues fueron hombres y vulnerables, a pesar de haber llevado a cabo ilustres hazañas en favor de los hombres. A Jesús en cambio, afirmamos que lo vieron después de muerto sus propios cofrades” (cf. II 70). Y todavía nos acusa de que digamos “que fue visto y visto como una sombra”. A esto diremos que Celso, muy astutamente, ni afirmó paladinamente no dar culto a esos como a dioses, pues temía lo que pensarían sus lectores, que lo tendrían por ateo de haber proclamado lo que le parecía verdad, ni tampoco pretendió tenerlos él personalmente por dioses. Mas para cualquiera de los casos tenemos a punto la respuesta. Ea, pues, digamos a los que no creen que sean dioses lo que sigue: Una de dos, o no existen en absoluto, sino que, como piensan algunos acerca del alma humana que se destruiría inmediatamente después de la muerte y en tal caso se destruyó también el alma de ellos, o, según opinión de los que dicen permanecer o ser inmortal el alma, permanecen aquéllos o son inmortales; pero no son dioses, sino héroes; o ni siquiera héroes, sino simplemente almas. Ahora bien, si damos por supuesto que no existen, tendremos que probar la doctrina acerca del alma, que es para nosotros de capital importancia; mas si existen, aun así tendremos que demostrar la inmortalidad, no solo por lo que hermosamente dijeron los griegos sobre ella, sino también por las sentencias de las divinas enseñanzas. Y haremos ver que no es posible que estos, convertidos en muchos dioses, llegaran después de salir de esta vida a una región y parte mejor. En prueba de ello alegaremos las historias que sobre ellos corren, en que se habla de la mucha intemperancia de Heracles y de su femenil servidumbre junto a Onfale; y cómo Asclepio fue herido con un rayo por su Zeus. También les alegaremos lo que se dice de los Dioscuros, que, “alternando los días, ora viven, ora mueren,

mas honor a los dioses semejantes les cupiera”.

(*Odyssea* II,303s.)

¡Ellos que mueren muchas veces! ¿Cómo, pues, tener, según razonable discurso, por dioses a ninguno de ellos?

23. Jesús no es un mito

Nosotros, en cambio, demostramos la verdad sobre nuestro Jesús por los escritos proféticos y comparando luego su historia con las de aquéllos, afirmamos que no ha habido en Él sombra de intemperancia. Y es así que los mismos que atentaron contra su vida y *buscaban contra Él un falso testimonio* (Mt 26,59-60), no hallaron ni apariencia de probabilidad en el falso testimonio para

acusarle de intemperancia. En cuanto a su muerte, se debió a la conjura de los hombres y nada tuvo que ver con el rayo que hirió a Asclepio. ¿Y qué tiene de sagrado el furioso Dioniso, vestido de mujer, para que se lo adore como a dios? Mas si los que defienden estos mitos se acogen a las alegorías, hay que averiguar puntualmente si las tales alegorías contienen algo sano; y averiguar puntualmente también, si quienes fueron despedazados por los titanes y derribados del trono celeste, pueden tener existencia real y ser dignos de culto y adoración. Nuestro Jesús, por el contrario, fue visto de verdad por sus propios “cofrades” (para valerme de la propia expresión de Celso) y falsea Celso la palabra divina al decir que “fue visto como una sombra”. Y no hay sino comparar lo que de aquéllos se cuenta con la historia de Jesús. ¿O es que quiere Celso que aquello sea verdad, e invención por el contrario, lo que escribieron testigos oculares? Testigos, por cierto, que con sus obras pusieron de manifiesto la claridad con que comprendieron lo que vieron y demostraron el espíritu que los animaba en lo que de buena gana sufrieron por la doctrina de Jesús. ¿Y quién que quiera proceder en todo según buena razón admitirá, venga lo que viniere, lo que de aquéllos se cuenta? Venido, empero, a la historia evangélica, ¿se abalanzará sin examen alguno a negarle toda fe?

24. Las curaciones de Esculapio

Además, cuando se dice de Asclepio que una gran muchedumbre de griegos y bárbaros confiesa haberlo muchas veces visto y verlo todavía, no como mero fantasma, sino a él mismo curando, haciendo beneficios y prediciendo lo por venir (cf. VII 35), Celso nos manda que lo creamos; y de creer en esas cosas, nada tendría que reprocharnos a los fieles de Jesús; mas cuando prestamos crédito a los discípulos de Jesús, que vieron sus milagros y muestran patentemente la sinceridad de su conciencia, pues vemos su ingenuidad, en cuanto cabe ver por los escritos una conciencia, Celso nos regala el calificativo de “gentes necias”. Pero él no puede presentar “esa muchedumbre, indecible, como él dice, de hombres, griegos y bárbaros, que confiesan a Asclepio”; nosotros, si esto le parece ser cosa impresionante, podemos mostrar patentemente una muchedumbre “indecible” de griegos y bárbaros que confiesan a Jesús. Y algunos, en las curaciones que realizan, demuestran haber recibido por esta fe algún poder maravilloso; y sobre los que necesitan de curación, solo invocan al Dios supremo y el nombre de Jesús, al tiempo que recitan parte de su historia (I 6). Y es así que nosotros mismos hemos visto a muchos, que por estos medios se han

librado de graves accidentes, de enajenación y locura y otros males infinitos, que ni hombres ni démones pudieron curar.

25. Ni el curar ni el adivinar son signos suficientes de divinidad

Pero, aun concediendo que un demon por nombre Asclepio cure los cuerpos, yo diría a los que tales curaciones admiran, o a los que admiran la adivinación de Apolo, que el arte de curar los cuerpos es cosa indiferente y que viene a estar no solo en gentes dignas, sino también en malvados; e indiferente es también el conocimiento de lo por venir, pues el que lo conoce no muestra por el mero hecho ser hombre digno. Siendo esto así, demostrad que los que curan o conocen lo por venir no son en ningún aspecto malos, sino que en todo y por todo se muestran personas dignas y no muy lejos de ser tenidos por dioses. Pero no serán capaces de demostrar que los que curan o conocen lo por venir son gentes honestas, pues de muchos que no merecían vivir se dice fueron curados; gentes que, por vivir indecentemente, ningún médico inteligente los hubiera querido curar. Y en cuanto a los oráculos de Apolo Pítico, es fácil encontrar cosas ordenadas fuera de toda razón. De ello voy a poner ahora dos ejemplos: a Cleomedes, creo que el púgil, mandó se le rindieran honores divinos (cf. III 33) por no sé qué de sagrado que hubo de ver en su arte del pugilato; y ni a Pitágoras ni a Sócrates los honró con los honores del púgil. Además, llamó “siervo de las musas” a Arquíloco,³ que ejercitó su arte de poeta en el peor y más disoluto de los argumentos, aparte de llevar una vida rota e impura; con lo cual, en cuanto era siervo de las musas, que son tenidas por diosas, lo proclamó hombre piadoso. Pero yo no sé si el hombre más vulgar dirá que el piadoso no esté adornado de toda modestia y virtud, ni si un hombre moderado diría las cosas de que están llenos los yambos nada santos de Arquíloco. Ahora bien, si nada divino se manifiesta en sí por las curaciones de Asclepio ni por la adivinación de Apolo, ¿cómo puede alguien razonablemente darles culto, como a dioses puros, aun concediendo que las cosas sean como se dice? Más que más, que

3 Al hombre que mató a Arquíloco en una batalla lo rechazó el oráculo por haber dado muerte al “servidor de las musas”. La obscenidad de sus versos fue causa de que se los dejara perder; en la escuela, desde luego, no se los podía utilizar. Es curioso que Juliano el Apóstata prohibiera su lectura a los sacerdotes de su renacido paganismo. Arquíloco hizo un arma de la poesía: *Archilochum proprio rabies armavit iambo* (Horat., *Ars poet.* 79). Según Plutarco (*Lacón, inst.*) fue arrojado de Lacedemonia porque defendía en un poema ser mejor huir que morir en la batalla: “De mi escudo hace gala allá algún “saio”, el arma sin reproche que dejara junto a unos matorrales mal mi grado. Noramala perezca allá el escudo. Pronto, otro, no peor que él, nos compraremos”.

Hubo, sin embargo, de ser un gran poeta. “servidor de las musas”, la antítesis de Homero, digno de que su cabeza figurara con la de este en un doble Hermes (cf. *Die griéchuhe Literatur des Altertum*, von U. von Wilamowitz-Motlendorff, p. 30).

el espíritu adivinatorio, Apolo, limpio como está de cuerpo terreno, pasa por la natura (cf. VII 3) a la llamada profetisa sentada junto a la boca de la cueva pítica. Nada semejante pensamos nosotros acerca de Jesús y su poder. Su cuerpo, nacido de la Virgen, estaba compuesto de materia humana y era susceptible de ser herido y morir como los otros hombres.

26. La historia de Aristeas

Veamos ahora lo que seguidamente dice Celso, que trae a cuento milagros que corren en las historias y tienen en sí mismos todos los visos de incredibilidad, pero que, a juzgar por sus palabras, no deja él de creerlos. Y primeramente la historia de Aristeas de Proconeso, del que dice lo siguiente: “Ahí está además Aristeas de Proconeso, que de tan maravillosa manera desapareció de entre los hombres y de nuevo apareció patentemente, viajó luego por muchas partes de la tierra y narraba cosas maravillosas. Y por más que Apolo mandó a los metapontinos que lo pusieran en el número de los dioses, nadie tiene hoy por dios a Aristeas”. La historia parece haberla tomado de Píndaro (fragm.284, ed. Bowra) y de Heródoto (IV 14.15). Baste citar aquí el texto de Heródoto del libro cuarto de sus historias, que dice así sobre Aristeas: “Ya he contado de dónde era Aristeas, que esto dijo; pero ahora voy a referir lo que acerca de él oí en Proconeso y Cícico. Dicen pues, que Aristeas, que en nobleza de linaje no iba a la zaga de ninguno de los ciudadanos, entró en un batán de Proconeso y allí murió. El batanero, cerrado su taller, marchó a anunciarlo a los allegados del difunto. Cuando ya había corrido por la ciudad la noticia de haber muerto Aristeas, vino a contradecir a los que la afirmaban un hombre de Cícico, que venía de la ciudad de Artaca y afirmaba habérselo encontrado camino de Cícico y trabado con él conversación. El hombre se afirmaba ahincadamente en su contradicción, pero los deudos del difunto fueron al batán con todo lo necesario para levantar el cadáver. Pero abierta la casa, allí no apareció Aristeas ni vivo ni muerto. Al cabo de siete años se presentó en Proconeso y compuso aquellos versos que llaman ahora los griegos *arimaspeos* y compuestos, desapareció por segunda vez. Esto es lo que dicen las mentadas ciudades; pero a los metapontinos de Italia sé que les aconteció lo que sigue; trescientos cuarenta años después de la segunda desaparición de Aristeas, según mis cálculos en Proconeso y entre los metapontinos.

Dicen en efecto los metapontinos que el mismo Aristeas, apareciéndose en su país, les mandó levantar un altar a Apolo y junto a él, una estatua con el nombre de Aristeas de Proconeso. Porque,

les dijo, solo a su país, de entre los italiotas, había venido Apolo y él, que era ahora Aristeas, le había seguido; pero entonces, cuando siguió al dios, era un cuervo. Esto dicho desapareció; pero ellos, los metapontinos, añaden que mandaron a Delfos una comisión que consultara al dios qué significaba aquella aparición y que les fue mandado por la Pitia que obedecieran a ella y que obediéndola, les iría bien. Recibido el oráculo, hicieron lo que se les mandó. Y actualmente se levanta una estatua con el nombre de Aristeas junto a la imagen misma de Apolo. En torno a ella están plantados laureles. Y con esto basta sobre Aristeas”.

27. Celso cree en patrañas y no en el Evangelio

Pues hablemos ahora de esta historia de Aristeas. Si Celso la hubiera presentado como puro cuento y no hubiera dado a entender que la aceptaba como verdadera, nuestra respuesta a lo que dice hubiera sido distinta. Pero como afirma que desapareció prodigiosamente y volvió a aparecer con toda claridad, viajó por muchas partes de la tierra y contó cuentos maravillosos; como, por añadidura, trae a cuento el oráculo de Apolo mandando a los metapontinos que pusieran a Aristeas en el número de los dioses y lo trae como cosa que hace suya y acepta, dispondremos así nuestro razonamiento contra él: Tú, que supones que son absolutas fantasías los milagros que los discípulos de Jesús escribieron fueron hechas por su Maestro y censuras a los que creen en ellos, ¿cómo no tienes todo eso por milagrería y puro cuento? ¿Cómo tú, que reprochas a los otros que crean sin razón en los milagros de Jesús, te nos presentas creyendo en tamañas patrañas, sin alegar una prueba ni demostración de que efectivamente sucedieron? ¿O es que te imaginas que Heródoto y Píndaro son incapaces de mentir? Aquellos, empero, que han aprendido a morir por las enseñanzas de Jesús y tales escritos han dejado a la posteridad acerca de lo que estaban persuadidos, ¿habían de emprender tamaña lucha por ficciones, como tú piensas, por mitos y milagrerías, que por ello vivieran vida precaria y murieran violentamente? Constitúyete pues a ti mismo, arbitro de lo que se escribe de Aristeas y lo que se narra de Jesús y mira, si por los hechos, por el beneficio de la corrección, de las costumbres y por la piedad para con el Dios supremo, no cabe decir que es un deber creer que la historia de Jesús no aconteció sin disposición divina; pero que nada tiene de divino la de Aristeas de Proconeso.

28. Futilidad de la patraña de Aristeas

Porque, qué se propusiera la providencia con los milagros de Aristeas, ni qué beneficio quisiera hacer el género humano al hacer tamaña ostentación (como tú te imaginas), son preguntas a las que nada puedes contestar. Nosotros, por el contrario, cuando contamos la historia de Jesús, no alegamos una razón cualquiera de que así hubiera de suceder, sino la voluntad de Dios de que se estableciera la doctrina de Jesús, para la salvación de los hombres, que había de asentarse sobre los apóstoles como fundamentos del edificio del cristianismo (Ef 2,20s) y crecer en los tiempos siguientes, en que se realizan no pocas curaciones en el nombre de Jesús y otras manifestaciones divinas nada despreciables. ¿Y quién es ese Apolo, que manda a los metapontinos que pongan a Aristeas en el número de los dioses? ¿Con qué intención hace eso? ¿Y qué beneficio se propone hacer a los metapontinos, por el honor que tributan como a dios al que poco antes tenían por puro hombre? Apolo es, según nuestra opinión, “un demon al que honores de grasa y libación en suerte caben”.

(*Ilíada* IV 49.)

Ahora bien, que Apolo recomiende a Aristeas es cosa que te parece a ti fidedigna; las recomendaciones, en cambio, del Dios supremo y de sus santos ángeles, proclamadas por medio de los profetas, no solo después de la venida de Jesús, sino antes también de venir a vivir entre los hombres, ¿no te mueven a admirar ni a los profetas, que recibieron el Espíritu divino, ni al que fue por ellos profetizado? Su venida a este mundo fue proclamada muchos años antes por tantos profetas, que la nación judía entera, colgada de la expectación del que esperaban que había de venir, vino a escindirse por la contienda que produjo la venida de Jesús. Porque fue así que una gran muchedumbre de ellos lo confesó por el Mesías y creyó que Él era el que había sido profetizado; pero los que no creyeron, haciendo mofa de la mansedumbre de los que, por amor de las enseñanzas de Jesús, no querían la más mínima sedición, cometieron contra Jesús tales desafueros cuales consiguieron sus discípulos con amor a la verdad e ingenuidad de ánimo, sin disimular de su prodigiosa historia lo que a los ojos del vulgo parece ignominioso para la religión de los cristianos. Y es así que Jesús mismo y sus discípulos quisieron que los que se acercaban a Él, no solo creyeran en su divinidad y milagros, como si no tuviera Él parte en la naturaleza humana, ni hubiera asumido la carne que en los hombres *codicia contra el espíritu* (Ga 5,17), sino que, como fruto de su fe, vieran la fuerza que había descendido a la naturaleza humana y a las miserias humanas y que asumió alma

y cuerpo humanos, juntamente con la divinidad, para la salud de los creyentes. Estos ven cómo desde entonces, comenzaron a entretenerse la naturaleza divina y la humana. Así la naturaleza humana, por su comunión con la divinidad, se torna divina no solo en Jesús, sino también en todos los que, después de creer, abrazan la vida que Jesús enseñó, vida que conduce a la amistad y comunión con Dios a todo el que sigue los consejos de Jesús.

29. El peor cristiano, mejor que el mejor pagano

Ahora bien, el Apolo de Celso mandó a los metapontinos que pusieran a Aristeas en el número de los dioses. Pero los metapontinos creyeron que los argumentos que probaban que Aristeas era un hombre y acaso ni siquiera bueno, eran más fuertes que el oráculo de Apolo de que fuera dios o digno de honores divinos y no quisieron obedecer a Apolo; con lo que se explica que “nadie tenga a Aristeas por dios”. De Jesús, en cambio, podemos decir que era provechoso para el género humano recibirlo como a Hijo de Dios, como a Dios venido en cuerpo y alma; pero esto no parecía convenir a la gula⁴ de los démones, que aman los cuerpos, ni a los que los tienen por dioses; de ahí que los démones que vagan por la tierra, tenidos por dioses por quienes no están instruidos en materia de démones y los mismos que les daban culto, se empeñaron en impedir que se propagara la doctrina de Jesús. Y es así, que de imponerse las enseñanzas de Jesús, veían de inmediato que desaparecían las libaciones y grasas en que golosamente se deleitaban. Pero el mismo Dios que envió a Jesús, destruyó toda la conspiración de los démones e hizo que por toda la tierra se impusiera el Evangelio de Jesús para conversión y corrección de los hombres y que por doquiera surgieran también iglesias, de constitución muy distinta a las comunidades políticas, compuestas de hombres supersticiosos, disolutos e inicuos. Tales son en efecto, las costumbres que se estilan en las comunidades de las ciudades. Pero las iglesias de Dios, que siguen las enseñanzas de Cristo, comparadas con las comunidades de los pueblos junto a las que viven como forasteras (1 P 2,11), son como lumbreras en este mundo (Flp 2,15). Porque ¿quién no confesará que los peores miembros de la Iglesia y que en parangón con los mejores, dejan mucho que desear, son mejores que

4 Orígenes repite constantemente que los démones se alimentan de la sangre y grasa de los sacrificios que se les ofrecen. Según *Comm. in Matth.* XIII 23, los poderes malignos están furiosos contra la doctrina de Jesús porque los priva de los sacrificios. La idea, por lo demás, que viene de Homero, era universal por aquel tiempo (cf. Chadwick, p. 146 n. 1).

muchos que forman las comunidades populares?⁵

30. Confirma lo dicho con ejemplos

Así, por ejemplo, la iglesia de Dios de Atenas, por tener decidida voluntad de agradar al Dios sumo, es mansa y tranquila; mas la comunidad popular de los atenienses es levantisca y en modo alguno puede compararse a la iglesia de Dios allí establecida. Y lo mismo hay que decir de la iglesia de Dios de Corinto y la asamblea popular de los corintios; y para poner otro ejemplo, de la iglesia de Dios de Alejandría y de la comunidad del pueblo de los alejandrinos. Si el que esto oye es inteligente y examina las cosas con amor a la verdad, no podrá menos que admirar al que decidió y logró que se formaran por doquiera iglesias de Dios que habitaran como forasteras (1 P 2,11) junto a las comunidades populares de cada ciudad. Y de modo semejante, si se compara el consejo de la Iglesia de Dios con el consejo de cada ciudad, se hallará que algunos consejeros de la Iglesia son dignos de gobernar en una ciudad de Dios, si tal ciudad existiera en el universo; pero los consejeros de cualquier parte no presentan en sus costumbres nada digno de la preeminencia que les viene de su autoridad, por la que parecen descollar sobre los ciudadanos. Así ha de compararse el que manda en la iglesia de cada ciudad con el que manda sobre la ciudad misma y se comprenderá que hablando en general, aun los consejeros y gobernantes de la Iglesia de Dios, que dejan mucho que desear y son más desidiosos en parangón con los de más fervor, no por eso dejan de superar, en lo que atañe a progreso en la virtud, las costumbres de los consejeros y gobernantes de las ciudades.

31. Abaris el hiperbóreo

Siendo esto así, ¿no es razonable pensar que hubo en Jesús, ya que fue capaz de llevar a cabo tamañas cosas, una divinidad no vulgar? No así en Aristeas de Proconeso, por más que Apolo se empeñe en ponerlo en el número de los dioses, ni en ninguno de los que enumera Celso cuando dice: “Nadie tiene por Dios al hiperbóreo Abaris, que tuvo tal virtud que fue llevado por una flecha” (Herod., IV 36; Porph., *Vita Pythagorae* 28-29; Iambl., *Vita Pyth.* XIX 91 *et alibi*). En efecto,

⁵ Aquí y en el párrafo siguiente se contraponen la *ecclesia tou theou* o la *ecclesia tou demou*. Los nombres son los mismos, pero la realidad no puede ser más distinta. Que de la “asamblea del pueblo”, cosa tan particular de cada polis, se pasara al concepto universal de “Iglesia de Dios”, lo más universal, lo más católico que cabe imaginar, es como un milagro semántico.

¿qué intentaba la divinidad al hacer al hiperbóreo Abaris la merced de ser llevado por una flecha, o qué provecho se seguiría al género humano de tan alto don? Y Abaris mismo, ¿qué sacaba al ser llevado por una flecha? Y esto dando por complacencia que no se trate absolutamente de fantasía, sino que sucediera por alguna operación demoníaca. Pero cuando de mi Jesús se dice que *es asumido en gloria* (1 Tm 3,16), veo la dispensación de Dios que hizo eso para recomendar a los que contemplaron a su Maestro; así lucharían con todas sus fuerzas, no como si lucharan por enseñanzas humanas, sino por doctrina divina; se consagrarían al Dios supremo y todo lo harían para agradarle, como quienes han de recibir en el tribunal divino, según sus méritos, la paga de lo bueno o malo que hubieren hecho.

32. Hermótimo de Clazómenes

Luego viene a hablar Celso del famoso (Hermótimo) de Clazómenes y al cabo de su historia, añade: “¿Acaso no se dice que el alma de él, abandonando a menudo su cuerpo, andaba vagando incorpórea? Y tampoco a este tuvieron las gentes por dios” (Plin., *Nat. hist.* VII 174; Luc., *Muscae enc.* 7; Tert., *De anima* 44). A esto diremos que acaso algunos démones malvados dispusieron que tales patrañas se pusieran por escrito (porque no creo que dispusieran también que sucedieran), a fin de desacreditar como cuentos semejantes a ellas lo que fue profetizado acerca de Jesús o lo que por Él fue dicho, o no se admire en absoluto, por no tener más que lo que los otros tienen. Pero mi Jesús dijo acerca de su propia alma (que no se separó de su cuerpo por necesidad humana, sino por la potestad maravillosa que aun en esto le fue dada): *Nadie me quita mi alma (= mi vida), sino que yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y tengo también poder para volverla a tomar* (Jn 10,18) (cf. *supra* II 16). Y porque tenía poder de darla, la dio cuando dijo: *Padre, ¿por qué me has abandonado? Y dando una gran voz, expiró* (Mt 27,46.50). Así se adelantó a los verdugos de los crucificados, que les quebraban las piernas para que no prolongaran más el suplicio. Y volvió a tomar su alma cuando se manifestó a sus discípulos, después que dijera, en presencia de ellos, a los judíos que no querían creer en Él: *Destruid este templo y yo lo volveré a levantar en tres días... y hablaba del templo de su cuerpo* (Jn 2,19.21). Que es lo mismo que los profetas habían predicado de antemano en muchos pasajes; por ejemplo, en este: *Y segura descansa hasta mi carne, porque no dejarás mi alma en los infiernos y no permitirás que corrupción tu santo vea* (Sal 15,9).

33. La patraña de Cleómedes de Astipalea

Quiso demostrar Celso que había leído muchas historias griegas y trae también a colación la de Cleomedes de Astipalea, de quien narra “que se metió en un arca y encerrándose dentro de ella, no fue luego encontrado adentro; no se sabe por qué divino destino, cuando con la intención de prenderlo, rompieron algunos el arca, se había escapado de ella”. Pero tampoco esto, aunque no fuera cuento, como parece serlo, tiene nada que ver con los hechos de Jesús. Y es así que en todos estos de que habla Celso, no se halla ningún signo de divinidad que apareciera en la vida de los hombres; los signos, en cambio, de la divinidad de Jesús, son las Iglesias compuestas de hombres por Él favorecidos, las profecías que sobre Él versan, las curaciones hechas en su nombre, el conocimiento que de Él se tiene acompañado de sabiduría y la razón que hallan quienes se preocupan de remontarse de la fe sencilla a indagar el sentido de las Escrituras divinas, conforme a los consejos de Jesús mismo, que dijo: *Escudriñad las Escrituras* (Jn 5,39). Lo mismo quiere Pablo al enseñarnos que debemos saber responder a cada uno como conviene (Col 4,6) y aun el otro que dijo: *Prestos a dar satisfacción a todo el que os pida razón de vuestra fe* (1 P 3,15). Pero si Celso no quiere convenir en que se trata de un cuento, díganos qué intentó el supremo poder al hacer que, “no sabemos por qué divino destino, saliera Cleomedes volando de dentro”. Si nos presenta algo digno de consideración y un intento digno de Dios para conceder tal merced a Cleomedes, pensaremos qué haya de responderse; pero si no tiene nada, siquiera probable, que decir sobre el caso —y no lo tendrá porque no cabe encontrarlo—, nos pondremos del lado de los que no aceptan la patraña y la marcaremos con nota de falsa, o diremos que algún espíritu demoníaco, de modo semejante a los artificios de los hechiceros, hizo también lo que se cuenta del astipaleo. De este, sin embargo, piensa Celso que dijo un oráculo que “salió volando del arca por no se sabe qué destino divino”.

34. La pureza del culto cristiano

Yo creo que solo de estos hombres tuvo Celso noticia; sin embargo, para dar la impresión de que omitía adrede ejemplos semejantes, dijo: “Y otros muchos más se podrían alegar por el estilo”. Sea así, en efecto y demos por sentado que ha habido muchos hombres como esos que ningún bien hicieron al género humano. ¿Qué acción puede hallarse en estos hombres comparable con la obra de Jesús y sus milagros, de que largamente hemos hablado?

Luego, por dar culto “a uno que fue condenado a muerte y murió” (como dice Celso), opina que “hacemos algo parecido a los getas, que dan culto a Zamolxis; los cilicios, a Mopso (Cic., *De nat. deorum* II 7; *De divin.* I 40); los acarnienses, a Anfíloco; los tebanos, a Anfiarao y los lebadios, a Trofonio” (cf. VII 35). Pero también en esto le vamos a demostrar que no tiene razón para compararnos con dichos pueblos. Estos en efecto, levantaron templos y estatuas a los que enumera Celso; nosotros en cambio, hemos dejado de dar culto a la divinidad por esos medios, pues los tenemos más acomodados a los espíritus demoníacos, que no sé por qué manera, se asientan en cierto lugar, ya sea que lo ocupen ellos de antemano, o lo conviertan como en morada suya, atraídos por ciertas iniciaciones o magias; y admiramos profundamente a Jesús, que ha apartado nuestra mente de todo lo sensible, de cuanto no solo es corruptible, sino que de hecho se corromperá (cf. IV 61) y la levanta al honor del Dios supremo, que le tributamos por vida recta y oraciones. Estas se las dirigimos por medio de Jesús, que está entre la naturaleza del Increado y la de todas las cosas creadas. Él nos trae los beneficios del Padre y Él también, a la manera de sumo sacerdote (Hb 3,1 *et passim*), lleva nuestras peticiones al Dios supremo.

35. Jesús pide culto exclusivo

Realmente no sé por qué propósito diga Celso todo eso; pero ya que lo dice, quisiera charlar con él en el tono que le conviene. Dime, por tu vida, esos cuya lista nos has dado, ¿no son nada, ni tienen fuerza alguna ese Trofonio en Lebadea, ni Anfiarao en su templo de Tebas, ni Anfíloco en Acarnania, ni Mosco en Cilicia, o hay en los tales un demon o un héroe y hasta un dios, que obra cosas por encima del poder humano? Ahora bien, si afirma que no hay ahí nada particular, ni demoníaco ni divino, confiese ahora al menos su propio sentir, diga que es epicúreo y no piensa como los griegos, ni conoce a los demonios, ni da culto, siquiera como los griegos, a dios alguno. Con ello queda convicto de que en balde adujo todo lo anterior como si él lo aceptara por verdad y en balde será también todo lo que seguidamente adujere. Pero si afirma que esos que ha enumerado son demonios, héroes o dioses, tenga cuidado de que no venga por sus palabras a demostrar lo que no quisiera, a saber: que también Jesús fue algo semejante y por eso pudo demostrar, a no pocos hombres, que vino de Dios al linaje humano. Pero una vez que admita esto, considérese si no se verá forzado a afirmar, que Jesús es cosa más fuerte que esos en cuya lista lo puso. La prueba es que ninguno de esos prohíbe que se tributen honores a los otros; mientras que Jesús, como

seguro que está de ser más poderoso que todos ellos, prohíbe se los reconozca, por ser démones malvados, que han ocupado ciertos lugares de la tierra, ya que no son capaces de alcanzar las regiones más puras y divinas, adonde no llegan las groserías de la tierra y los males infinitos de la tierra.

36. Antínoo, el querido de Adriano

Luego viene a hablar de los amores de Adriano⁶ (me refiero al muchacho Antínoo y los honores que se le rinden en la ciudad egipcia de Antinoópolis) y opina que en nada se diferencian del culto que nosotros tributamos a Jesús. Pues vamos a demostrar que eso se ha dicho por odio puro. En efecto, ¿qué tiene que ver la vida del amante de Adriano, que no dejó ni al varón inmune de la pasión femenina, con la vida santa de nuestro Jesús, contra quien ni los mismos que lo acusaron de infinitas cosas y acumularon mentiras sobre mentiras, fueron capaces de insinuar el mínimo desliz en materia de incontinencia? Pero es que además, si se examina con amor a la verdad e imparcialmente todo ese asunto de Antínoo, se hallará que la causa de hacer aparentemente algo en Antinoópolis, aun después de muerto, son las magias e iniciaciones de los egipcios. Lo mismo cuentan los egipcios y los expertos en estos temas que acontece en otros templos, en determinados lugares en que se asientan démones con poder de adivinar o curar, que a menudo torturan también a los que creen que han transgredido algún precepto sobre alimentos vulgares o sobre tocar algún cadáver humano. De este modo tienen cómo espantar al vulgo inmenso e ignaro. Tal es también el que en Antinoópolis de Egipto es tenido por dios, cuyos milagros inventan los que viven del engaño, mientras otros, engañados por el demon que allí reside y otros, convictos por su flaca conciencia, se imaginan pagar una pena que divinamente les inflige Antínoo. Por el estilo son los misterios que celebran y las aparentes adivinaciones, de todo lo cual dista infinito el culto de Jesús. Porque no se juntaron una pandilla de magos o hechiceros para dar gusto al rey que se lo mandaba o a algún gobernador que lo ordenaba y dieron la impresión de que lo habían hecho dios (cf. V 38;

6 Antínoo, amante del emperador Adriano, se ahogó en el Nilo el año 130. Ael. Spart., *In vita Adriani*, dice: “Perdió a su Antínoo navegando por el Nilo y lo lloró mujerilmente. Del hecho corre distinta fama. Unos afirman que se ofreció en sacrificio por Adriano; otros, lo que da a entender su belleza y la excesiva pasión de Adriano. Como quiera, por mandato de Adriano, los griegos lo deificaron, afirmando que por él se daban oráculos: se corre haberlos compuesto el mismo Adriano”. La apologética primitiva recordó a menudo el hecho infamante: San Justino lo recuerda en contraste con la castidad cristiana, de la que refiere antes un caso concreto (y hasta extraño): “Y aquí hemos creído no estaría fuera de lugar recordar a Antínoo, que vivió en estos tiempos, a quien todos, por miedo, se arrojaron a honrar como a dios, no obstante saber muy bien quién era y de dónde venía”. (*I Apol.* 29). El muchacho procedía de Bitinia. Otros textos, cf. mis *Apologístas griegos del siglo II*, índice s.v. Antínoos, al que hay que añadir Theophil., *Ad Autol.* III 8.

VIII 61). No, fue Dios mismo, artífice del universo, quien, como consecuencia de la maravillosa fuerza persuasiva de su palabra, recomendó a Jesús como digno de honor, no solo a los hombres que quieran obrar juiciosamente, sino también a los démones y a otros poderes invisibles. Así lo ponen estos de manifiesto hasta el presente, ya por temor al nombre de Jesús, que tienen por superior a ellos, ya porque, reverentemente, lo aceptan como su legítimo Señor. Y es así, que de no haber sido atestiguado divinamente, no cederían los démones mismos al solo pronunciarse su nombre, ni se alejarían de los hombres a quienes hacen la guerra.

37. Jesús, nuestro solo Dios

Ahora bien, los egipcios a quienes se ha enseñado a dar culto a Antínoo, tolerarán de buen grado que se compare con él a Apolo o Zeus, pues glorifican a Antínoo por el hecho de haberlo puesto en el número de ellos. Y también en esto miente Celso cuando dice: “Si con él⁷ se compara a Apolo o Zeus, no lo soportarán”. Los cristianos, por el contrario, que saben que para ellos la vida eterna estriba en conocer al solo supremo y verdadero Dios y a Jesucristo, a quien Él envió (Jn 17,3); ellos, que saben además que *todos los dioses de las naciones son demonios golosos* (Sal 95,5), que giran en torno de los sacrificios, de la sangre y porciones que se separan de las víctimas, para engañar a los que no buscan su refugio en el Dios supremo; los que, en fin, no ignoran que los divinos y santos ángeles de Dios son de otra naturaleza y de otros propósitos que los démones todos que moran en la tierra (cf. V 5), a muy pocos conocidos fuera de quienes con inteligencia y aplicación han estudiado esta materia; los cristianos, digo, no tolerarán que se compare con Jesús a Apolo o Zeus, ni a ninguno de los que reciben culto de grasa, sangre y sacrificios. Algunos, desde luego, por su mucha simplicidad, no sabrán dar razón de lo que hacen, pero se atienen con mucha concordancia a lo que se les ha enseñado; otros la darán con razonamientos no desdeñables, sino profundos y como diría un griego, esotéricos y misteriosos. Ellos profesan una profunda doctrina acerca de Dios y acerca de los que Dios ha honrado por medio de su Verbo unigénito, que es Dios, con la participación de la divinidad y por ende, con el nombre de dioses (cf. Sal 81,1). Profunda es también la doctrina sobre los ángeles divinos, no menos que sobre los contrarios a la verdad que

7 Aquí parece cometer Orígenes un extraño malentendido. Celso hubo de decir que los cristianos no tolerarían que se comparara con él (con Jesús) a Zeus o Apolo; y esto tiene un alto sentido; el *auto*, en cambio, de este pasaje se refiere a Antínoo, que, deificado, podía parangonarse con Zeus o Apolo (siquiera a respetable distancia).

fueron engañados y que por efecto del engaño, se proclaman a sí mismos dioses, o ángeles de Dios, o démones buenos, o héroes, que han pasado a serlo de un alma humana buena (cf. III 80; Diog. Laert., VII 151). Los cristianos de esta calidad serán capaces de demostrar, que de la manera como muchos que profesan la filosofía creen estar en la verdad, ya sea por haberse engañado a sí mismos con argumentos probables, o por haber abrazado temerariamente lo que otros exponen y han encontrado, así hay también algunos, entre las almas desnudas de su cuerpo y entre los ángeles y démones, que por ciertas probabilidades han sido arrastrados a proclamarse a sí mismos como dioses. Y como no es posible que estos razonamientos se hallen puntual y acabadamente entre los hombres, se consideró seguro no entregarse a nadie que es hombre como a Dios, fuera de uno solo, que es Jesucristo, arbitro que es de todas las cosas, que contempla estas profundidades y se las comunica a unos pocos.

38. Fe infortunada y fe afortunada

Ahora bien, la fe en Antínoo u otro por el estilo, ya se dé entre los egipcios, ya entre los griegos, es, por decirlo así, fe infortunada; mientras que la fe en Jesús puede ser o aparentemente afortunada o examinada concienzudamente; aparentemente afortunada en los más, examinada concienzudamente en muy pocos. Pero nótese que si hablo de fe afortunada, como la llamaría el vulgo, la razón de ella la refiero también a Dios, que sabe las causas del reparto de los dones que se hace a cada hombre que viene a este mundo. Y hasta los griegos confesarán, que aun entre los que son tenidos por sapientísimos, la buena fortuna es a menudo la causa, por ejemplo, de haber dado con maestros tales y haber logrado los mejores, siendo así que otros enseñan doctrinas contrarias y de haber logrado una educación en el mejor ambiente. Y es así que muchos han tenido una educación tal, que ni les ha pasado por la mente que haya cosa mejor, pues desde su primera edad han tenido que satisfacer la intemperancia de hombres disolutos o de amos suyos, o les ha cabido otra mala suerte que impidió a su alma levantar los ojos a lo alto. Es absolutamente verosímil que las causas de estas diferencias estén en las razones de la providencia;⁸ pero no es fácil que las comprendan los hombres. Me ha parecido bien decir esto de pasada y a modo de paréntesis, por razón de la frase de Celso: “Tanta fuerza tiene la fe, cualquiera que ella sea, si de antemano se apodera de la mente”.

8 Sobre el tema de las diferencias humanas y su relación con la providencia, cf. Orig., *De princ.* II 9,5 y II 9,3.

Era en efecto necesario decir que por las distintas maneras de educarse, hay entre los hombres distintas fes, pues creen más o menos afortunada o desafortunadamente; y de aquí había que pasar a decir que la llamada buena o mala fortuna contribuye, por lo general, aun en los mejor dotados, a que parezcan más razonables y se adhieran con más razón a sus doctrinas. Mas sobre este punto basta con lo dicho.

39. Razón de nuestra fe en Jesús

Consideremos ahora lo que dice Celso seguidamente, a saber: que “también en nosotros la fe, apoderándose de antemano de nuestra alma, hace que tengamos tal convicción respecto de Jesús”. A decir verdad, la fe nos infunde semejante convicción. Pero miremos si la fe, por sí misma, no nos presenta como laudable que nos confiemos al Dios supremo, dando gracias al que nos ha conducido a esa fe y afirmando que sin disposición divina, no hubiera Él osado acometer ni llevado a cabo tamaña obra. Y creemos también en la recta intención de los que escribieron los evangelios, infiriéndolo de su piedad y conciencia, tal como se manifiestan en sus escritos. Nada hay en efecto en ellos, que tenga sabor de cosa espuria, de embuste, ficción o astucia. Para nosotros efectivamente, es evidente que hombres que no tenían idea de lo que enseña la astuta sofística de los griegos, que tanta cabida da a la probabilidad y agudeza, al igual que la retórica que se vuelve y revuelve en los tribunales, no fueron capaces de inventarse cosas tales que llevan en sí mismas la fuerza de la fe y obligan a una vida conforme a la misma fe. Y yo pienso que Jesús echó mano adrede, de tales maestros de su doctrina, para que no cupiera la menor sospecha de elocuentes argucias (cf. I 62). Así aparecería patente a los que son capaces de entender, cómo la sinceridad en el propósito de los escritores, que entraña, si cabe así decirlo, mucho de ingenuo, mereció una fuerza divina, que logró más que lo que parece poder lograr todo el rebuscamiento de discursos, la disposición de frases y la ilación de ideas con sus divisiones y técnica griega al expresarse.

40. Concierto entre la fe y la razón

Consideremos pues si las doctrinas de nuestra fe no están en perfecto acuerdo con las nociones universales, cuando transforman a los que inteligentemente escuchan lo que se les dice. Cierto que la perversión ayudada de una constante instrucción, puede implantar en las mentes del vulgo la idea de que las estatuas son dioses y que merecen adoración objetos hechos de oro, plata, marfil o

pedra; pero la razón universal (cf. I 5) pide que no se piense en absoluto que sea Dios la materia corruptible, ni se le dé culto al ser hecho por hombres en materias inanimadas, ya sea que se elaboren “según su imagen” (Gn 1,26), o según ciertos símbolos del mismo. De ahí que (en la instrucción cristiana) se dice inmediatamente que las imágenes *no son dioses* (Hch 19,26) y que objetos así fabricados no son comparables con el Creador; a lo que se añade algo sobre el Dios supremo que creó, conserva y gobierna todas las cosas. Y al punto el alma racional, como reconociendo lo que le es congénito, desecha lo que hasta entonces opinó eran dioses, concibe amor natural al Creador y por este amor, acepta de buena gana al que primeramente mostró estas verdades a todas las naciones, por medio de los discípulos que Él formó y envió con poder y autoridad divina, a pregonar la doctrina acerca de Dios y de su reino.

41. Cristología (dudosa) de Orígenes

Celso nos acusa, no sé ya cuántas veces, de que “no obstante ser de cuerpo mortal, tenemos a Jesús por Dios y en esto nos imaginamos obrar religiosamente”. Superfluo es que una vez más respondamos a eso, pues más que suficientemente se ha dicho antes (I 69). Sepan sin embargo nuestros acusadores, que Aquel que nosotros pensamos y creemos ser Dios e Hijo de Dios, desde el principio, es el Logos en persona, la sabiduría en persona y la verdad en persona (Jn 1,1; 14,6); en cuanto a su cuerpo mortal y al alma humana en su cuerpo, afirmamos que no solo por la comunión con Él, sino también por la unidad y mezcla, alcanzaron lo máximo que cabe alcanzar y por participar de la divinidad del mismo, fueron transformados en Dios. Ahora bien, si alguno se escandaliza de que digamos esto aún del cuerpo de Jesús, estudie lo que los griegos dicen de la materia propiamente sin cualidades, que se reviste de aquellas que el Creador quiere infundirle; y hasta muchas veces depone las anteriores y toma otras mejores y diferentes. Si esto es doctrina sana, ¿qué maravilla fuera que por voluntad de la providencia de Dios, la cualidad mortal del cuerpo de Jesús se cambiara en la cualidad etérea y divina?

42. Algo de filosofía estoica

Ahora bien, no habló Celso como hombre hábil en la dialéctica o arte de argüir, al comparar la carne humana de Jesús con el oro, la plata y la piedra; y afirmando que es esa más corruptible que

todo esto. Porque rigurosamente hablando, ni lo incorruptible es más incorruptible que lo incorruptible, ni lo corruptible más corruptible que lo corruptible (cf. II 7). Pero dado caso que haya algo más propenso a la corrupción, a esto diremos, que si es posible que la materia subyacente a todas las cualidades cambie de cualidades, ¿cómo no es posible que también la carne de Jesús cambiara sus cualidades y se tornara tal como debía ser, una carne que habitara el éter y los lugares por encima del éter, sin las debilidades propias de la carne y lo que Celso llamó “impurezas”? Y tampoco aquí habla como filósofo, pues lo propiamente impuro lo es por la maldad. Ahora bien, la naturaleza del cuerpo no es impura, pues en cuanto naturaleza corpórea no tiene en sí el principio generador de la impureza, que es la maldad (cf. IV 66).

Pero seguramente sospechó Celso nuestra respuesta y así dice acerca del cambio del cuerpo de Jesús: “Pero ¿es que al dejar la carne, se convirtió en Dios? ¿Por qué entonces no lo serán con más razón Asclepio, Dioniso y Heracles?” Respondemos: ¿Qué hicieron Asclepio, Dioniso y Heracles comparable con la obra de Jesús? ¿Y a quiénes nos presentarán, como prueba de que son dioses, que se corrigieran en sus costumbres y se hicieran mejores por las palabras o por el ejemplo de ellos? Leamos las múltiples historias que sobre ellos corren y veamos si estuvieron limpios de toda intemperancia, injusticia, insensatez o cobardía. Si nada de eso se encuentra en ellos, el argumento de Celso, al comparar con Jesús a los antedichos tendría alguna fuerza; pero si es patente que al lado de algunas cosas buenas que de ellos se cuentan, son infinitas las que se escriben que hicieron contra la recta razón, ¿en qué cabeza cabe afirmar, que dejado su cuerpo mortal, tienen más derecho que Jesús a convertirse en dioses?

43. El sepulcro de Zeus en Creta

Seguidamente dice de nosotros que “nos reímos de los que adoran a Zeus, siendo así que su sepulcro se muestra en Creta;⁹ pero no adoramos nosotros menos a un hombre sepultado, sin saber cómo y por qué hacen eso los cretenses”. Ahora pues, es de ver cómo Celso defiende por estas palabras a los cretenses, a Zeus y su sepulcro, dando a entender ciertas interpretaciones figuradas, según las cuales se dice que fue inventado el cuento sobre Zeus. Contra nosotros, en cambio, se

9 La alusión al sepulcro de Zeus en Creta aparece en casi todos los apologistas primitivos y les da pie para su evernerismo. He aquí una lista (no exhaustiva) de referencias dada por Chadwick *ad l.*: Tat., 27; Athen., 30; Theoph., 1,10; Clem. Al., *Protrep.* XXXVII 4; Tert., *Apol.* XXV 7; Mi-Nuc., XXI 8; *Clem. recogn.* X 23; Arnob., IV 14; Athan., *Contra gentes* 10.

ensaña, sin advertir que nosotros confesamos ciertamente que fue sepultado nuestro Jesús, pero afirmamos también que se levantó del sepulcro, cosa que no cuentan ya los cretenses acerca de Zeus.

Mas ya que parece abogar por el sepulcro de Zeus en Creta, al decir que “no sabemos cómo y por qué hacen eso los cretenses”, digamos que tampoco Calímaco de Cirene,¹⁰ que leyó poemas innumerables y había reunido casi toda la historia griega, sabe nada sobre interpretación tropológica de los mitos de Zeus y su sepulcro. Por eso en su himno a Zeus acusa a los cretenses diciendo:

“Siempre embusteros, los cretenses un sepulcro
para ti han inventado, ¡oh soberano, que no mueres,
porque tú eres por siempre!”

(Hymn. in lov. 8-9.)

Ahora bien, el poeta que dijo: “... que no mueres, porque tú eres por siempre”, después de negar la fábula del sepulcro de Zeus en Creta, cuenta acerca de Zeus el comienzo de la muerte, que es haber nacido. Efectivamente, comienzo del morir es nacer sobre la tierra. Y dice así: “Entre parra-sios / tras sus nupcias a luz te diera Rea” (ibid., 10). El que negó el nacimiento de Zeus fundado en la fábula de su sepulcro en Creta, debiera haber visto que a su nacimiento en Arcadia había de seguirse que el nacido muriera. He aquí lo que sobre el particular dice Calímaco:

“Unos dicen, ¡oh Zeus!, que tú naciste
en los montes ideos; en Arcadia
ponen otros, ¡oh Zeus!, tu nacimiento.
¿Quiénes mienten, ¡oh Padre!? Los cretenses
fueron siempre embusteros”, etc.

(Ibid., 6-8.)

A estas disquisiciones nos ha traído Celso, por tratar desconsideradamente a Jesús. El hombre acepta de buen grado lo que se escribe sobre su muerte y sepultura, pero tiene por fábula que resucitara de entre los muertos. Y eso que también su resurrección fue de antemano anunciada por tantos profetas y hay muchas pruebas de que se apareció después de su muerte.

10 Calímaco de Cirene está bien calificado por Orígenes al decir que leyó innumerables poemas y reunió casi toda la literatura griega. Calímaco (310-240 a. de C.) fue “el poeta de su grande época”, pero producto esencialmente alejandrino, culto y erudito. Aunque no fue propiamente director de la famosa biblioteca, fundada bajo Ptolomeo I —cargo que iba anejo al de educador del príncipe—, él la catalogó “con interés enciclopédico aristotélico”. En su trabajo de catalogación hubo de ocurrírsele el dicho de μέγα βιβλίον μέγα πῆμα (“libro gordo, calamidad gorda”).

44. El cristianismo no es patrimonio de tontos

Seguidamente aduce Celso lo que dicen unos cuantos, muy pocos por cierto, de esos que son tenidos por cristianos al margen de la enseñanza de Jesús y no “los más inteligentes” (como él se imagina), sino de los más ignorantes; y afirma que “entre ellos se dan órdenes como estas: Nadie que sea instruido se nos acerque, nadie sabio, nadie prudente (todo eso es considerado entre nosotros como males). No, si alguno es ignorante, si alguno insensato, si alguno inculto, si alguno tonto, venga con toda confianza. Ahora bien, al confesar así que tienen por dignos de su dios a esa ralea de gentes, bien a las claras manifiestan que no quieren ni pueden persuadir más que a necios, plebeyos y estúpidos, a esclavos, mujerzuelas y chiquillos”. A eso podemos responder con un caso semejante: Jesús enseña la continencia y dice: *El que mirare a una mujer para desearla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón* (Mt 5,28). Ahora bien, si de entre tantos como son tenidos por cristianos, se viera a unos pocos que viven disolutamente, lo de todo punto razonable fuera acusarlos a ellos de que viven contra la enseñanza de Jesús; pero sería rematadamente necio achacar la culpa de ellos a la doctrina que profesan. De modo semejante, la religión cristiana, más que ninguna, invita a la sabiduría; luego habrá que recriminar a los que defienden y manifiestan su propia ignorancia; no eso que Celso les achaca en su escrito —pues nadie habla tan estúpidamente, por muy pobres gentes e ignorantes que sean—, sino algo muy inferior, pero que, al cabo, pueda retraer del cultivo de la sabiduría.

45. El culto de la sabiduría:

a) En el Antiguo Testamento

Ahora bien, que la palabra divina quiera que seamos sabios, puede demostrarse por las antiguas Escrituras judaicas, de que también nos valemos nosotros y por las que se escribieron después de Jesús, que las iglesias tienen por divinas. Así, en el salmo 50, se escribe cómo David ora a Dios: *Lo oculto y escondido de tu sabiduría me has mostrado* (Sal 50,8). Y quien leyere el libro de los Salmos, lo hallará lleno de muchas sabias doctrinas. Y Salomón fue alabado por haber pedido la sabiduría (2 Cro 1,10-11). Las huellas de su sabiduría son de ver en sus escritos, que en breves palabras, contienen sublimes sentencias, amén de muchas loas de la sabiduría y exhortaciones apremiantes a su ejercicio. Personalmente fue tan sabio Salomón, que la reina de Saba, que luego de haber oído el nombre de Salomón y el nombre del Señor, vino a tentarlo con enigmas y le dijo

todo lo que llevaba en el corazón. Y Salomón le respondió a todas sus preguntas; no hubo pregunta que el rey pasara por alto sin responderle. Y vio la reina de Saba toda la inteligencia de Salomón y todo lo que poseía y quedó atónita y le dijo al rey: Verdad es lo que oí decir en mi tierra acerca de ti y de tu inteligencia; pero no creía a los que me hablaban hasta que vine yo misma y lo han visto mis ojos. *Y ahora resulta que no me contaron ni la mitad. Tu sabiduría y tus bienes han sobrepasado con mucho todo lo que yo había oído* (1 R 10,1-7). En él se escribe igualmente, *que el Señor dio a Salomón prudencia y sabiduría en gran manera y anchura de corazón como la arena de la orilla del mar; y se dilató sobremanera la sabiduría de Salomón por encima de la prudencia de todos los hombres antiguos y por encima de todos los prudentes de Egipto y fue más sabio que todos los hombres, más sabio que Getán, ezraíta y Emad y Calcad y Aradab, hijos de Mad y era famoso entre todos los pueblos del contorno. Pronunció Salomón tres mil parábolas y sus poemas fueron cinco mil; y discutió acerca de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que sale por la pared, así como acerca de los peces y bestias. Y venían de todos los pueblos a oír la sabiduría de Salomón y los reyes de toda la tierra que habían oído su sabiduría* (1 R 4,25-30). La palabra divina tiene tanto interés en que haya sabios entre los creyentes, que con el fin de ejercitar la inteligencia de los oyentes, unas cosas las dice por enigmas, otras por los llamados discursos oscuros, otras por parábolas y otras por problemas. Así por ejemplo, uno de los profetas, Oseas, dice al final de sus razonamientos: *¿Quién es sabio y entenderá estas cosas, o prudente y las conocerá?* (Os 14,10). Y Daniel y los que con él estaban cautivos, hasta tal punto adelantaron en las ciencias que profesaban en Babilonia los sabios del rey, que son alabados por sobresalir diez veces más que ellos (Dn 1,20). El hecho es que al soberano de Tiro, que alardeaba mucho de su sabiduría, se le dice en Ezequiel: *¿Acaso eres tú más sabio que Daniel? ¡No se te ha revelado a ti todo lo oculto!* (Ez 28,3).

46.

b) Por el Nuevo Testamento

Si ahora venimos a los libros escritos después del advenimiento de Jesús, veremos que el tumulto de los creyentes oía sus parábolas como quienes están fuera y solo merecen doctrinas exotéricas; los discípulos, en cambio, escuchaban en particular las explicaciones de las parábolas. Y es así que *privadamente se lo resolvía Jesús todo a sus discípulos* (Mc 4,2.34), honrando así, con

preferencia a las turbas, a los que juzgaba dignos de su sabiduría. El mismo promete a los que creyeren en Él que les enviará sabios y escribas: *He aquí que yo os enviaré sabios y escribas y a algunos de ellos los mataréis y crucificaréis* (Mt 23,34). En cuanto a Pablo, en la lista de los carismas que Dios concede, puso en primer lugar el discurso de la sabiduría; en el segundo, como inferior a él, el discurso de la ciencia o gnosis y en el tercero, más bajo en cierto modo, la fe; y como quien prefería la razón a las operaciones maravillosas, puso en lugar inferior respecto a los carismas racionales, *las operaciones de milagros y los carismas de curaciones* (1 Co 12,8-10). En los Hechos de los Apóstoles, Esteban atestigua el mucho saber de Moisés, tomándolo sin duda de escritos antiguos que no han llegado al público. Dice en efecto: *Y fue instruido Moisés en toda la sabiduría de los egipcios* (Hch 7,22). De ahí justamente vino la sospecha, de que en sus milagros no obrara según su afirmación, de que venía de Dios, sino según las enseñanzas de los egipcios, que conocía muy bien. Con esta sospecha, el rey mandó llamar a los encantadores de Egipto, a sus sabios y hechiceros (Ex 7,10), pero se demostró no eran nada en comparación con la sabiduría de Moisés, que estaba muy por encima de toda la sabiduría de los egipcios.

47. «La sabiduría de este mundo»

Es probable que lo que Pablo escribe en su primera carta a los corintios (1,18ss), como cosa dicha contra los griegos y los que alardean de la sabiduría griega, haya movido a algunos a pensar que la palabra divina no quiere sabios. El que así piense, oiga lo que sigue: la palabra divina reprende a hombres míseros y dice que no son sabios en lo inteligible, invisible y eterno, sino que, ocupados solamente en lo sensible y cifrándolo todo en ello, son sabios de este mundo. De modo semejante, como haya muchos sistemas filosóficos, unos que defienden la materia y los cuerpos y sientan que todo lo que subsiste principalmente o en sí mismo son cuerpos y nada hay fuera de ellos, sea que se llame invisible, o se lo denomine incorpóreo, esa dice la palabra divina ser la sabiduría de este mundo, que es destruida y se entonetece, la que se llama también sabiduría de este tiempo; otros, por el contrario, que levantan al alma de las cosas de acá a la bienaventuranza de Dios y al que se llama reino suyo y enseñan a despreciar como pasajero todo lo sensible y patente a los ojos y a correr a lo invisible y oculto (2 Co 4,18), esa dice ser sabiduría de Dios. Sin embargo, como Pablo era de la verdad, dice acerca de algunos sabios griegos en lo que tienen de verdad:

Conociendo como conocieron a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron *gracias*. Atestigua desde luego Pablo, que conocieron a Dios, pero añade que eso no fue sin ayuda y providencia de Dios, pues escribe: *Porque Dios se lo manifestó*; aludiendo, según yo pienso, a los que se remontan de lo visible a lo inteligible, puesto que escribe: *Lo invisible de Dios se hace visible desde la creación del mundo por las criaturas, su mismo poder eterno y su divinidad; de suerte que son inexcusables, pues habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias* (Rm 1,19-21).

48. El obispo ha de ser doctor

Pero Pablo dijo también: *Mirad hermanos, vuestro llamamiento; no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. No, Dios ha escogido lo necio del mundo, para confundir a los sabios; y ha escogido Dios lo innoble y despreciado y hasta lo que no tiene ser, para confundir a lo que tiene ser y así no se gloríe hombre alguno en su presencia* (1 Co 1,26-29). Acaso también estas palabras han podido mover a algunos a pensar, que ningún hombre culto, ningún sabio o inteligente abraza nuestra religión. Al que así piense le haremos notar que no se habla de que no haya ningún sabio según la carne, sino de que no hay “muchos sabios según la carne”. Y es evidente que cuando Pablo caracteriza a los que se llaman obispos y describe qué cualidades deban tener, entre ellas ordenó que el obispo sea doctor o maestro; y dice que debe ser capaz de argüir a los contradictores y tapar por su sabiduría, la boca a los que hablan vanamente y engañan a las almas. Y como prefiere para el episcopado al monógamo sobre el bígamo, al irreprensible sobre el reprensible, al continente sobre el que no lo es, al prudente sobre el imprudente, al moderado sobre el inmoderado aun en cosas menudas, así quiere que suba preferentemente al episcopado quien sea capaz de enseñar y de argüir a los que contradicen (Tt 1,9-11; cf. 1 Tm 3,2). ¿Con qué razón pues, nos acusa Celso de decir: “Nadie instruido, nadie sabio, nadie inteligente se acerque a nosotros”? No, acérquese si quiere, un hombre culto, un sabio, un inteligente; pero acérquese no menos cualquier ignorante, cualquier insensato, inculto y niño. Porque nuestra religión promete curar a los tales, haciéndolos a todos dignos de Dios.¹¹

¹¹ Nada más sereno, equilibrado y profundo que esta refutación por Orígenes de la sandez de Celso. La Iglesia, como el Apóstol (Rm 1,14), se debe por igual a sabios e ignorantes y su misión es hacerlos a todos dignos de Dios. Dígase lo mismo de pobres y ricos. La Iglesia es, por el mismo título, Iglesia de los pobres que Iglesia de los ricos, a los que tiene misión de amonestar que no confíen en lo incierto de la riqueza (1 Tm 6.17). La maravilla es que, como Dios, la Iglesia se ajusta a la talla del niño con la misma facilidad que a la del gigante. (¿Y quién puede tenerse por gigante en lo divino?)

49. La instrucción, camino de la virtud

Mentira es también que quienes predicán la palabra divina solo quieran persuadir “a tontos, plebeyos, estúpidos, mujerzuelas y chiquillos”. A decir verdad, también a estos los llama nuestra religión para mejorarlos, pero no menos a otros muy diferentes de ellos. Y es así que Cristo es *salvador de todos los hombres, señaladamente de los creyentes* (1 Tim 4,10), ya sean inteligentes o simples. Y Él es también *propiciación por nuestros pecados cerca del Padre y no solo de los nuestros, sino de los de todo el mundo* (1 Jn 2,2). Sobra por tanto, querernos defender después de lo dicho, de frases de Celso como estas: “¿Qué más hay, por otra parte, en ser instruido y haber estudiado las mejores doctrinas y en ser y parecer inteligente? ¿No será antes bien de provecho y medio por donde se puede llegar más fácilmente a la verdad?” Realmente, el ser verdaderamente instruido no es un mal, pues la instrucción y educación es camino de la virtud. Sin embargo, ni los sabios griegos dirán que deba contarse en el número de los instruidos el que abraza doctrinas erróneas. Y ¿quién no convendrá igualmente, en que el haber estudiado las mejores doctrinas no sea un bien? Pero ¿qué doctrinas calificaremos como las mejores, verdaderas y que estimulen a la virtud? También es bueno ser inteligente, pero no simplemente parecerlo, como afirma Celso. Y ciertamente, ni el ser instruido, ni el haber estudiado las mejores doctrinas, ni el ser inteligente son obstáculo alguno, sino que antes bien ayudan al conocimiento de Dios. Pero nosotros tenemos más derecho que Celso a decir todo eso, sobre todo si se demuestra que es epicúreo.¹²

50. La predicación cristiana

Veamos lo que dice seguidamente, que es de este tenor: “Mas vemos por vista de ojos, cómo los charlatanes que en las públicas plazas ostentan sus artes más abominables y hacen su agosto, jamás se acercan a un grupo de hombres discretos, ni entre estos se atreven a hacer ostentación de sus maravillas; pero donde quiera que ven a un grupo de muchachos o una turba de esclavos o de gentes bobaliconas, allá se precipitan y allí se pavonean”. ¡Es de ver cómo también en esto nos calumnia, equiparándonos a los que en los mercados exhiben sus artes más abominables y hacen así su agosto! ¿Qué doctrinas abominables exhibimos nosotros? ¿O qué hacemos que se asemeje a lo de esos charlatanes? ¡Nosotros, que por medio de lecturas de la palabra divina y su comentario,

¹² No parece que se pueda demostrar.

exhortamos a la piedad para con el Dios del universo y a las virtudes que se sientan en el mismo trono que ella y apartamos a los oyentes de todo menosprecio de lo divino y de toda acción contra la recta razón!¹³ Los mismos filósofos desearían ciertamente congregarse tan gran número de oyentes de discursos que exhortan al bien; así lo han hecho señaladamente algunos cínicos, que públicamente se ponen a conversar con los primeros que se topan. ¿Es que también se dirá de ellos, por no reunir como auditorio a los que pasan por instruidos, sino que convidan y juntan a gentes de la calle, que se parecen a los charlatanes que exhiben en las públicas plazas sus artes abominables y hacen así su agosto? Pero ni Celso, ni ninguno de los que piensan como él, pondrán tacha en quienes, según lo que ellos tienen por amor a la humanidad, dirigen sus discursos aun a las gentes ignorantes.

51. La admisión en el cristianismo

Ahora bien, si aquellos filósofos no merecen reprensión por obrar así, veamos si los cristianos no exhortan más y mejor que ellos a las muchedumbres a la vida honrada. Porque los filósofos que públicamente conversan con las gentes, no seleccionan su propio auditorio, sino que todo el que quiere se para y se pone a oír. Los cristianos en cambio, en cuanto les es posible, examinan previamente las almas de los que quieren oírlos y de antemano los prueban¹⁴ privadamente; solo después que, al parecer, antes de entrar en la comunidad, se han entregado los oyentes a cumplir su propósito de vivir honestamente, entonces los admiten. Luego privadamente, estatuyen dos órdenes, uno de recién llegados, que reciben instrucción elemental y no llevan aún el signo de haber sido purificados; otro, de los que según sus fuerzas, han demostrado su propósito de no querer sino lo que place a los cristianos. Entre estos se destinan algunos a vigilar la vida y conducta de los que han entrado, con el fin de impedir que formen parte de la comunidad quienes se entregan a pecados ocultos y recibir en cambio, con los brazos abiertos a los que no son tales y hacerlos cada día mejores. El mismo procedimiento siguen con los que pecan, señaladamente con los intemperantes, a los que arrojan de la comunidad, ¡esos que Celso compara a los charlatanes que en los mercados

13 Aquí define Orígenes en sus elementos esenciales la homilía, forma primitiva y sola genuina de la predicación cristiana: lectura de la Biblia, comentario y exhortación moral. Sobre la predicación cínica y su parentesco con la cristiana, cf. Labriolle, *La réaction païenne* (París 1950) p.80-87. No es de suponer, sin embargo, que ningún predicador cristiano primitivo llegara a lo que cuenta Diógenes Laercio del cínico Menedemo, que “vestido de Erenis (furia infernal), andaba de una parte a otra diciendo haber venido del hades para inspeccionar (*episcopos*) los pecados de las gentes y contárselos luego, de vuelta al hades, a los demonios de allí”.

14 προεπάαντες M: προετάντες Robinson.

exhiben sus saberes abominables! La venerable escuela de los pitagóricos construía sepulcros a los que apostataban de su filosofía, teniéndolos por muertos (II 12); los cristianos a su vez, lloran como perdidos y muertos para Dios a los que se dejan vencer por la intemperancia o por otro vicio torpe y como a resucitados de entre los muertos, caso que muestren verdadera penitencia, de nuevo los reciben algo más tarde, con más largo plazo de prueba que a los que por primera vez se convierten. Sin embargo, a los que han venido a caer después de abrazar el cristianismo, no los admiten a cargo ni gobierno alguno de la que se llama Iglesia de Dios.

52. Celso, mujerzuela que chilla

Pues veamos ahora si Celso no miente descaradamente y compara cosas dispares cuando dice: “Vemos por vista de ojos, cómo los que en las públicas plazas exhiben sus artes más abominables y hacen su agosto”. Y esos a quienes Celso nos compara: “los que en las públicas plazas ostentan sus artes abominables y hacen su agosto”, dice él, que “jamás se acercan a una reunión de hombres inteligentes, ni entre estos se atreven a mostrar sus maravillas; mas donde vislumbran a muchachos, una turba de esclavos o un corro de bobalicones, allí se precipitan y allí se pavonean”. Pero en esto no hace otra cosa que insultarnos a la manera de mujerzuelas, que chillan en las calles sin otro fin que insultarse unas a otras.¹⁵ Porque la verdad es que nosotros hacemos cuanto está en nuestra mano, para que nuestra reunión se componga de hombres inteligentes; y cuando tenemos delante oyentes discretos, nos atrevemos a exponer en nuestras homilías al pueblo, lo que nuestra religión tiene de más bello y divino; pero cuando contemplamos cómo acuden gentes simples, ocultamos y pasamos en silencio los temas más profundos, pues son oyentes que necesitan de discursos que, figuradamente, se llaman “leche” (cf. 1 Co 3,2).

53. La leche y el manjar sólido

Y es así que nuestro Pablo, escribiendo a los corintios, que eran desde luego griegos, pero no puros aún en sus costumbres, dice así: *Leche os di a beber, no comida, pues no la podíais aún tomar; pero ni aún ahora podéis, pues todavía sois carnales. Pues, cuando entre vosotros se dan envidia y contienda, ¿no sois carnales y andáis a lo humano?* (1 Co 3,2-3). Pero el mismo Pablo,

¹⁵ La imagen de las mujerzuelas que se insultan en las calles es ya homérica.

que sabía que había un alimento propio del alma ya más perfecta y que el de los principiantes se compara a la leche de los niños, dice también: *Y habéis venido a tener necesidad de leche y no de manjar sólido. Porque todo el que toma leche es que no tiene experiencia de la palabra de la justicia, pues es un niño. De los perfectos, en cambio, es el manjar sólido, pues por el hábito tienen ejercitados los sentidos para distinguir el bien y el mal* (Hb 5,12ss). [Se asumía entonces que la carta a los hebreos había sido escrita por Pablo] Ahora pues, preguntamos: El que crea que todo esto está bien dicho, ¿puede imaginar que las bellezas de nuestra doctrina no se expondrán jamás ante una reunión de hombres inteligentes, sino que donde quiera que vislumbremos a un grupo de chiquillos, una gavilla de esclavos o un grupo de bobalicones, allí correremos a exponer las cosas divinas y sagradas y ante parejos oyentes nos pavonearemos de ellas? Pero no, lo evidente para todo el que examine el sentido de nuestros escritos, es que Celso, por rencor comparable al de la plebe vulgar, dice todo eso, sin crítica alguna, para calumniar la raza de los cristianos.

54. El cristianismo, escuela universal

Confesamos realmente que queremos instruir a todos, aunque mal le pese a Celso, por la que es palabra de Dios, de modo que también a los muchachos les dirigimos la exhortación que les conviene y mostramos a los esclavos cómo adquiriendo espíritu libre, nacerán de noble raza por obra del Logos. Y los que entre nosotros predicán el cristianismo, paladinamente afirman ser *deudores de griegos y bárbaros, de sabios e ignorantes* (Rm 1,14), pues no niegan que es menester curar también las almas de los ignorantes, para que dejando en lo posible, su ignorancia, corran hacia una mayor inteligencia, escuchando la exhortación de Salomón: *¡Oh insensatos!, tened inteligencia. Y el que de vosotros sea más insensato, tuerza hacia mí* (Pr 8,5). Y a los faltos de sentido, los exhorta la sabiduría diciendo: *Venid, comed mi pan y bebed el vino que os he templado; abandonad la necedad, para que viváis y enderezad la inteligencia en conocimiento* (Pr 9,5).

Pero dado el punto que nos ocupa, yo diría también contra el razonamiento de Celso lo que sigue: ¿Es que los filósofos no invitan también a que los oigan los muchachos? ¿Es que no exhortan a los jóvenes a que salgan de su vida pésima y aspiren a cosas mejores? ¿Por qué no han de querer que los esclavos profesen la filosofía? ¿Vamos a acusar nosotros a los filósofos de que los exhorten

a la virtud, como hizo Pitágoras con Zamolxis y Zenón con Perseo y los que, recientemente¹⁶ incitaron a Epicteto a profesar la filosofía? ¿O es que a vosotros, ¡oh griegos!, os es lícito llamar a la filosofía a muchachos y esclavos y gentes ignorantes, pero si nosotros hacemos lo mismo, no obramos por amor a nuestros semejantes? ¡Y es así que nosotros queremos curar con la medicina de la razón a toda naturaleza racional y unirla con el Dios creador de todas las cosas! Pero baste con lo dicho sobre los insultos, más bien que acusaciones, de Celso.

55. Los humildes, apóstoles cristianos

Como por lo visto, Celso ha tomado gusto en echarnos rociadas de insultos, añadió a los ya dichos, otros que vamos a citar para ver quién se deshonra más con ellos, los cristianos o Celso, que dice: “Vemos, efectivamente, en las casas privadas a cardadores, zapateros y bataneros, a las gentes, en fin, más incultas y rústicas, que delante de los señores o amos de casa, hombres provechosos y discretos, no se atreven a abrir la boca; pero apenas cogen aparte a los niños mismos y con ellos a ciertas mujercillas sin seso, hay que ver la de cosas maravillosas que sueltan: “que no hay que atender ni a padres ni a preceptores, sino creerlos únicamente a ellos; pues aquéllos son unos necios y unos estúpidos y preocupados como están por vacuas tonterías, ni saben ni hacen nada que sea realmente bueno. Ellos, solo ellos, son los que saben cómo se debe vivir y si los niños les obedecen, no solo serán ellos felices, sino que harán también feliz a su familia. Y si mientras hablan, vislumbran que se acerca alguno de los preceptores, encargados de la enseñanza de los niños, hombres prudentes, o el padre mismo, los más cautos se callan de miedo; pero otros más descarados, tratan de soliviantar a los niños, susurrándoles que en presencia del padre o de los preceptores no quieren ni pueden explicarles nada bueno, pues se lo impide la insensatez y necesidad de aquéllos, corrompidos que están totalmente y sumidos en la más profunda maldad y que pudieran castigarlos; que si quieren, tienen que desentenderse del padre y preceptores y junto con las mujeres y sus compañeros de juegos, apartarse a la habitación de las mujeres o al taller de zapatería o de curtidos y allí recibirán cabal instrucción. Tales son los discursos con que tratan de persuadir”.

16 “Recientemente” (ayer o anteaer, según la expresión griega), pues Epicteto vivió del 60 al 140 después de Cristo. Fue esclavo, oriundo de Hierápolis de Frigia; liberado, enseñó en Roma hasta la persecución de los filósofos por Domiciano (89) y luego en Nicópolis (junto a Accio, sur del Epiro). Él no escribió nada; Arriano tomó notas de sus “homilias”, y estas, más el Manual de moral, se han conservado. La impresión sobre su tiempo y sobre la posteridad fue grande. Hallaremos otras referencias de Celso a Epicteto. Su doctrina fue la estoica, si bien lo esencial no era, sin duda, su doctrina, sino su carácter. Aunque no lo hagamos del todo nuestro, he aquí un juicio de Wilamowitz-Moellendorff (o.c., p.244): “Difícilmente hay un cristiano de la antigua Iglesia que se acercara tanto como este frigio a la doctrina real de Jesús, tal como consta en los sinópticos”.

56. La enseñanza cristiana, ajena a toda impureza

Aquí es también de ver, cómo injuria a los que entre nosotros predicán la palabra divina. A los que por todos los modos tratan de levantar el alma al Creador del universo, a los que enseñan cómo hay que despreciar todo lo sensible, temporal y visible y no dejar piedra sin mover a trueque de alcanzar la comunión con Dios, la contemplación de lo inteligible e invisible y la vida bienaventurada con Dios y con los amigos de Dios; a esos, digo, los compara Celso con los cardadores, que andan por las casas con los zapateros y bataneros, con las gentes más rústicas imaginables, que atraerían al mal a niños realmente pequeños y mujerzuelas, apartándolos de padres y preceptores, para que los sigan solo a ellos. Pero a Celso le toca demostrar de qué padre prudente, de qué maestro de nobles enseñanzas apartamos nosotros a los niños y mujerzuelas y comparar, en los niños y mujeres que abrazan nuestra religión, si algo que antes oyeran es mejor que lo que oyen de nosotros. Díganos Celso, de qué modo apartamos a niños y mujeres de sanas y sagradas doctrinas y los provocamos a la práctica del mal. Pero jamás podrá probar nada semejante contra nosotros. Al contrario, a las mujeres las libramos de la deshonestidad y perversión que les viene de los que tratan con ellas y de toda manía por teatros y bailes, no menos que de la superstición; y a los niños, apenas llegan a la pubertad y se despiertan sus instintos por lo sexual, tratamos de hacerlos castos, poniéndoles delante no solo la fealdad del pecado, sino también el estado en que queda el alma de los malos, la cuenta que tendrá que dar y los castigos que sufrirá.

57. El cristiano no repudia la filosofía

¿Y qué maestros decimos que deliran y son unos mentecatos, a los que defiende Celso como si enseñaran mejor doctrina que la nuestra?

A no ser que tenga, por lo visto, por maestros excelentes y no delirantes de las mujeres, a quienes las provocan a la superstición y a espectáculos deshonestos y que no son unos mentecatos los que traen y llevan a los jóvenes a todo género de excesos que sabemos cometen en muchas partes. Ahora bien, nosotros, según nuestras fuerzas, invitamos aun a los que profesan dogmas filosóficos a que vengan a nuestra religión, poniéndoles delante su excelencia y pureza; mas como quiera que Celso da a entender por lo que dice no ser así, sino que solo llamamos a gentes estúpidas, razonemos con él así: Si dijeras que apartamos de la filosofía a los que antes la han profesado, no dirías desde luego la verdad, pero tu dicho tendría algún viso de probabilidad; pero como dices

que apartamos a los que se convierten a nosotros de sus buenos maestros, muéstranos que hay otros maestros buenos fuera de los maestros de la filosofía o los que trabajan por dar una enseñanza útil. Pero nada de esto podrá mostrar. Por lo demás, nosotros proclamamos públicamente y no a sombra de tejado, que serán bienaventurados los que vivieren conforme a la palabra de Dios y en todas sus acciones miraren a Él y en todo lo que hicieren piensen que los está Él contemplando. ¿Son estas enseñanzas de cardadores, zapateros y bataneros y de los más rústicos patanes? ¡Que lo demuestre Celso, si es capaz!

58. La filosofía, propedéutica del cristianismo

Los que Celso compara con los cardadores que andan por las casas y con los zapateros y bataneros y los más rústicos patanes, en presencia del padre y los maestros no querrán, dice, abrir la boca, ni podrán siquiera explicar cosa buena a los niños. Respondamos a esto: ¿De qué padre hablas, buen hombre y de qué maestro? Si del que aprueba la virtud y reprende el vicio y aspira a lo mejor, has de saber que nosotros hablaremos a los niños de nuestra religión, con la plena confianza de que saldremos airosos ante juez semejante; mas si callamos ante un padre desacreditado en la virtud y ante maestros que enseñan lo que pugna con la sana razón, no es cosa que nos puedas reprochar, pues sería reproche irrazonable. Tú mismo, seguramente, si tuvieras que enseñar los misterios de la filosofía a jóvenes, hijos de padres que miran la filosofía como cosa ociosa y sin provecho, no darías tu lección en presencia de esos malos padres, sino que desearías que los hijos que han de iniciarse en la filosofía se apartaran de padres perversos y esperarías el momento oportuno en que los discursos de la filosofía llegaran al alma de los jóvenes. Y lo mismo diremos sobre los maestros. Si apartamos a los niños de maestros que enseñan las indecencias de la comedia y los licenciosos poemas yámbicos y demás obras que ni mejoran al que las recita ni son de provecho a los que las oyen; de maestros, repito, que no saben interpretar filosóficamente los poemas y añadirles el comentario que convendría para provecho de los jóvenes, en tal caso hacemos algo que no nos avergonzamos de confesar. Pero si me presentas maestros que dan una especie de iniciación y ejercicio propedéutico en la filosofía, yo no trataré de apartar de ellos a los jóvenes; ejercitados más bien como en una instrucción general y en las doctrinas filosóficas, trataré de levantarlos a la magnificencia sacra y sublime, oculta al vulgo, de los cristianos, que discurren acerca de los temas más grandes y necesarios, al tiempo que demuestran y ponen ante los ojos, cómo toda

esa filosofía se halla tratada por los profetas de Dios y por los apóstoles de Jesús.

59. A quiénes llama a sí el cristianismo

Seguidamente, dándose cuenta que nos ha injuriado con demasiada aspereza, añade Celso en tono de propia defensa: “Y que no los culpo con mayor acritud de lo que me fuerza la verdad, puede demostrarse por lo que sigue. Los que llaman para las otras iniciaciones, proclaman previamente: “El que sea puro de manos y discreto de lengua...” O bien otros: “El que esté limpio de toda impureza, cuya alma no tenga conciencia de mal alguno y el que viva bien y justamente...” Y esto previamente pregonan los que prometen purificaciones de los pecados. Pues escuchemos ahora a quiénes llaman estos: “Cualquiera —dicen— que sea pecador, cualquier insensato, cualquier niño pequeño y en una palabra, cualquier miserable, a este lo aceptará el reino de Dios”. Ahora bien, ¿a quién llamáis pecador sino al inicuo, al ladrón, al que taladra paredes, al hechicero, al que despoja los templos y al que profana las tumbas? ¿A qué otros llamará quien quisiera hacer reclutamiento de bandidos? A esto respondemos que no es lo mismo llamar a los enfermos del alma para que se curen, que llamar a los sanos para que conozcan y comprendan los misterios divinos. Nosotros conocemos esos dos géneros de personas y así, desde el principio, llamamos a los hombres para que se curen. A los pecadores los exhortamos a que oigan discursos que les enseñarán a no pecar; a los insensatos, otros que les infundirán inteligencia; a los niños, a que avancen hasta sentir y pensar como hombres; y a los desgraciados en general, tratamos de llevarlos a la felicidad o hablando con más propiedad, a la bienaventuranza.¹⁷ A aquellos, en cambio, que tras oír nuestras exhortaciones, han adelantado en la virtud y demuestran haber sido purificados por el Logos y vivir, según sus fuerzas, mejor que antes, los llamamos en ese momento a nuestros misterios. *Pues hablamos sabiduría entre los perfectos* (1 Co 2,6).

60. El altísimo ideal cristiano

Nosotros enseñamos que *en alma malévola no entrará la sabiduría, ni morará en cuerpo sujeto al pecado* (Sb 1,4) y así decimos: El que tenga manos puras y que por eso levanta a Dios manos santas (1 Tm 2,8); el que por ofrecer sublimes y celestes sacrificios puede decir: *La elevación de*

¹⁷ Es notable que no se dé en el griego bíblico la palabra εὐδαιμονία. ¿Sintió Orígenes escrúpulo de su segundo elemento y la cambió por la que él tiene por más propia, μακαριότης?

mis manos es sacrificio vespertino (Sal 140,2), venga a nosotros; y el que es discreto en su lengua *por meditar día y noche la ley del Señor* (Sal 1,2) y tener por el hábito *ejercitados los sentidos para distinguir el bien y el mal* (Hb 5,41), no vacile en acercarse a gustar de los sólidos manjares espirituales, que convienen a los atletas de la piedad y de toda virtud. Y puesto que la gracia de Dios está con todos los que aman incorruptamente (Ef 6,24) al Maestro de las doctrinas sobre la inmortalidad, el que esté limpio no solo de todo crimen, sino también de los pecados que se tienen por leves, iníciase confiadamente en los misterios de la religión de Jesús, que razonablemente, solo se revelan a las almas puras y santas. El sacerdote de Celso dice: “Al que de nada malo le remuerda la conciencia, venga”. Pero el que inicia a los hombres en el culto de Dios según Jesús, dirá a los purificados en su alma: Al que de mucho tiempo atrás y señaladamente desde que fue curado por obra del Logos, no le remuerde el alma de mal alguno, ese escuche también lo que *privadamente* (Mc 4,34) habló Jesús a sus auténticos discípulos. En conclusión, al contraponer Celso a los que inician en los misterios de los griegos y a los que enseñan la doctrina de Jesús, no se percató de la diferencia entre llamar a los malos para que se curen y a los ya del todo puros a iniciarse en los misterios cristianos.

61. El misterio escondido

No llamamos pues a nuestros misterios y a participar de *la sabiduría escondida en el misterio, aquella que Dios predestinó antes de los siglos para gloria de sus santos* (1 Co 2,7), al inicuo, al ladrón, al atracador, al hechicero, al sacrílego y violador de sepulcros y a cuantos otros, con énfasis retórico, pueda enumerar Celso. No, a esos los llamamos para su curación. Y es así que en la divinidad del Logos hay ayuda para la curación de los enfermos, de los que dijo el Logos mismo: *No necesitan de médico los sanos, sino los enfermos* (Mt 9,12); y hay otras que revelan a los limpios de cuerpo y alma *el misterio oculto por tiempos eternos, pero manifestado ahora por las escrituras proféticas y por la aparición de nuestro Señor Jesucristo* (Rm 6,25s; 2 Tm 1,10). Esa aparición se hace patente a cada uno de los perfectos e ilumina la mente para conocer sin error la realidad de las cosas. Pero ya que dando énfasis retórico a las acusaciones contra nosotros, tras enumerar a todos esos hombres, padres indulgentes de abominación, añade: “¿A qué otros llamaría el bandido que hiciera reclutamiento de gentes?” También a eso le vamos a responder. El bandido llama ciertamente a gentes de esa ralea, porque quiere valerse de su maldad contra los hombres a

quienes desea matar y robar; pero el cristiano, aun cuando llame a los mismos que el bandido, lo hace con intención muy diferente; el cristiano quiere vendar las heridas de ellos por medio de la palabra divina y verter sobre el alma inflamada por sus vicios, los remedios de esa misma palabra, a la manera del aceite y vino (Lc 10,34) y otros emolientes y demás ayudas médicas que alivian al alma.

62. El misterio del pecado

Luego tergiversa Celso lo que se dice y está escrito para exhortar a los que viven mal y llamarlos a penitencia y enmienda de sus almas y dice que decimos “que fue Dios enviado a los pecadores” (Mt 9,11-13). En esto hace como si reprochara a quienes digan, que por razón de los enfermos de una ciudad, envió un rey humanísimo a su médico. Fue efectivamente enviado el Dios Logos como médico a los pecadores; como maestro de misterios divinos a los ya limpios y que no pecan más. Pero Celso, incapaz de hacer esta distinción (por no tener interés en averiguar bien las cosas), dice: “Pues qué, ¿no fue enviado a los sin pecado? ¿Qué mal es no haber pecado?” A esto decimos que si por “sin pecado” entiende a los que ya no pecan, también a estos fue enviado Jesús, nuestro Salvador, pero no como médico; mas si los “sin pecado” son los que nunca han pecado (Celso no hizo la distinción en su frase), hemos de decir que no es posible que haya un hombre en este sentido, sin pecado.¹⁸ Pero esto afirmamos con excepción de Jesús siendo mirado como hombre (cf. II 25), *que no cometió pecado* (1 P 2,22). Malignamente además, afirma Celso que nosotros digamos: “Al inicuo, como se humille a sí mismo por razón de su maldad, lo recibirá Dios; si el justo, en cambio, que haya practicado la virtud desde el principio levanta a Él los ojos, no lo recibirá”. Efectivamente, nosotros decimos que es imposible que nadie levante sus ojos a Dios tras una práctica de la virtud desde el principio. Es menester, en efecto, que la maldad se dé primeramente entre los hombres, como escribe también Pablo: *Mas cuando vino el mandato, revivió el pecado, pero yo morí* (Rm 7,9). Pero tampoco enseñamos acerca del inicuo, que baste humillarse bajo el peso de su maldad para que Dios lo reciba. No, Dios recibe al que se condena a sí mismo por su vida pasada y por ella anda humillado y vive ordenadamente en adelante.

18 Cf. IV 96; Orig., *Comm. in Matth.* XIII 23.

63, El misterio del perdón

Luego se ve que Celso no entiende el sentido de estas palabras: *Todo el que se exaltare, será humillado* (Mt 23,12), ni enseñado siquiera por Platón, según el cual, el hombre bueno y noble se porta modesta y ordenadamente (Plat., *Leg.* 716a). Tampoco sabe por qué decimos: *Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que Él os exalte en el momento oportuno* (1 P 5,6). Así se explica que diga: “Los que administran debidamente la justicia, reprimen los suspiros lastimeros (Plat., *Phaidr.* 267c) de quienes se lamentan de sus desaguisados, para evitar el riesgo de que se dé la sentencia por compasión y no según verdad. Y Dios, por lo visto, ¿juzga no según verdad, sino por lisonja?” Pero ¿qué lisonja ni qué especie de suspiros lastimeros hay en las divinas Escrituras, cuando el pecador le dice a Dios en su oración: *Te he confesado mi pecado, no te oculté mi culpa. Dije: Confesaré al Señor mi falta...?* (Sal 31,5). Pero ¿será Celso capaz de demostrar que no contribuye eso a la conversión de los que pecan, al humillarse a sí mismos ante Dios en sus oraciones?

Pero, obcecado por su furia de acusarnos, no repara en contradecirse a sí mismo. Así, una vez afirma saber de hombres sin pecado, de justos que adornados de virtud desde el principio, levantan sus ojos a Dios; otra acepta lo que nosotros decimos: *¿Qué hombre hay perfectamente justo o quién está sin pecado?* (Jb 15,14; 25,4). Y efectivamente, como si lo aceptara, dice: “Realmente, harta verdad es que por naturaleza, la raza humana es pecadora”. Luego, como si el Logos no hubiera llamado a todos, dice: “Debiera pues, haberlos llamado a todos, pues el caso es que todos pecan”. Pero más arriba (II 73) hemos hecho ver que Jesús dijo: *Venid a mí todos los que trabajáis y andáis cargados y yo os aliviaré* (Mt 12,28). Así pues, todos los hombres que trabajan y andan cargados por su naturaleza proclive al pecado, son llamados al alivio y descanso que les ofrece el Logos de Dios. *Y es así que Dios envió su Logos y los sanó y los libró de sus miserias* (Sal 106,20).

64. ¿Preferencia por los pecadores?

Dice también Celso: “¿Qué preferencia es esa por los pecadores?” Y por el estilo añade muchas más cosas. A todo ello responderemos, que hablando absolutamente, un pecador no es preferido al que no lo es. Sin embargo, hay veces en que un pecador, que tiene conciencia de sus pecados y ello lo mueve a arrepentirse y andar humilde bajo su peso, es preferido a otro que se tiene por menos pecador o que no piensa en absoluto ser pecador y se exalta y engríe por ciertas ventajas

que se imagina poseer. Así lo pone en claro a todo el que quiera leer inteligentemente en los evangelios la parábola del publicano, que decía: *Sé propicio a mí, que soy pecador* (Lc 18,13) y del fariseo que se vanagloriaba con orgullo malo: *Te doy gracias, porque no soy como los otros hombres: rapaces, inicuos, adúlteros, ni tampoco como ese publicano* (ibid., 11). Porque Jesús pone como epílogo a las palabras de cada uno: *Aquél y no este, bajó justificado a su casa, porque todo el que se exalta, será humillado; y todo el que se humilla, será exaltado* (ibid., 14). No blasfemamos pues de Dios, ni le levantamos nada al enseñar que todo hombre ha de tener conciencia de su propia pequeñez en comparación con la grandeza de Dios y pedirle continuamente que supla Él lo que falta a nuestra naturaleza, pues solo Él puede compensar nuestras deficiencias.

65. Psicología de la conversión

En opinión de Celso, dirigimos exhortaciones como esas a los que pecan “por ser incapaces de ganarnos a nadie verdaderamente bueno y justo. De ahí que abramos nuestras puertas a las gentes más impías y abominables”. Pero a quien inteligentemente examine la sociedad que formamos, le podemos presentar muchos más que se han convertido de una vida no del todo mala que no los que han dejado los pecados más abominables. Porque quienes tienen buena conciencia y desean que sea verdad lo que se predica acerca de la recompensa que dará Dios a los buenos, es natural que se adhieran con más prontitud a lo que nosotros decimos, que no los que viven de todo en todo rotamente, a quienes su propia conciencia les impide aceptar, que serán castigados por el juez universal con pena proporcionada al que tanto ha pecado y que no sin buena razón será infligida por el juez supremo. Y hasta hay veces en que hombres del todo perdidos, por más que quieren aceptar la doctrina acerca del castigo eterno, por la esperanza que les da la penitencia, son impedidos por la costumbre de pecar, pues teñidos están, como si dijéramos, por el vicio e incapaces ya de levantarse de él y pasar a una vida decente y conforme a la recta razón. Así lo comprendió el mismo Celso, no sé cómo, pues dice seguidamente: “Realmente, a cualquiera le es conocido que los que pecan por naturaleza y costumbre, nadie en absoluto logrará cambiarlos por medio de castigos, ni menos por misericordia, pues nada hay tan difícil como cambiar completamente una naturaleza. Pero los que no pecan gozan de mejor vida”.

66. No hay conversión imposible

Mas también en esto yerra, a mi parecer, completamente Celso, al no conceder a los que pecan por naturaleza y hasta por costumbre, la posibilidad de un cambio completo; según él, ni por medio de castigos se los puede curar. Realmente, es claro y patente que todos los hombres pecamos por naturaleza y algunos no solo por naturaleza, sino también por hábito; pero no todos los hombres son incapaces de un cambio radical. Las escuelas filosóficas y la palabra divina están llenas de historias de quienes cambiaron tan radicalmente que vinieron a ser modelos de la vida mejor. De entre los héroes, algunos ponen en este número a Heracles y Ulises; de entre los posteriores, a Sócrates y de entre los modernos, a Musonio.¹⁹ Al sentar pues Celso, su tesis de que “a cualquiera le es conocido que quienes pecan por naturaleza y por costumbre no es posible en absoluto los lleve nadie, ni a fuerza de castigos, a convertirse a vida mejor”, no solo miente contra nosotros, sino también contra los nobles filósofos, que no desesperaron de que los hombres puedan retornar a la virtud. Y si es cierto que no expresó con exactitud su pensamiento, aun interpretándolo benévolamente, no hemos demostrado con menos razón que no habla sanamente. Dijo, en efecto: “A los que pecan por tendencia natural y encima, por costumbre, no es posible los cambie nadie ni aun a fuerza de castigos” y nosotros, entendiendo la frase como suena, lo hemos rebatido según nuestras fuerzas.

67. Ejemplos de conversiones filosóficas

Pero es probable que solo quiso dar a entender, que no es posible que nadie haga cambiar completamente, ni aun a fuerza de castigos, a los que no solo por tendencia natural, sino también por hábito, cometen pecados como solo los cometen los hombres más perdidos. Pero también esto se demuestra que es falso por la historia de ciertos filósofos. Porque ¿quién no contará entre los hombres más perdidos al que, fuera por lo que fuera, se sometió a un amo que le mandó ponerse en un prostíbulo para que todo el que quisiera abusara de él? Y tal cosa se cuenta acerca de Fedón. ¿Y quién no dirá que fue el más abominable de los hombres el que con una flautista y toda la

¹⁹ Musonio vivió para Orígenes “ayer o anteayer”. San Justino Mártir lo menciona también honrosamente y lo hace contemporáneo suyo (ἐν τοῖς καθ’ ἡμᾶς II *Apol.* 7 181, 1). Fue filósofo estoico, y de él cuenta Philostr., *Vita Apoll.* IV 12: “Nerón no consentía que nadie profesara la filosofía, pues los filósofos le parecían cosa superflua y que olía a adivinación. Así el manto del filósofo fue llevado ante los tribunales, como forma de adivinación. Pasando a otros por alto, solo recordaré que Musonio, oriundo de Babilonia, fue encarcelado por razón de su ciencia, y en la cárcel corrió peligro de muerte, y, de no haber sido por su robustez, allí ciertamente hubiera muerto”. De él quedan escasos fragmentos. Chadwick remite sobre Musonio a C. E. Lutz: *Yale Classical Studies* 10 (1947) 3-147.

pandilla de compañeros de juerga, irrumpió en la escuela del venerable Jenófanes para insultar al hombre a quien sus discípulos admiraban? (I 64). Sin embargo, la razón tuvo tanta fuerza para convertir a estos hombres y hacerles adelantar hasta punto tal en la filosofía, que al uno lo tuvo Platón por digno de narrar el discurso de Sócrates sobre la inmortalidad del alma y de explicar su serenidad en la cárcel, sin preocuparse para nada de la cicuta, sino explicando sin miedo alguno y con la mayor calma de espíritu cosas tales y tamañas, que apenas si pueden comprender los más atentos, a quienes no moleste incidente o perturbación alguna. Y Polemón, que de disoluto pasó a ser el hombre más temperante, sucedió en la escuela a Jenócrates, famosísimo por su gravedad de carácter. No está pues Celso en lo cierto, al afirmar que “nadie, ni aun a fuerza de castigos, puede cambiar a los que pecan por tendencia natural y encima, por costumbre”.

68. El poder de la palabra divina

Sin embargo, no es de maravillarse en absoluto que el orden, la composición y elegancia de los discursos filosóficos, produjeran esos efectos en los antedichos y en otros de mala vida; pero si consideramos lo que Celso llama (III 73) “discursos vulgares”, llenos de poder, como si fueran fórmulas mágicas y contemplamos cómo súbitamente atraen a muchedumbres que pasan de una vida de intemperancia a la vida más tranquila, de inicuos a justos y de cobardes y afeminados a tal fortaleza de ánimo que desprecian la muerte por amor de la religión que han abrazado, ¿cómo no admirar la fuerza que hay en tales discursos? Y es así que la palabra de los que a los comienzos predicaron la religión cristiana y trabajaron en la fundación de las iglesias de Dios y por lo tanto su enseñanza, tuvo ciertamente fuerza persuasiva, pero no como la que se estila en los que profesan la sabiduría de Platón o de cualquier otro filósofo, hombres al cabo y que nada tienen fuera de la naturaleza humana. La demostración en cambio, de los apóstoles de Jesús era dada por Dios y tomaba su fuerza persuasiva del espíritu y el poder (1 Co 2,4). Así se explica que su palabra corriera rápida y agudísimamente (Sal 147,4) o, por mejor decir, la palabra de Dios, que por su medio convertía a muchos que pecan por natural tendencia y por costumbre; a los que nadie, ni a fuerza de castigos, hubiera hecho mudar de vida los cambió la palabra viva, formándolos y moldeándolos a su talante.

69. Mucho puede la voluntad y el ejercicio

Dice además Celso, de acuerdo con su mentalidad, que “no hay en el mundo nada tan difícil como mudar completamente una naturaleza”. Pero nosotros sabemos que todas las almas racionales son de la misma naturaleza y afirmamos que ninguna salió mala de las manos del Creador del universo; si muchos luego se han hecho malos, ello se debe a la educación, a la perversión y al ambiente (cf. III 57), hasta el punto de que en algunos la maldad ha venido a ser segunda naturaleza. De ahí que estemos persuadidos, de que para el Logos divino, cambiar en bien una maldad que se ha hecho naturaleza, no solo no es imposible, mas ni siquiera excesivamente difícil. La única condición es aceptar la necesidad de entregarse a sí mismo al Dios sumo y hacerlo y referirlo todo al agrado de Aquel, para quien no se cumple el dicho del poeta:

“Un mismo precio
corre para el cobarde y el valiente”;

ni lo otro:

“lo mismo ha de morir el perezoso que el que mucho trabaja”.

(*Ilíada* 9,319s.)

Pero si a algunos se les hace difícil el cambio, la causa hay que buscarla en ellos mismos, que no quieren aceptar la verdad, de que el Dios sumo será justo juez de todo lo que cada uno hubiere hecho en su vida. Porque aún para cosas difíciles y hablando hiperbólicamente, aun para las que parecen casi imposibles, mucho pueden la voluntad y el ejercicio. Si la naturaleza humana se propone andar por una cuerda tendida de una banda a otra del teatro sobre el aire y eso llevando tales y tantos pesos, sale con ello por el ejercicio y la atención; ¿y no lo conseguirá si se propone vivir conforme a la virtud, aunque anteriormente haya sido malísima? Tenga cuidado el que esto dice, no ofenda más al que creó al animal racional por naturaleza, que al propio creador, pues habría hecho capaz a la naturaleza humana de cosas tan difíciles, que, por otra parte, ninguna utilidad reportan, e incapaz de lograr su propia bienaventuranza. Pero baste lo dicho contra la tesis de que no hay nada tan difícil como cambiar una naturaleza.

Luego dice Celso que “los sin pecado gozan de mejor vida”; pero no aclara quiénes son los sin pecado, si los que lo son desde el principio o los que no pecan después de su conversión. Estar sin pecado desde el principio es imposible; de los que no pecan después de su conversión se hallan

pocos, que una vez que se acercaron al Logos salvador, se hayan convertido en hombres sin pecado. Lo cierto es que no se acercan al Logos siendo tales, pues sin el Logos y Logos perfecto, es imposible que el hombre se torne impecable.

70. Límites a la omnipotencia divina

Luego nos opone, como si fuera dicho nuestro: “Todo lo podrá Dios”. Pero no entiende en qué sentido se dice esto, ni cómo se toma aquí ese “todo”, ni en qué otro el “puede”. No es menester discutir ahora sobre esto, pues ni él mismo lo contradice, aunque pudiera con algún viso de probabilidad. Acaso no comprendió lo que se podría decir con probabilidad contra ello o, si lo comprendió, vio también la respuesta que se puede dar a la objeción. Ciertamente, según nuestra doctrina, Dios lo puede todo, siempre que lo que puede no contradiga a su ser de Dios, a su bondad ni a su sabiduría. Pero Celso, dando pruebas de no haber entendido en qué sentido se dice que Dios lo puede todo, dice: “No querrá nada injusto,” concediendo que Dios puede también lo injusto, pero no lo quiere. Pero nosotros sentamos que, como lo naturalmente dulce no puede, por su misma dulzura, producir nada amargo contra su sola propiedad y como lo que naturalmente ilumina no puede, por el hecho de ser luz, oscurecer; así tampoco puede Dios cometer una iniquidad; el poder de ser injusto repugna a su divinidad y a todo el poder propio de su divinidad.²⁰ Si hay algún ser que puede cometer una injusticia, por tener natural propensión a obrar injustamente, esa posibilidad le viene de no tener en su naturaleza algo que le haga imposible toda injusticia.

71. La misericordia divina

Luego supone por su cuenta lo que acaso se imaginen algunos creyentes sencillos, pero que no concederán los más inteligentes, a saber: “A la manera de quienes se dejan dominar por la compasión, dejándose Dios llevar de ella con los que se lamentan, alivia a los malos; y a los buenos que no hacen nada de eso, los rechaza. Lo cual es el colmo de la iniquidad” (cf. III 63). La verdad es que, según nosotros, Dios no socorre a ningún malo que no se haya aún convertido a la virtud, ni rechaza a nadie que sea ya bueno. Pero tampoco socorre o se compadece de nadie (para usar la

²⁰ la doctrina, tan nítida, de que un ser no puede producir un efecto contrario a su cualidad esencial se remonta a Platón, *Resp.* 335: “No es obra Del calor enfriar, ni de lo seco humedecer, ni de lo bueno dañar”. Luego se hace lugar común: Diog. Laert., VII 103; Clem. Al. *Strom.* I 68,3; VI 159, 4; pnm. / rjf. 1.5; Athen., Les. 24; Tertull., Adv. Herm. 13 (referencias de Chadwick).

palabra compasión en su sentido común), que se lamente, por el simple hecho de lamentarse; no, Dios recibe, por razón de la penitencia, aun a los que abandonan la vida peor, con tal de que condenen profundamente sus pecados, de modo que lleven, como si dijéramos, luto por ellos y se lloren a sí mismos como muertos por lo que a su vida pasada atañe y den pruebas de una conversión sincera. Porque la virtud que viene a morar en sus almas y arroja de ellas la maldad que antes las ocupara, les hace olvidar su vida pasada. Pero aunque no fuera la virtud misma un progreso digno de este nombre que se produjera en el alma, bastaría, en el grado que fuera progreso, a desterrar y borrar la profusión de la maldad, de suerte que esta estuviera ya cerca de no existir en el alma.

72. La verdadera sabiduría

Luego, poniéndolo en boca de uno que enseñara nuestra doctrina, dice: “Los sabios rechazan lo que nosotros decimos, pues su sabiduría los extravía e impide”. A esto responderemos que, si sabiduría es la ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas,²¹ o, como la define la palabra divina, *vapor del poder de Dios y emanación pura de la gloria del Omnipotente, resplandor de la luz eterna y espejo sin mancha de la majestad de Dios e imagen de su bondad* (Sb 7,25ss), no es posible que ningún sabio rechace lo que un cristiano inteligente diga acerca del cristianismo, ni que se extravíe o sea impedido por la sabiduría. Porque no extravía la verdadera sabiduría, sino la ignorancia; y de todo lo que existe, lo único firme es la ciencia y la verdad, que vienen de la sabiduría (cf. Plat., Pol. 508e). Pero si, rechazando esta definición de sabiduría, se llama sabio al que dogmatiza sobre lo que bien le viene, fundado en cualquier sofisma, en ese caso, sí, diremos que el sabio, según semejante sabiduría, rechaza las palabras de Dios, pues está extraviado por argumentos probables y sofismas y trabado de pies por ellos. Y como, según nuestra doctrina, *no es sabiduría la ciencia del mal* (Si 19,22) y solo ciencia de la maldad —llamémosla así— hay en los que profesan ideas erróneas y están engañados por sofismas, yo diría que en los tales hay más bien ignorancia que sabiduría.

73. La ley cristiana es para sabios e ignorantes

Seguidamente injuria de nuevo al que predica el cristianismo, afirmando de él que dice “cosas

21 Definición estoica corriente de la sabiduría.

ridículas”, pero no se detiene a explicar ni demostrar claramente en qué consisten esas ridiculeces. Y, terco en sus injurias, dice que “ningún hombre prudente creerá en esa doctrina, retraído por la muchedumbre misma de los que la abrazan”. En esto actúa Celso como el que dijera que ningún hombre inteligente seguirá las leyes, por ejemplo, de Solón, Licurgo o Zaleuco u otro legislador, retraído por la muchedumbre de gentes vulgares que se guían por ellas; más que más, si por inteligente entiende al que lo es por la virtud. Los legisladores, en este caso, rodearon al pueblo de la dirección y leyes que les parecieron convenientes y, de manera semejante, Dios, que, por medio de Jesús, da leyes a todos los hombres, lleva también a los no inteligentes a lo mejor, en cuanto cabe llevar a lo mejor a tales gentes. Lo cual, como antes dijimos (II 78), lo sabía el Dios que habla por Moisés y así dice: *Ellos me provocaron a celos en uno que no es Dios, me irritaron en sus ídolos, pues yo los provocaré a celos en uno que no es pueblo, en un pueblo insensato los irritaré* (Dt 32,21). Y Pablo, que lo sabía también, dijo: *Dios escogió lo necio del mundo para confundir a los sabios* (1 Co 1,27), donde de modo general llama sabios a los que parecen haber hecho grandes progresos en sus doctrinas, pero cayeron en impío politeísmo, pues, *profesando ser sabios, se entontecieron y mudaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de la imagen de un hombre corruptible y hasta de volátiles, cuadrúpedos y reptiles* (Rm 1,22).

74. La religión cristiana, ¿atajo de necios?

Y sigue acusando al maestro cristiano de que “anda en busca de los necios”. A lo que cabría preguntar: ¿A quiénes llamas tú necios? Porque, hablando con rigor, todo hombre malo es necio.²² Si llamas, pues, necios a los malos, cuando tú tratas de llevar a los hombres a la filosofía, ¿buscas a malos o a cultos? No es posible que busques a hombres finos, pues esos profesan ya la filosofía; luego llamas a malos y, si malos, necios. Y buscas llevar a muchos de estos a la filosofía; luego tú también buscas a los necios. Yo, por el contrario, si busco a los que se llaman necios, hago como el médico que, por amor a los hombres, busca a los enfermos para procurarles los remedios y devolverles las fuerzas. Pero si llamas necios a los torpes y más bien supersticiosos, te responderé que también a estos trato yo de mejorar según mis fuerzas, pero no quiero que de tales gentes se componga la religión cristiana. Yo busco más bien a los inteligentes y de agudos ingenios, que son

22 Doctrina estoica; cf. *Stoic, vet. fragm.*, 657ss (v. Arnim). Su raíz es platónica (o socrática).

capaces de entender la explicación de los enigmas y lo que misteriosamente se dice en la ley, en los profetas y en los evangelios. Estos escritos los desprecias tú, porque te imaginas que no contienen nada que valga la pena; pero es que no has examinado su sentido ni has tratado de penetrar en la mente de sus autores.

75. A nadie depravó jamás la sabiduría

Luego dice que “el maestro del cristianismo hace como el que promete sanar los cuerpos, pero disuade para que se acuda a los buenos médicos, pues pudieran estos descubrir su chapucería”. A esto le diremos: ¿Qué médicos son esos de que dices apartamos a los ignorantes? Porque no supondrás ciertamente que exhortamos a los filósofos a que se pasen a nuestra religión, para que pienses ser esos los médicos de que apartamos a los que llamamos a la palabra divina. Así, pues, o no responderá, por no tener médicos que decir, o tendrá que refugiarse en el propio vulgo, en esos que cacarean servilmente lo de los muchos dioses y cualesquiera otras majaderías propias del vulgo. En uno y otro caso quedará convicto de haber metido torpemente en sus discursos al maestro que aparte de los buenos médicos. Pero demos por hecho que apartamos de la filosofía de Epicuro y de los que pasan por médicos de la escuela de Epicuro a los que han sido engañados por sus doctrinas; ¿no haremos cosa alguna desde todo punto de vista razonable al librarlos de una grave enfermedad, obra de los médicos de Celso, como es la negación de la providencia y la teoría del placer como bien supremo? Demos también por hecho que apartemos a los que convertimos a nuestra religión de otros médicos filósofos, como los peripatéticos, que niegan la providencia para con nosotros y toda relación de la divinidad con el hombre; ¿no haremos así nosotros piadosos y curaremos a los que se han convertido, persuadiéndoles para que se consagren al Dios supremo y libremos a los que nos creyeren de las grandes heridas que les han infligido los discursos de los supuestos filósofos? Demos, en fin, que retraemos a otros de los médicos estoicos, que introducen un dios corruptible y definen su esencia como un cuerpo absolutamente mudable, cambiabile y transformable, de suerte que, al corromperse un día todo, solo quedará Dios; ¿es que así no libremos también de un mal a los que nos creyeren y los llevaremos a la doctrina piadosa de que se consagren al Creador y admiren al autor de la doctrina cristiana, al que convierte con el más grande amor a los hombres y ordenó que las enseñanzas para bien de las almas se esparcieran por todo el

género humano? Y si curamos también a los que han sufrido la insensatez de las reencarnaciones,²³ de médicos que rebajan la naturaleza racional, ya sea a una desde todo punto irracional, o a otra incapaz de percepción, ¿no haremos mejores en sus almas a los que crean en nuestra doctrina? Esta no enseña que al malo se le imponga por castigo la inconsciencia o irracionalidad, sino que demuestra cómo las penas y castigos infligidos por Dios a los malos son una especie de medicamentos que los convierten a Él. Así piensan los cristianos inteligentes, siquiera se adapten a los más sencillos, como los padres a los niños pequeños.

No nos refugiamos, pues, en los pequeños ni en los tontos y rústicos, para decirles: huid de los médicos; ni tampoco decimos: ¡Cuidado con que alguno de vosotros se dedique a la ciencia! Nosotros no afirmamos que la ciencia sea un mal, ni somos tan locos que digamos que el saber impida a los hombres la sanidad del alma. Tampoco podemos afirmar que nadie se haya perdido jamás por la sabiduría, nosotros que, ni aun cuando enseñamos, decimos: “Atendednos a nosotros”, sino: “Atended al Dios supremo y a Jesús, que nos ha enseñado a conocerlo”. Ninguno de nosotros es tampoco tan arrogante que diga (como atribuyó Celso a su fingido maestro cristiano) a sus discípulos: “Yo solo os salvaré”. He ahí, pues, el cúmulo de mentiras que dice contra nosotros. Pero tampoco decimos que “los verdaderos médicos matan a los mismos a quienes prometen curar”.

76. Insultos indignos de un filósofo

De otra comparación echa mano contra nosotros, al decir que “el maestro entre nosotros hace como el borracho que, entre borrachos, acusara a los abstemios de borrachos”. Pues demuéstrenos por los escritos, por ejemplo, de Pablo, que este apóstol de Jesús era un borracho y que sus discursos no eran de un hombre sobrio; o, por lo que escribió Juan, que sus ideas no corresponden a un hombre en sus cabales y libre del vicio de la embriaguez. Así, pues, nadie de sano juicio que enseña el cristianismo se da a la borrachera; sino que Celso, al hablar así, nos insulta de forma indigna de un filósofo. Y díganos también Celso, a qué hombres sobrios tachamos de borrachos los que predicamos las enseñanzas cristianas. A decir verdad, en nuestro sentir, borrachos están los que hablan como a Dios a cosas inanimadas. ¿Mas qué digo borrachos? Locos están más bien los que corren

23 Doctrina platónica: cf. por ejemplo, *Phaidon* 81d-82: cada alma se reencarnará en el animal u hombre que esté de acuerdo con sus costumbres anteriores: un glotón, bebedor e insolente, en asnos o animales semejantes; los tiranos, inicuos y ladrones, en lobos, gavilanes y milanos. A una colmena de abejas granero de hormigas, irán a parar las almas de gentes moderadas que practicaron la templanza y justicia por hábito y costumbre, “pero sin filosofía ni inteligencia”. A la familia de los dioses solo se remontan los filósofos y los que salieron del mundo totalmente puros. Platón no habla de reencarnaciones en plantas; sí Plotino (por ej., III 4,2).

a los templos y adoran como a dioses las estatuas o los animales. Y no menos locos que estos, están los que piensan que tiene algo que ver con el honor de verdaderos dioses, los objetos que fabrican, si llega el caso, hombres viles y hasta perversísimos (cf. I 5).

77. Los idólatras son ciegos

Luego compara al que enseña con un enfermo de los ojos y lo mismo a los que lo escuchan y dice que “un legañoso entre legañosos acusa de ciegos a los que tienen vista aguda”. Ahora bien, ¿quiénes diríamos que no ven según nuestro sentir? ¿No son acaso los que no son capaces de levantarse de tamaña grandeza del cosmos y de la hermosura de las criaturas, a ver y contemplar que solo se debe adorar, admirar y dar culto al que hizo tanta maravilla? Nada, en cambio, de lo que el hombre fabrica, nada de lo que se toma para honor de los dioses merece ser adorado, ya se lo separe del Dios creador, ya sea que se junte con Él. Y es así que comparar lo que no es en absoluto comparable con el infinito, que supera infinitamente toda naturaleza creada, es obra de gentes ciegas de inteligencia. No llamamos, pues, legañosos ni privados de vista a los que la tienen aguda; pero sí afirmamos que están ciegos de inteligencia los que, por ignorancia de Dios, se precipitan rodando a los templos, a los ídolos y a los llamados meses sagrados. Y mucho más cuando, además de su impiedad, viven rotamente, no buscan obra decente alguna y practican las más ignominiosas.

78. Reticencia final de Celso

Seguidamente, ya que ha cargado sobre nosotros tamañas culpas, quiere dar a entender que todavía le quedan más por decir, pero se las calla. He aquí sus palabras: “De estas y otras cosas por el estilo tengo que acusarlos, pues no las voy a enumerar todas y afirmo que pecan e injurian a Dios, con el fin de atraerse con vanas esperanzas a hombres malvados y persuadirlos que, si se apartan de los mejores, correrán mejor suerte”. También a esto puede contestarse por el argumento de los que se convierten al cristianismo: no son, efectivamente, tanto los malos los que son atraídos por nuestra doctrina cuanto los más sencillos y, como los llamaría la gente, los inocentes. Porque estos, movidos por el temor de los castigos que anuncia nuestra doctrina, se apartan de aquellas cosas por las que vienen los castigos y tratan de entregarse a la religión de los cristianos. Y hasta tal punto los domina la palabra divina, que, por temor a los tormentos que esa misma palabra llama

eternos (Mt 25,46), desprecian toda tortura que los hombres excogiten contra ellos y la muerte acompañada de infinitas agonías. Lo cual nadie en su sano juicio dirá que es obra de voluntades malas. ¿Cómo practicar la continencia y castidad movidos de mala voluntad? Y lo mismo se diga de la beneficencia y liberalidad. Y ni siquiera el temor de Dios que la palabra divina recomienda como útil, para los que no son aún capaces de mirar a lo que debe escogerse por razón de sí mismo, ni de escogerlo en efecto como el sumo bien y muy por encima de toda promesa, ni siquiera, digo, ese temor puede naturalmente darse en quien voluntariamente vive en la maldad.

79. Religión y superstición

Pero si alguno se imagina que en estas cosas hay más de superstición que de maldad, entre el vulgo de los que creen en la palabra divina y acusa a nuestra religión de que hace supersticiosos, le responderemos lo que respondió un legislador (cf. Plutarch., *Solón* 15) a quien le preguntaba si había dado a sus ciudadanos las mejores leyes: “No las mejores en absoluto, sino las mejores de que eran capaces”. Así pudiera decir el autor de la religión cristiana: Yo he dado las mejores leyes y enseñado la mejor doctrina de que eran capaces “los muchos”, para mejorar sus costumbres, amenazando con penas y castigos no fingidos, sino verdaderos (cf. IV 19), contra los que pequen. Verdaderos —digo— y que forzosamente recaerán en los que se resisten y que ciertamente no entienden en absoluto la intención del que castiga ni el efecto de las penas. Porque también esto se dice para provecho, conforme desde luego a la verdad, pero veladamente cuando así conviene. Como quiera que sea, hablando en general, los predicadores del Evangelio no atraen a los malos, pero tampoco injuriamos a la Divinidad. Y es así que de ella solo decimos cosas verdaderas y que parecen claras al vulgo, pero que no lo son para ellos tanto como para los pocos que se ejercitan en penetrar filosóficamente el cristianismo.

80. La inmortalidad del alma no es vana esperanza

Dice también Celso que los que profesan el cristianismo “se dejan llevar de vanas esperanzas”, recriminando así nuestra doctrina acerca de la vida bienaventurada y de la comunión con Dios. A lo cual le diremos: En tu opinión, amigo, también se dejan llevar de vanas esperanzas los que aceptan la doctrina de Pitágoras y Platón, con respecto de que el alma, por su naturaleza, es capaz de remontarse a la bóveda del cielo y, en un lugar por encima del cielo, contemplar lo que ven los

espectadores bienaventurados (Plat., *Phaidr.* 247.250). Y según tú, ¡oh Celso!, de vanas esperanzas se dejan llevar también los que creen en la permanencia del alma y viven de manera que puedan llegar a ser héroes y convivir con los dioses (cf. III 37). Y acaso también los que están convencidos de que solo el espíritu que viene de fuera es inmortal y solo él escapará a la muerte, dirá Celso que se dejan llevar de vanas esperanzas. En ese caso, no disimule ya su propia escuela filosófica, confiese que es epicúreo y combata lo que griegos y bárbaros han dicho, con no despreciables razones, acerca de la inmortalidad o permanencia del alma y sobre la inmortalidad de la mente; y demuestre que estas doctrinas engañan con vanas esperanzas a los que las aceptan y que las de su propia filosofía están limpias de tales vanas esperanzas. Su filosofía atraerá a los hombres con sólidas esperanzas o, lo que es más consecuente con su doctrina, no infundirá esperanza alguna, por razón de que el alma perece enteramente apenas llega la muerte. A no ser que Celso y los epicúreos nieguen no ser vana esperanza la que ellos ponen en el placer, fin que es de su vida y bien supremo, según ellos, “una sólida constitución de la carne y la confianza que se pone en ella”, que es todo el ideal de Epicuro (fragm. 68 Usener).

81. En armonía con la mejor filosofía

Pero nadie se imagine que no esté en armonía con la doctrina de los cristianos, el haber yo tomado contra Celso a los que han filosofado acerca de la inmortalidad o supervivencia del alma. Algunas cosas tenemos en común con ellos; pero en momento más oportuno demostraremos, que la futura vida bienaventurada solo se dará a los que hubieren abrazado la religión de Jesús y practicado para con el Creador del universo una piedad sincera y pura, sin mezcla de nada creado. En cuanto a los bienes superiores que persuadimos falsamente desprecien los hombres, demuéstrelos el que tenga gana de ello y compare además el fin bienaventurado que, según nosotros, tendrán junto a Dios en Cristo, es decir, en el que es Logos, sabiduría y toda virtud, los que hubieren vivido irrepochablemente y hubieren amado al Dios supremo con amor indivisible y constante —un fin que vendrá por don del mismo Dios —; compare, digo, este fin con el que proclaman las escuelas filosóficas de griegos o bárbaros o las religiones místicas. Y hasta ver que el fin, tal como lo conciben los otros, es superior al que nosotros proponemos; que el otro, como verdadero, es consecuente; el nuestro, en cambio, no se armonizaría con lo que Dios da ni con lo que merecen los que han vivido rectamente; o, en fin, que todo esto no fue dicho por el Espíritu divino, que llenó

las almas de los profetas, hombres puros. Demuestre igualmente el que tenga ganas de ello, que discursos en confesión de todos puramente humanos son superiores a los que se demuestran ser divinos y haber sido dictados por inspiración de Dios. ¿Y de qué cosas mejores enseñamos se aparte nadie para que así le vaya mejor? Porque, si no se toma por arrogancia,²⁴ es de suyo evidente que nada mejor cabe pensar, que entregarse al Dios supremo y abrazar una doctrina que nos aparta de todo lo creado, pero que nos conduce al Dios sumo por medio del Logos animado y viviente, que es a la vez la sabiduría viviente y el Hijo de Dios.

Pero con lo dicho, ha adquirido volumen suficiente el libro tercero de nuestra respuesta al escrito de Celso, por lo que le ponemos aquí término. En lo que sigue vamos a impugnar lo que después de esto escribe Celso.

24 Hay, a decir verdad, una santa arrogancia en este final del libro tercero contra Celso. Así podía hablar “el más grande cristiano (hombre de Cristo) del siglo II”, y porque es síntesis de su vida, que tocaba ya al ocaso por el martirio, pudo darnos esa síntesis del cristianismo: “entregarse al Dios supremo y abrazar una doctrina que nos aparta de todo lo creado, pero nos conduce al Dios sumo por medio del Logos animado y viviente, que es, a la vez, la sabiduría viviente y el Hijo de Dios”.

LIBRO CUARTO

1. Invocación

En los tres libros anteriores hemos expuesto, sagrado Ambrosio, nuestro pensamiento contra el escrito de Celso y ahora acometemos el cuarto contra lo que sigue, no sin invocar antes a Dios por medio de Cristo. ¡Ojalá se nos concedan palabras como aquellas de que se escribe en Jeremías, cuando se presenta el Señor hablando con el mismo profeta: *Mira que he puesto mis palabras en tu boca como fuego. Mira que te he constituido hoy sobre los pueblos y reinos, para que arranques y destruyas, para arruinar y asolar, para que edifiques y plantes!* (Jr 1,9-10). Porque también nosotros necesitamos ahora de palabras que arranquen de raíz cuanto va contra la verdad, de toda alma que ha sido dañada por el escrito de Celso o por ideas semejantes a las de Celso; necesitamos también de pensamientos que derriben todo edificio de falsas opiniones y lo que Celso construye en su libro, edificio semejante al de los que dijeron: *Ea, vamos a construir una ciudad y una torre cuya punta llegue hasta el cielo* (Gn 11,4). Pero necesitamos también de sabiduría, que derroque toda arrogancia *que se alza contra el conocimiento de Dios* (2 Co 10,5), la arrogancia señaladamente de Celso, que bravuconamente se alza contra nosotros. Pero no debemos pararnos en el arrancar y derribar lo que acabamos de decir; es necesario que, en lugar de lo arrancado, plantemos plantas conformes a la agricultura de Dios (1 Co 3,9) y, en lugar de lo derribado, construir un edificio de Dios y un templo para gloria de Dios. Por eso, también nosotros hemos de rogar al Señor, que da lo que se escribe en Jeremías, nos conceda palabras para edificar el edificio de Cristo y plantar la ley espiritual y los discursos proféticos en armonía con ella. Y lo que ahora señaladamente me incumbe demostrar, contra lo que seguidamente dice Celso, es que fueron bien hechas las profecías que versan sobre Cristo. Y es así que, enfrentándose con unos y otros, con los judíos, que niegan que haya venido el Mesías, pero que esperan su venida y con los cristianos, que confiesan que Jesús es el Mesías profetizado, dice lo que sigue.

2. La disputa más vergonzosa, según Celso

“Que algunos de entre los cristianos y los judíos afirmen, unos, que ha bajado ya, otros, que ha

de bajar algún dios o hijo de Dios a la tierra para juzgar lo que aquí pasa, es la disputa más vergonzosa, que no necesita de largos razonamientos para su refutación”. Aquí parece decir Celso puntualmente de los judíos y no que algunos, sino todos, piensan que ha de venir alguien sobre la tierra; de los cristianos, en cambio, que solo algunos dicen que ha bajado ya a la tierra. Porque indica a los que por las Escrituras judaicas demuestran, que se ha cumplido ya el advenimiento del Mesías y parece saber que hay algunas sectas según las cuales Jesús no es el Mesías profetizado. Ahora bien, ya anteriormente (I 49-57; II 28-30) discutimos según nuestras fuerzas las profecías acerca de Cristo; por eso no repetimos lo mucho que se podría decir sobre el tema, para no caer en machaconería. Pero es de notar que, si con alguna lógica, siquiera aparente, quería refutar la fe en las profecías acerca de la venida de Cristo, ya se entienda para la por venir, o se dé por ya cumplida, su deber era citar esas profecías a que apelamos cristianos y judíos en nuestras mutuas disputas. De este modo hubiera por lo menos dado la impresión, de refutar a los seducidos por lo que él cree es mera probabilidad, que los lleva a aceptar las profecías y la fe en Jesús como Mesías, fundada en las mismas profecías. Pero lo cierto es que, ya sea por no ser capaz de impugnar las profecías acerca de Cristo, o porque ignoraba en absoluto lo que sobre Él estaba profetizado, Celso no alega ni un solo texto profético, a pesar de que son innumerables los que versan sobre Cristo. Y aun se imagina acusar los escritos proféticos sin alegar lo que él llamaría probabilidad de los mismos. En todo caso, ignora que los judíos no dicen en absoluto que sea Dios o Hijo de Dios el Mesías que ha de bajar a la tierra, como anteriormente expusimos (I 49).

3. Por qué bajó Dios a la tierra

Ya que dijo que, según nosotros, Dios había ya bajado a la tierra, pero que, según los judíos, todavía tiene que venir como juez, cree que la cosa se refuta por sí misma como lo más vergonzoso y que no necesita de largos argumentos y dice: “¿Qué sentido tiene semejante bajada de Dios?” Y es que no ve que el fin que nosotros atribuimos a la bajada de Dios, es principalmente convertir las que el Evangelio llama las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 10,6 Mt 15,24) y, en segundo lugar, quitar a los antiguos judíos, en castigo por su incredulidad, el que se llama reino de Dios y pasarlo a otros agricultores, que son los cristianos, a fin de que den a Dios, a su debido tiempo, los frutos del reino de Dios, cuando cada acción es fruto del reino (Mt 21,43-41). Ahora bien, solo un poco hemos dicho, de entre lo mucho que pudiera decirse, a la pregunta de Celso: “¿Qué sentido

tiene semejante bajada de Dios a la tierra?"; pero Celso, por su cuenta y riesgo, afirma cosas que no decimos ni nosotros ni los judíos y sigue preguntando: "¿Acaso para enterarse de lo que pasa entre los hombres?" Nadie, en efecto, entre nosotros, afirma que Cristo viniera al mundo para enterarse de lo que pasa entre los hombres. Luego, como si alguien le hubiera asegurado que bajó para enterarse de lo que pasa entre los hombres, se replica a sí mismo: "¿Luego es que no lo sabe todo?" Seguidamente, como si le hubieran respondido que, en efecto, todo lo sabe, se vuelve a preguntar: "Entonces, si lo sabe y no lo endereza, ¿es que no lo puede enderezar con su poder divino?" Pero todo esto es hablar a lo tonto. Y es así que en todo tiempo, por su palabra, que descende a las almas santas a lo largo de las generaciones y hace amigos de Dios y profetas (Sb 7,27), Dios endereza a los que oyen lo que se les dice; y, por el advenimiento de Cristo, endereza por medio de la doctrina cristiana, no a los que se niegan a aceptarla, sino a los que se determinan a vivir una vida superior y agradable a Dios.

Yo no sé qué linaje de enderezamiento o corrección desea Celso cuando hace esta pregunta: "¿Es que no le era posible enderezarlo por su poder divino, si no enviaba expresamente a alguien para este menester?" ¿Acaso quería Celso que la corrección se hiciera apareciéndose Dios a los hombres, quitándoles de golpe la maldad e implantando en ellos la virtud? Que otro averigüe si esto concuerda con la naturaleza y si es posible; por nuestra parte, digamos que la cosa sea posible. ¿Dónde estaría entonces nuestro libre albedrío? ¿Dónde la alabanza por abrazar la virtud y la loa por repudiar la mentira?

Pero dado que eso se conceda, que sea posible y cosa conveniente, ¿por qué no había de preguntar alguien con más razón de forma absoluta, diciendo como Celso: ¿No era posible para Dios crear a los hombres por su poder divino sin que tuvieran necesidad de corrección, buenos y perfectos de suyo, sin que la maldad existiera en absoluto? Estas preguntas pueden inquietar a ignorantes e incapaces, no al que sabe penetrar la naturaleza de las cosas. Y es así que, si a la virtud se le quita su carácter de voluntaria, se la despoja de su misma esencia. El tema requeriría un tratado completo. Sobre él han reflexionado no poco los mismos griegos al hablar de la providencia; lo que no hubieran dicho, es lo que afirmó Celso preguntando: "Ahora bien, ¿lo sabe y no lo endereza, ni puede enderezarlo por su poder divino?" Por lo demás, nosotros mismos en muchos pasajes (I 57; II 35.78; III 28), hemos tocado estos puntos según nuestras fuerzas y las sagradas letras los ponen en claro a quienes son capaces de entenderlas.

4. Jesús vino a salvar a todos los hombres

Ahora bien, lo que Celso nos objeta a nosotros y a los judíos se puede retorcer contra él: Dinos, amigo, ¿conoce el Dios supremo lo que pasa entre los hombres, o no lo conoce? Si admites que hay Dios y providencia, como lo da a entender tu escrito, necesariamente lo sabe. Y si lo sabe, ¿cómo es que no lo arregla? ¿O es que nosotros tendremos necesidad de defender por qué, sabiéndolo, no lo endereza y tú, que no muestras claramente en tu escrito ser epicúreo, sino que afirmas conocer la providencia, no tendrás, por el mismo caso, que explicarnos por qué Dios, no obstante saber todo lo que pasa entre los hombres, no lo endereza todo ni los libra a todos, por su poder divino, de la maldad? Nosotros no nos avergonzamos de decir que Dios está continuamente enviando correctores a la humanidad; pues que haya entre los hombres palabras que invitan a lo mejor, al don de Dios se debe. Mucha es, sin embargo, la diferencia entre los ministros de Dios y pocos son los que con entera pureza predicán la verdad y operan una corrección completa. Entre estos hay que contar a Moisés y a los profetas. Pero sobre todos descuella la corrección operada por Jesús, que no quiso curar solo a los que vivían en un rincón de la tierra (cf. IV 23.36; VI 78), sino, en cuanto de Él dependió, a todo el mundo; pues como *salvador vino para todos los hombres* (1 Tm 4,10).

5. “Dios no cabe ya en el mundo”, según Celso

Luego, ese nobilísimo de Celso, no sé de dónde toma la objeción que nos pone, como si nosotros dijéramos que “Dios mismo baja a los hombres”. De donde se imagina deducirse que “abandona su propio trono”. Es que ignora el hombre el poder de Dios y cómo el *Espíritu del Señor llena todo el orbe de la tierra y lo que mantiene unido a todo, conoce toda voz* (Sb 1,7). No es capaz de comprender el dicho del profeta: *¿No lleno yo el cielo y la tierra?, dice el Señor* (Jr 23,24). No ve que, según la doctrina de los cristianos, *todos vivimos en Él y en Él nos movemos y somos*, como enseñó Pablo en el discurso a los atenienses (Hch 17,28). De donde se sigue que, aun cuando el Dios del universo descienda, por su propia virtud, con Jesús, al género humano y aun cuando el Verbo, que al principio estaba en Dios y era Él mismo Dios (Jn 1,1-2), venga a nosotros, no se queda sin asiento ni abandona su trono, en el sentido de que un lugar queda vacío de Él y otro, que antes no lo tenía, ahora queda lleno. No, el poder y divinidad de Dios viene a morar entre los hombres por medio de quien quiere y en quien encuentra lugar, sin necesidad de cambiar de

sitio, ni dejando un lugar vacío de sí mismo y llenando otro. Y aun suponiendo, digamos, que Dios abandona a uno y llena a otro, pero no afirmamos eso en sentido espacial (IV 12; V 12). Lo que decimos es que el alma de un hombre malo y sumido en el vicio es abandonada por Dios; el alma, empero, del que está decidido a vivir conforme a la virtud o que procura adelantar en ella o que vive ya conforme a ella, esa afirmamos, está llena o participa de un espíritu divino. No es, por tanto, necesario que, al descender Cristo a nosotros o al volverse Dios a los hombres, abandone su trono excelso y se trastorne el orden de las cosas, como se imagina Celso, diciendo: “La mínima porción del universo que se cambie, todo rodará trastornado”. Pero, si hay que decir que, con la presencia del poder de Dios y el advenimiento del Verbo a los hombres, algo cambia, no vacilaremos en afirmar que quien recibe el advenimiento del Verbo de Dios en su alma, cambia de malo en bueno, de intemperante en moderado, de supersticioso en religioso.

6. ¿Dios un nuevo rico?

Pero, si quieres¹ también que respondamos a lo más ridículo que dice Celso, escúchense sus palabras: “O acaso siendo Dios desconocido entre los hombres y sintiéndose por ello disminuido, quiso darse a conocer y discernir a creyentes e incrédulos, como los nuevos ricos, que hacen alarde de sus tesoros. Mucha ambición y bien humana le levantan los cristianos a Dios”. Decimos, pues, que desconocido Dios por los hombres malos, quiere ser conocido, no porque se sienta disminuido, sino porque su conocimiento libra de la infelicidad a los que lo poseen. Tampoco quiere discernir a los creyentes y a los incrédulos, ya more Él mismo por inefable y divino poder en algunas almas, ya envíe a su Mesías. Lo que Él quiere es librar de toda infelicidad a los que creen en Él y aceptan su divinidad y eliminar en los incrédulos toda excusa de que no creyeron por no haber oído ni sido enseñados. ¿Qué razón hay, por tanto, para achacarnos que nos imaginamos a Dios como a los nuevos ricos, que hacen alarde de sus riquezas? No hace Dios alarde ante nosotros cuando quiere que entendamos y meditemos sobre su excelencia. No; lo que quiere es infundir en nuestras almas aquella bienaventuranza que nos da su conocimiento y por ello se afana porque logremos familiaridad y unión con Él por medio de Cristo y la perenne inhabitación de su Verbo en nosotros. En resumen, la religión cristiana no levanta a Dios ambición humana de ninguna especie.

1 Orígenes habla con su mecenas Ambrosio, a quien está dedicada la obra.

7. ¿Se acordó Dios tarde de juzgar a los hombres?

Mas no sé por qué caminos, después de soltar las tonterías que hemos citado, afirma luego lo que sigue: “No quiere Dios ser conocido porque Él personalmente lo necesite, sino que nos procura su conocimiento para nuestra propia salud, a fin de que se hagan buenos y se salven los que lo reciben; y los que no, demostrada su maldad, sean castigados”. Y una vez hecha pareja aseveración, entra en dudas y dice: “¿Luego ahora, después de tantos siglos, se ha acordado Dios de juzgar la vida humana y nada se le importó antes?” (cf. VI 78). A esto diremos que no ha habido jamás un tiempo en que Dios no quisiera juzgar la vida humana, sino que siempre cuidó de ello, dando ocasiones de practicar la virtud para corrección del animal racional. Y es así que en todas las generaciones, descendiendo la sabiduría de Dios a las almas que halla santas, hace amigos de Dios y profetas (Sb 7,27). Y en las sagradas letras se pueden ver en cada generación hombres santos y capaces del Espíritu divino, que trabajaron con todas sus fuerzas en la conversión de sus contemporáneos.

8. El misterio de la dispensación divina

Nada tiene, por lo demás, de extraño que, en ciertas generaciones, aparecieran profetas que, por el especial fervor y firmeza de su vida, superaron en su capacidad de recepción de la divinidad a otros profetas, ya fueran contemporáneos suyos, o anteriores o posteriores. Pues, por el mismo caso, tampoco es de maravillar que haya habido un momento en que, algo de todo punto señero, haya venido al género humano que no haya tenido semejanza en los que lo precedieron ni lo tendrá en los por venir. Ahora bien, la razón de todo esto entraña puntos demasiado misteriosos y profundos para que puedan en absoluto llegar a oídos vulgares. Para aclarar todo esto y responder a lo que se objeta contra el advenimiento de Cristo, es decir: “¿Luego ahora, después de tantos siglos, le vino a Dios al pensamiento juzgar al género humano y no se preocupó antes de ello?”, hay que tocar la teoría de las partes y esclarecer por qué, *cuando el Altísimo dividió las naciones y dispersó a los hijos de Adán, puso los límites de los pueblos según el número de los ángeles de Dios y vino a ser parte suya su pueblo de Jacob, cuerda de su herencia Israel* (Dt 32,8-9) (cf. *infra* V 25-30). Y habrá que explicar también la causa por la que se nace dentro de cada parte, bajo el dominio de a quien cupo la parte y por qué vino a ser razonablemente parte del Señor su pueblo de Jacob y cuerda de su herencia Israel. Y otro problema es por qué de primero fue Israel parte del Señor y

cuerda de su herencia Jacob; de los posteriores, empero, le dice el Padre al Salvador: *Pídeme y he de darte las naciones en herencia y en posesión los confines de la tierra* (Sal 2,8). Existen, en efecto, ciertas conexiones y consecuencias, inefables e inexplicables, acerca de la distinta economía o dispensación divina en el gobierno de las almas humanas.

9. “Autos epha”: Ipse dixit

Así, pues, aunque mal le pese a Celso, después de muchos profetas que corrigieron al antiguo Israel, vino Cristo para corregir al mundo entero. Y no necesitó, al estilo de la primera dispensación de la salud, de látigos, cadenas y tormentos contra los hombres; pues, cuando *el sembrador salió a sembrar* (Mt 13,3), bastó la enseñanza para esparcir por doquiera su doctrina. Ahora bien, si ha de venir un tiempo que señale al mundo su límite necesario por el mero hecho de haber principio; si el mundo ha de tener fin y darse al fin el justo juicio de todos los hombres; necesario es que el filósofo creyente demuestre la doctrina de Cristo por medio de toda clase de pruebas, ya sea que las tome de las Escrituras divinas, o de la deducción de los razonamientos; mas el creyente ordinario y sencillo, que no es capaz de seguir las especulaciones variadísimas de la sabiduría de Dios, necesario será que se entregue a sí mismo a Dios y al Salvador de nuestro linaje y contentarse con su “Él lo dijo” más bien que con cualquier otra autoridad (cf. I 7).

10. El temor y la esperanza, medios de corrección humana

Seguidamente, sin aducir, como de costumbre, prueba ni demostración alguna, nos imagina como unos charlatanes que habláramos impía y sacrílegamente de Dios y dice: “Es, pues, patente que no charlatanean estas cosas acerca de Dios con la santidad y reverencia debida”. Y cree que lo hacemos así para espantar al vulgo y que no decimos la verdad al hablar de los castigos necesarios para los que hubieren pecado. De ahí que nos compare con los que “en los cultos de Baco, introducen fantasmas y terrores”. Ahora bien, si en los cultos o iniciaciones báquicas hay alguna razón plausible o no hay tal, a los griegos les compete decirlo y a ellos oigan Celso y sus asociados. Nosotros, respecto de nuestra religión, nos defenderemos diciendo que nuestro intento es mejorar al género humano y para este fin nos valemos, con amenazas de castigos que creemos son necesarios en general y, tal vez, no sin provecho para quienes en particular los hayan de sufrir, o bien de promesas en favor de los que hubieren vivido bien; promesas que comprenden la bienaventuranza

en el reino de Dios para quienes fueren dignos de tenerlo por rey.

11. Diluvios y conflagraciones

Seguidamente quiere demostrar que nada maravilloso ni nuevo tenemos que decir acerca de diluvios y conflagraciones (cf. I 19, IV 41), sino que más bien malentendimos lo que sobre el tema se cuenta entre griegos y bárbaros y por ello dimos fe a nuestras Escrituras. He aquí sus palabras: “Tal idea les vino por haber malentendido lo que aquéllos dicen sobre esto, a saber, que, después de ciclos de largos tiempos y de retornos y conjunciones de astros, se siguen conflagraciones y diluvios; y como el último diluvio aconteció bajo Deucalión, el período de las mutaciones del universo pide ahora una conflagración. Esto les hizo decir con errónea opinión que Dios bajaría armado de fuego como un verdugo”. A esto responderemos que es muy extraño que Celso, que hace alarde de haber leído mucho y saberse muchas historias, no tenga idea de la antigüedad de Moisés, del que algunos escritores griegos dicen que nació en tiempos de Inaco, hijo de Foroneo.² Los egipcios y hasta los compiladores de las historias fenicias confiesan que es un personaje anti-quísimo. Lea quien quisiere los dos libros de Flavio Josefo *Sobre la antigüedad de los judíos* (*Contra Ap.* I 13,70ss), donde puede enterarse cómo Moisés fue más antiguo que cuantos han afirmado que, tras largos períodos de tiempo, se dan diluvios y conflagraciones en el mundo. Eso dice Celso que han malentendido judíos y cristianos y, por no entender lo de la conflagración, han dicho que “Dios bajará al mundo armado de fuego, como un verdugo”.

12. Dios no sube ni baja

Ahora bien, no es este el momento de discutir si se dan o no, periódicamente, diluvios y conflagraciones y si así lo entiende también la Escritura divina, entre otras, en estas palabras de Salomón: *¿Qué es lo que ha sido? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que se ha hecho? Lo mismo que se hará*, etcétera (Qo 1,9).³ Baste notar solamente que Moisés y algunos profetas, hombres que fueron anti-quísimos, no tomaron de otros la idea de la conflagración del mundo; antes bien, si se atiende

2 Hay una serie de autores que hacen a Moisés contemporáneo de Inaco (cf. Taciano, 38; Eus., *Praep. Ev.* X 10,16; Tertull., *Apol.* 19; Clem. Al., *Strom.* 1,101,5; Ps. Justín., *Cohort.* 9; Eus., *Chronic.* (ed. Helm p.7). Pero el punto de referencia es puramente mítico o intemporal. Inaco es el más antiguo rey de Argos, propiamente el dios del río del mismo nombre, hijo de Océano y Tethiys y padre de Foroneo e Io. Después del diluvio de Deucalión, se dice haber hecho bajar a la gente de las montañas a tierra llana; y cuando Poseidón y Hera se disputaron la posesión de la tierra, Inaco se decidió en favor de la diosa. En castigo, Poseidón hizo que los ríos de Argos sufrieran escasez de agua.

3 La exégesis de este pasaje por Orígenes (*De princ.* III 5,3) suscitó la ira de Jerónimo (*Epist.* 124,9) y de Agustín (*De civitate Dei* XII 13).

a las fechas, fueron otros los que, malentendiendo lo que ellos dijeron y no reproduciéndolo puntualmente, inventaron esas periodicidades, que no se distinguen ni por sus cualidades propias ni por las accidentales. Por lo demás, nosotros no atribuimos el diluvio ni la conflagración a ciclos y períodos de las estrellas; para nosotros, la causa de estas catástrofes es el torrente de la maldad que lo invade todo y se limpia por un diluvio o una conflagración. En cuanto a que baje el mismo Dios que dijo: *¿Acaso no lleno yo cielo y tierra?, dice el Señor (Jr 23,24)*, es locución que entendemos figuradamente. Baja, efectivamente, Dios de su grandeza y altura cuando dispone por su providencia las cosas de los hombres y señaladamente de los malos. La costumbre quiere que se diga que el maestro se abaja o condesciende con los niños y los sabios o muy adelantados con los jóvenes recién convertidos a la filosofía, sin que eso signifique que bajan corporalmente; pues, de modo semejante, si alguna vez se dice en las divinas Escrituras que baja Dios, hay que entenderlo de la manera como se usa comúnmente esta palabra. Y dígase lo mismo de “subir”.

13. Dios, fuego que consume

Mas ya que Celso nos achaca en son de burla el decir que “Dios bajará del cielo armado de fuego a la manera de un verdugo” y nos fuerza, a contratiempo, a discutir cuestiones harto profundas, digamos algunas cosas que basten para insinuar a nuestros oyentes la refutación de la burla de Celso y pasaremos seguidamente a lo demás. Dice, efectivamente, la palabra divina que Dios *es fuego consumidor* (Dt 4,24; Hb 12,29) y que *ante su acatamiento corren ríos de fuego* (Dn 7,10) y hasta que *Él entra como fuego que derrite y como lejía de lavadores para fundir a su pueblo* (Mt 3,2). Ya, pues, que se dice ser fuego que consume, consideremos qué cosas conviene que sean consumidas desde todo punto por Dios. A esto decimos que la maldad y las acciones inspiradas por la maldad, que figuradamente se llaman madera, hierba y paja, son consumidas por Dios. Por lo menos del malo se dice que *sobre el fundamento ya puesto, sobreedifica madera, hierba y paja* (1 Co 3,12). Ahora bien, si alguien demostrara que no fue ese el sentido que dio a sus palabras el escritor y fuera capaz de presentarnos al malo sobreedificando materialmente madera, hierba y paja, es evidente que también habría que entender el fuego material y sensiblemente. Pero si, por el contrario, se entienden figuradamente las obras del malo, que se dicen ser madera, hierba y paja, ¿cómo no ha de saltar a la vista de qué calidad sea el fuego que consume tales maderas? *El fuego*, dice el Apóstol, *probará la calidad de la obra de cada uno. Aquel cuya obra que sobreedificó*

permanezca, recibirá galardón; aquel cuya obra quede abrasada, sufrirá daño (Co 3,13). Ahora bien, la obra abrasada de que aquí se habla, ¿qué otra puede ser sino todo lo que se hace por maldad? Luego nuestro Dios es fuego consumidor en el sentido que acabamos de explicar; y en este sentido entra como fuego que derrite, para fundir a la criatura racional, llena del plomo de la maldad y de toda otra materia impura, que adulteran el oro y la plata, digámoslo así, de la naturaleza del alma. En este sentido, finalmente, se dicen salir ríos de fuego del acatamiento de Dios, que elimina toda la maldad que se mezcla por toda el alma. Mas baste esto para refutar el dicho de Celso: “Esto les hizo decir con errada opinión que Dios bajará con fuego a la manera de un verdugo.

14. La inmutabilidad de Dios

Pero veamos lo que seguidamente dice Celso con grandes pretensiones por estas palabras: “Pero tomemos, dice, nuestro razonamiento de más arriba con nuevos argumentos. No voy a decir cosas nuevas, sino de antiguo averiguadas.⁴ Dios es bueno y hermoso y feliz y habita en el lugar más bello y mejor. Ahora bien, si descendiera a los hombres, tendría que sufrir un cambio y un cambio que será de lo bueno a lo malo, de lo bello a lo feo, de la felicidad a la miseria y del estado mejor al peor. ¿Quién, pues, escogería semejante cambio? Además, solo al ser mortal le conviene, por naturaleza, mudarse y transformarse; al inmortal, empero, mantenerse siempre igual y en un estado. Luego no es posible que Dios sufra ese cambio”. Me parece que dicho lo conveniente sobre este punto al explicar en qué sentido dicen las Escrituras que Dios baja a las cosas humanas; para tal bajada no es menester que Dios cambie, como se imagina Celso que decimos nosotros, ni pasar de bueno a malo, o de hermoso a feo, ni de la felicidad a la miseria, ni del lugar mejor al peor. Porque, permaneciendo Él inmutable, condesciende por su providencia y dispensación de la salud a las cosas humanas. La verdad es que nosotros alegamos las divinas letras, que dicen que Dios es inmutable, por ejemplo, en este texto: *Mas tú eres siempre el mismo* (Sal 101,28) y en este otro: *Yo no me mudo* (Ml 3,6). Los dioses, empero, de Epicuro, como están compuestos de átomos y por ser, en cuanto compuestos, disolubles, están afanados en sacudir los átomos que les traen la co-

4 Concretamente, doctrina platónica (cf. *Pol.* 381b,c; *Phaidr.* 246d).

rrupción. Lo mismo digamos del Dios de los estoicos,⁵ que, siendo cuerpo, unas veces posee la sustancia o esencia íntegra, que es la mente, cuando se da la conflagración; otras, cuando se establece el nuevo orden, viene a formar parte del mismo. Y es así que ni aun estos son capaces de penetrar la noción natural de Dios, como ser de todo punto incorruptible, simple, incompuesto e indivisible.

15. Condescendencia divina en la encarnación

Ahora bien, el que bajó a los hombres estaba en la forma de Dios y, por amor a los hombres, *se anonadó a sí mismo* (Flp 2,6-7), para poder ser comprendido por los hombres. Mas no por eso se dio en Él cambio de bueno a malo, pues *no cometió pecado* (1 P 2,22); ni de hermoso a feo, pues *no conoció pecado* (2 Co 5,21); ni pasó de la felicidad a la miseria. Se humilló ciertamente a sí mismo (Flp 2,8); pero ni aun al humillarse, por conveniencia del género humano, dejaba de ser feliz. Tampoco se dio en Él paso de un estado buenísimo a otro malísimo; pues ¿cómo calificar de malísima la bondad y humanidad? Es momento de decir que el médico que ve cosas terribles y toca cosas desagradables para curar a los enfermos (Hipócrates, *De Flatibus* 1), no pasa⁶ de bueno a malo, de hermoso a feo, o de felicidad a miseria. Y eso que el médico que ve cosas espantosas y toca cosas desagradables, no está de todo en todo inmune de caer en esas mismas cosas. Pero el que curó las heridas de nuestras almas por el Verbo Dios, que en Él moraba, era incapaz de toda maldad. Y si por haber asumido el Dios Verbo, inmortal, cuerpo mortal y alma humana le parece a Celso que cambia y se transforma, sepa que el Logos, permaneciendo en su esencia Logos, nada padece de lo que padece el cuerpo o el alma. Pero al condescender a veces con el que no es capaz de mirar los centelleos y resplandor de su divinidad (cf. Plat., *Pol.* 518a; cf. VI 17), viene a hacerse como carne y se habla de Él corporalmente, hasta que quien así lo ha recibido, levantado poco a poco por el mismo Logos, pueda contemplar también su forma, digámoslo así, principal.

16. Diversas formas de manifestarse el Verbo

Porque hay, como si dijéramos, diversas formas, en que el Logos se manifiesta a cada uno de

5 Del dios de los estoicos dice Plutarco (*De placitis philosophorum* 1,7): “Los estoicos comúnmente afirman ser dios un fuego artificioso, que anda su camino para la generación del mundo; este contiene todas las razones seminales, de las que nace cada cosa según el hado. Y también un espíritu que penetra por el mundo entero, pero que toma sus denominaciones de la materia por la que ha pasado en sus cambios; así es dios el mundo, los astros y la tierra; el más alto, empero, de todos, la mente, que tiene su morada en el éter”.

6 La cita de Hipócrates era lugar común; cf. Origen. *Hom. in Ierem.* 14,1; Eus., *HE X* 4,11; Lucían., *Bis accus.* 1; Plutarch., *Mor.* 291c.

los que han venido a conocerlo, adaptándose a la condición del principiante, del que está más o menos adelantado, o cerca ya de la virtud o en posesión de la misma. Luego nuestro Dios no se transformó, como se imagina Celso y los de su ralea, sino que, cuando subió al monte excelso (Mt 17,1ss), puso de manifiesto otra forma, muy superior a la que solían ver los que se habían quedado abajo por no poderlo seguir hasta la altura. Y es así que los de abajo no tenían ojos que pudieran ver la transformación del Logos en algo glorioso y divino. Difícilmente podían comprenderlo tal como era, de suerte que quienes eran impotentes para ver su naturaleza superior decían de Él: *Lo vimos y no tenía forma ni belleza: su forma era sin honor, deficiente en parangón con los hijos de los hombres* (Is 53,2). Sea esto dicho contra lo que supone Celso, que no entendió los cambios (como se usa de ordinario la palabra) o transformaciones de Jesús, ni lo que en Él hay de mortal e inmortal.

17. El mito de Dioniso

¿Acaso no parecerán estas cosas, señaladamente si se entienden de la manera que se debe, mucho más sagradas que lo que se cuenta de Dioniso, engañado por los titanes, derribado del trono de Zeus, desgarrado por aquéllos, vuelto luego a componer, gozando así de una especie de resurrección y subido por fin al cielo?⁷ ¿O es que es lícito a los griegos aplicar mitos como ese para dar razón del alma y explicarlos figuradamente y se nos cerrará a nosotros la puerta para dar una explicación congruente, en todo de acuerdo y armonía con las Escrituras, obra que son del Espíritu divino, que habitó en almas puras? Por donde se ve que Celso no entendió para nada el sentido de nuestras letras; de ahí que desacredite su propia interpretación, no la de las Escrituras mismas. De haber entendido lo que conviene a un alma que ha de vivir la vida eterna y qué deba pensarse de su naturaleza y de sus principios, no se hubiera así burlado de que el Inmortal haya venido a un cuerpo mortal, no a la manera de la reencarnación platónica, sino según otra teoría más alta. Y hubiera visto un descenso único y señero, debido a un gran amor a los hombres, con el fin de

7 El mito a que alude Orígenes se refiere a Dioniso como dios terrestre y, por ende, dios de la vegetación. La muerte de la vegetación en el invierno se representaba como la fuga del dios, que se escondía de sus enemigos, o como su extinción misma; pero luego retornaba de la oscuridad, o se levantaba de la muerte para nueva vida y actividad. En este contexto se lo llamaba *Zagreus* (el despedazado) y se lo hacía hijo de Zeus y de su hija Perséfone, o bien de Zeus y de Deméter. En su infancia fue despedazado por los titanes, a instigación de la celosa Hera. Pero cada tres años, que pasaba en el Hades, nacía de nuevo. En lo más secreto del santuario de Delfos se mostraba el sepulcro de Dioniso, que hubo de ver Plutarco, con esta inscripción: "Aquí yace Dioniso, hijo de Semele". La alegorización del mito a que alude Orígenes es continuación de aquella sabia actividad de recomponer o enderezar monstruos a que no quiso entregarse Sócrates, por entender que todavía no se conocía bastante a sí mismo (*Phaidros* 229b-230b)

convertir a *las ovejas perdidas de la casa de Israel* (Mt 15,24), como dice misteriosamente la Escritura y que bajaron de los montes; a ellas se dice en algunas parábolas (Mt 18,12-13 Lc 15,4) que bajó el pastor, que dejó en los montes las que no se habían descarriado.

18. Vuelta sobre los cambios de Dios

Al insistir Celso sobre cosas que no entiende, él tiene la culpa de que nos repitamos, decididos como estamos a no dar ni la impresión de dejar en el aire nada de lo que dice. Dice, pues, seguidamente: “O Dios se cambia verdaderamente, como estos dicen, en un cuerpo mortal y ya antes se ha dicho que es imposible; o Él, desde luego, no se cambia, pero hace que así parezca a los que lo miran y entonces engaña y miente. Ahora bien, el engaño y mentira son de suyo cosa mala y solo a manera de medicina se pudiera echar mano de ellos, con la intención de curar a amigos enfermos o locos, o contra enemigos, para prevenir un peligro (cf. Plat., *Pol.* 382c; 389b; 459cd). Pero ningún enfermo ni loco es amigo de Dios, ni tiene Dios por qué temer a nadie para prevenir un peligro por el engaño”. A esto puede responderse, partiendo de la naturaleza del Logos divino, que es Dios, o de la naturaleza del alma de Jesús. Partiendo de la naturaleza del Logos decimos que, como la calidad del alimento, ajustándose a la naturaleza del niño, se transforma en leche en la nodriza, o como el médico lo prepara de acuerdo con la conveniencia del enfermo y al más fuerte se lo ofrece más fuerte; así Dios transforma la potencia del Logos, cuya naturaleza es alimentar al alma humana, de acuerdo con la capacidad de cada hombre. Y así, para unos, se hace, como dice la Escritura, *leche espiritual sin engaño* (1 P 2,2); para otros, siendo más flacos, se les da como legumbre; a otros, ya perfectos, como *manjar sólido* (Hb 5,12.14). Y no desmiente el Logos su naturaleza al hacerse para cada uno el alimento que es capaz de recibir, ni miente ni engaña.

Mas, si alguno supone el cambio en el alma de Jesús al venir al cuerpo, será cosa de preguntarle en qué sentido habla de cambio. Porque, si se entiende la sustancia o esencia, tal cambio no se da ni en el alma de Jesús ni en otra alma racional alguna. Pero, si se quiere decir que, mezclada como está con el cuerpo, padece algo por causa de este y del lugar a que vino, ¿qué de extraño le acontece al Logos porque envíe, movido por su gran amor a los hombres, un salvador al género humano? Y es así que nadie de cuantos antes prometieran curar a los hombres pudo cuanto el alma de Jesús mostró por sus obras y eso que, voluntariamente, por amor a nuestro linaje, condescendió con las miserias humanas. Esto lo sabe muy bien la palabra divina y así lo dice en muchas partes de las

Escrituras. De momento, sin embargo, baste citar un solo texto de Pablo, que dice así: *Tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo en sí Cristo Jesús; el cual, existiendo en forma de Dios, no tuvo por rapiña ser igual a Dios; sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo y, hecho a semejanza de hombre y visto en su figura como hombre, se humilló a sí mismo hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le hizo gracia de un nombre que está sobre todo nombre (Flp 2,5-9).*

19. Argumentación “ad hominem”

Concedan otros a Celso que Dios no cambia, pero hace pensar a los que lo ven que ha cambiado; en cuanto a nosotros, que estamos persuadidos de que la venida de Jesús a los hombres no fue apariencia, sino verdad que salta a los ojos, nada tenemos que ver con la acusación de Celso. Sin embargo, nos defendemos así: ¿No dices tú mismo, Celso, que como forma de medicina se concede echar mano del engaño y mentira? ¿Qué tendría entonces de absurdo que, si tal medicina había de curar, tal medicina se aplicara? Y es así que algunos razonamientos, dichos más bien con mentira que con verdad, suelen convertir a ciertos caracteres, como sucede con los razonamientos de los médicos con los enfermos. Mas esto sea defensa nuestra sobre otros puntos (cf. II 24). Tampoco es absurdo que el que cura a los amigos enfermos, cure también al género humano amigo con remedios que nadie usaría a propósito, sino tomando en cuenta las circunstancias. Del mismo modo, el género humano, que estaba loco, tenía que ser curado por métodos que el Logos veía se acomodaban a locos para volverlos al sano juicio. Pero dice también Celso que “cosas como esas se hacen también con los enemigos, para prevenir un peligro; pero que Dios no tiene que temer a nadie para engañar y eludir así el peligro de los que conspiran contra él”. Cosa del todo superflua y sin razón sería responder a lo que nadie dice acerca de nuestro Salvador. Sin embargo, al defendernos respecto de otros puntos, hemos respondido a eso de que “ningún enfermo o loco es amigo de Dios”. Porque nuestra defensa dice que esta dispensación de salud no fue instituida para los enfermos o locos que ya son amigos, sino para los que por la enfermedad de su alma y su pérdida de juicio son aún enemigos, a fin de que se hagan amigos de Dios. Y es así que claramente se dice de Jesús haberlo aceptado todo por amor de los pecadores (Mt 9,13 *et passim*), a fin de librarlos del pecado y hacerlos justos.

20. Dios viene a purificar la tierra

Luego introduce de un lado a judíos que examinan las causas por las que está aún por cumplirse el advenimiento de Cristo y de otro a cristianos que hablan, como de cosa hecha, de la venida del Hijo de Dios, entre los hombres. Ea, pues, consideremos también esto con la brevedad posible. Dicen, en efecto, los judíos de Celso que, “estando la vida llena de toda maldad, es preciso que Dios envíe a alguien, a fin de que los inicuos sean castigados y se purifique el mundo entero, de la misma manera como sucedió en el primer diluvio”. Como se dice que los cristianos añaden aún a esto otras cosas, es evidente que también ellos aceptan eso. Ahora bien, ¿qué hay de absurdo en que, al difundirse la maldad, venga al mundo alguien que lo purifique y dé a cada uno lo que se merezca? Porque no es el estilo de Dios no poner dique a la maldad y renovar las cosas. Los griegos mismos conocen una purificación periódica de la tierra, por el diluvio o el fuego, según dice Platón en alguna parte: “Mas cuando los dioses, para purificar la tierra, la inundan de aguas, los que están en los montes”, etc. (Plat., *Tim.* 22d; cf. *supra* I 19; IV 11). ¿Habrá, pues, que decir que, si los griegos afirman estas cosas, sus tesis son sagradas y dignas de consideración; pero que, si nosotros demostramos lo mismo que place a los griegos, la doctrina pierde toda su belleza? La verdad es que aquellos a quienes interesa la trabazón y exactitud de toda la Escritura, se esforzarán en demostrar no solo la antigüedad de sus autores, sino también el carácter sagrado y la congruencia de lo que escriben.

21. Confusión sobre la torre de Babel⁸

Pero no sé por qué razón piensa Celso que el mismo fin que el diluvio, que purificó la tierra, según la doctrina de judíos y cristianos, tuvo también el derribo de la torre de Babel. Porque, aun suponiendo que la historia de la torre, tal como se halla en el Génesis (11,1-9), no contenga un sentido misterioso (cf. V 29ss), sino que sea tan llana como se lo imagina Celso, ni aun así se ve que sucediera para la purificación de la tierra; a no ser que tome Celso por purificación de la tierra la llamada confusión de las lenguas. Sobre esta confusión, en momento más oportuno, dará una explicación quien tenga para ello competencia, cuando se trate de exponer qué sentido histórico tenga ese pasaje y qué haya de entenderse según la Escritura. Pero Celso se imagina

⁸ La semejanza del mito de los alóadas con la historia de la torre de Babel fue también notada por Filón (De conf. linguarum 4; cf. De somnis II 284s) y por Juliano (C. christ, p.181ss, ed. Neumann).

además que Moisés, al escribir la historia de la torre y de la confusión de lenguas, no hizo sino corromper lo que se cuenta de los hijos de Aloeo (*Ilíada* 5,385-7; *Odisea* 11,305-20). A esto hay que decir que la historia de los alóadas no creo yo la contara nadie antes de Homero; la de la torre, empero, estoy persuadido haberla escrito Moisés, que es anterior, no solo a Hornero, sino también a la invención del alfabeto griego. ¿Quiénes, pues, corrompieron los escritos de quién? ¿Los que cuentan la historia de los alóadas acerca de la torre, o la de los alóadas el que escribió la de la torre y la confusión de las lenguas? Mas para oyentes imparciales es evidente que Moisés es más antiguo que Homero.⁹

Pero Celso compara también lo que cuenta Moisés en el Génesis (19,1-29) sobre Sodoma y Gomorra, ciudades destruidas por el fuego, con el mito de Faetonte.¹⁰ El error de Celso es uno solo: no haber observado la antigüedad de Moisés y haber procedido en todo llevado de ese error. Porque los que cuentan el mito de Faetonte parecen ser posteriores a Homero, que fue a su vez es muy posterior a Moisés. No negamos, pues, la fuerza purificadora del fuego ni la destrucción del mundo ordenada al aniquilamiento de la maldad y renovación del universo, pues afirmamos haberlo aprendido de los profetas, en nuestros libros santos. Mas, puesto caso que los profetas, como hemos dicho antes (I 36-37; III 2-4), hablando de lo por venir, demuestran haber salido verdaderos en muchas cosas que han acontecido y dan pruebas de que en ellos hubo un espíritu divino, es evidente que también hay que creerlos en lo que está aún por venir o, mejor dicho, hay que creer al Espíritu que hay en ellos.

22. Castigo del pueblo judío por la muerte de Jesús

“En cuanto a los cristianos —son palabras de Celso—, añaden ciertas razones a las alegadas por los judíos y dicen que ya ha sido enviado el Hijo de Dios por causa de los pecados de los judíos y que estos, por haber dado muerte a Jesús y abrevándole con hiel (Mt 27,34), se atrajeron contra

9 La prioridad de Moisés respecto de Homero es tema favorito de apologistas judíos y cristianos; con palabras que recuerdan a Orígenes, dice, por ejemplo, Taciano (*Adv. graccos* 31): “Mas ahora considero oportuno demostraros que nuestra filosofía es más antigua que las instituciones griegas. Los límites serán Moisés y Homero; y, pues uno y otro son antiquísimos, uno el más viejo de los poetas e historiadores; otro, autor de toda la sabiduría bárbara, tomémoslos ahora para establecer la comparación y hallaremos que nuestra religión no es solo más antigua que la cultura de los griegos, sino anterior incluso a la invención del alfabeto”. No se excluye que Orígenes hubiera leído a Taciano, el feroz enemigo de la cultura griega. Cf. *Apologistas griegos del siglo II* (BAC 1954) p. 614.

10 Faetonte era hijo de Helios (el sol, que a veces se llama también Faetonte) y pidió a su padre como prueba de su nacimiento le permitiera guiar por un día el carro del sol. Pero el mozo no pudo contener los caballos, y el carro se acercaba demasiado, ya al cielo, ya a la tierra, y uno y otro empezaron a arder. Para salvar al mundo, Zeus hirió a Faetonte con el rayo. Su cadáver cayó junto al río Erídano. Sus hermanas, las helíades, que lo lloraban sin cesar, fueron cambiadas en álamos o chopos temblones; las lágrimas que aún destilan estos árboles son endurecidas por Helios en ámbar. La semejanza con la historia de Sodoma y Gomorra no puede ser más ligera.

sí mismos la cólera¹¹ de Dios”. Demuestre ahora el que tenga ganas de demostrarlo que es mentira que la nación entera de los judíos quedara destruida antes de cumplirse una sola generación desde que Jesús sufrió todo eso de parte de ellos. Porque yo calculo que la destrucción de Jerusalén ocurrió cuarenta y dos años después que crucificaron a Jesús. Y jamás, desde que hay judíos, se cuenta que por tanto tiempo se los apartara de sus ceremonias y culto al ser conquistados por pueblos más poderosos. Si alguna vez parecían estar, por sus pecados, abandonados de Dios, no por eso dejaban de ser visitados por Él, volvían a su tierra, recuperaban sus propiedades y practicaban sin obstáculo sus ritos tradicionales. Una de las pruebas, por tanto, de que Jesús fue algo divino y sagrado es haber venido por causa suya al pueblo judío, por tanto tiempo, tales y tantas calamidades. Y con seguridad diremos que no se restablecerán, pues cometieron el crimen más impío que cabe imaginar atentando contra la vida del Salvador del género humano, en la ciudad misma en que practicaban el culto tradicional de Dios, símbolo que era de grandes misterios. Era menester, por ende, que la ciudad en que Jesús padeció todo eso fuera destruida desde sus cimientos, se dispersara la nación judía y pasara a otros el llamamiento a la bienaventuranza; a los cristianos, digo, a quienes se enseñó la doctrina acerca de la religión sincera y pura y recibieron leyes nuevas en armonía con la nueva constitución universal. Porque las antiguas, como dadas a un solo pueblo gobernado por gentes de la misma nacionalidad y costumbres, no podían ser ahora observadas por todos.

23. Sarta de impropiedades

Luego, burlándose, según costumbre, de la casta de judíos y cristianos, los compara a todos a una “colonia de murciélagos” (*Odyssea* 24,6-8; cf. Plat., *Pol.* 387a), o a hormigas que salen de su nido, o a ranas que celebran sus sesiones al borde de una charca (Plat., *Phaid.* 109b), o a gusanos que allá en un rincón de un barrizal tienen sus juntas y se ponen a discutir quiénes de ellos son más pecadores y hablan así: “A nosotros nos lo revela y anuncia Dios todo de antemano y, abandonando el cosmos y el curso del cielo y despreciando la tierra inmensa, con nosotros solos conversa y a nosotros solos manda sus heraldos y nunca deja de mandarlos y buscar maneras para que gocemos eternamente de su convivencia”. Y en su ficción nos compara a gusanos que dijeran: “Existe Dios

11 Celso juega aquí con las palabras *χολή* (hiel) y *χόλος* (ira). Buena prueba de su ligereza de espíritu.

y después de Él venimos nosotros, que fuimos por Él hechos semejantes en todo a Dios. Todo nos está sometido: la tierra, el agua, el aire, las estrellas; todo se hizo por causa nuestra y todo está ordenado a nuestro servicio”. Y los gusanos que se inventa Celso, es decir, nosotros, decimos: “Ahora, como sea cierto que hay entre nosotros quienes pecan, vendrá Dios mismo, o enviará a su Hijo, a fin de abrasar a los inicuos y de que tengamos los demás vida eterna con Él”. Y termina Celso su sarta de improperios: “Más tolerable sería todo esto entre gusanos y ranas que no lo que entre sí discuten judíos y cristianos”.

24. La grandeza del hombre no se mide por la de su cuerpo

Para refutar estos improperios, preguntamos a quienes aprueban que así se nos ataque: ¿Todos los hombres suponéis que son una colonia de murciélagos, u hormigas, ranas, o gusanos, en parangón con la excelencia de Dios, o no metéis en esa comparación al resto de los hombres, sino que aún los tenéis por hombres por su carácter racional y por seguir leyes establecidas; y solo a cristianos y judíos, por no ser de vuestro gusto sus doctrinas, los vilipendiáis y parangonáis con todos esos animales? Respondáis lo que queráis a mi pregunta, tendremos a punto la réplica y trataremos de demostrar que no hay razón para hablar así ni de todos los hombres en general ni de nosotros en particular. Supongamos de momento que digáis que, ante Dios, todos los hombres pueden compararse a esos viles animales, pues la pequeñez del hombre no es comparable con la excelencia de Dios. ¿De qué pequeñez habláis? Respondedme, amigos. Porque, si os referís a la del cuerpo, sabed que, ante el tribunal de la verdad, la excelencia o inferioridad no se juzga por el cuerpo. Si así fuera, buitres y elefantes serían superiores al hombre, pues son mayores, más fuertes y de más larga vida que el hombre.¹² Mas nadie en su sano juicio dirá que, por la sola razón de sus cuerpos, son estos irracionales superiores a los racionales. Porque la razón levanta al animal racional a una excelencia muy por encima de todos los irracionales. Pero ni siquiera puede decirse eso de aquellos seres buenos y bienaventurados, ya se trate de démones buenos, como los llamáis vosotros; o de ángeles de Dios, como es costumbre llamarlos nosotros, o de cualesquiera otras naturalezas superiores a los hombres. No; la razón de su superioridad es que su elemento racional

12 Cf. Senec., *De beneficiis* II 29. El tema de la superioridad racional del hombre es clásico por excelencia. ¿Quién no recuerda el solemne prólogo que pone Salustio a su *De coniuratione Catilinae*, que gustaban citar San Jerónimo y San Agustín? “Todo hombre que tiene a punto de honor descollar sobre los otros seres animados, es menester se esfuerce con todo denuedo en no pasar oscuramente su vida, a la manera de las bestias, que la naturaleza plasmó inclinadas hacia el suelo y obedientes a su vientre. Ahora bien, toda nuestra fuerza reside en el alma y en el cuerpo; del alma nos valemos para mandar, del cuerpo más bien para nuestro servicio; aquélla nos es común con los dioses, este con las bestias”.

ha llegado a perfección y está dotado de toda virtud.

25. La comparación de Celso deshonra al ser racional

Pero si despreciáis la pequeñez del hombre, no por razón de su cuerpo, sino de su alma y pensáis que es inferior a los otros seres racionales, señaladamente a los virtuosos —y lo es precisamente por la maldad que hay en ella —, ¿por qué han de ser los malos cristianos y los que entre los judíos viven mal colonia de murciélagos, u hormigas, o gusanos, o ranas, con más razón que los malvados de las otras naciones? La verdad es que, según esto, todo el que vive en un aluvión de maldad es un murciélago, un gusano, una rana y una hormiga en comparación con los otros hombres. Así, aunque uno fuera un Demóstenes por su elocuencia, pero tan malvado como él y de obras tan malas como las que él hizo (cf. Plutarch., *Mor.* 847e; Aisch., III 174 *alii*), o pasara por el orador Antifonte, que niega la providencia en los libros que rotuló *Sobre la verdad*, título algo parecido al del libro de Celso, no por eso dejan estos de ser gusanos que se revuelcan en un rincón de un barrizal, el de la impericia e ignorancia. Por lo demás, como quiera que fuere, el animal racional no puede razonablemente compararse con unos gusanos desde el momento que tiene disposición para la virtud. Estas tendencias a la virtud no nos permiten comparar con gusanos a los que la poseen en potencia y no pueden destruir desde ningún punto sus gérmenes. Por todo lo cual se ve claro que ni siquiera los hombres en general son gusanos comparados con Dios. Porque la razón (*logos*) que procede del Logos, que está en Dios (Jn 1,1), no nos permite considerar al animal racional como totalmente ajeno a Dios; ni tampoco los que entre cristianos y judíos son malos —y que a decir verdad no son ni cristianos ni judíos — pueden compararse con más razón que los otros malos con gusanos que se revuelcan en un rincón de un barrizal. Si, pues, la naturaleza de la razón no permite aceptar eso, es evidente que no podemos insultar a la naturaleza humana, creada para la virtud aun cuando peque por ignorancia, ni compararla con semejantes animales.

26. Quiénes son los verdaderos gusanos

Pero si, por el mero hecho de que a Celso no le placen las doctrinas de cristianos y judíos, que ni siquiera da muestras de conocer en absoluto, estos son gusanos y hormigas y el resto de la humanidad no, vamos a comparar con las de los otros hombres las doctrinas que patentemente aparecen a los ojos de todos como enseñanzas de cristianos y judíos. Para quienes una vez acepten

que hay ciertos hombres de la especie de gusanos y hormigas, ha de aparecer evidente que los verdaderos gusanos, hormigas y ranas son los que han perdido la sana idea de Dios y, por mera apariencia de religión, adoran animales irracionales, estatuas y cosas creadas, cuando por la belleza de ellas debieran haber admirado al que las creara y a Él solo darle culto (cf. Sb 13,3s). Hombres son, empero y aún algo más estimable que hombres, los que, siguiendo su razón, pueden levantarse de piedras y maderas y hasta del oro y la plata, tenidos por la materia más preciosa; los que, levantándose aun de la hermosura del mundo al Hacedor de todas las cosas, a Él se entregan enteramente. Y puesto que solo Él puede mantener cuanto existe y escudriñar los pensamientos de todos y oír la oración de todos, a Él hacen subir sus oraciones y todo lo hacen en su presencia, como testigo de todo lo que sucede; y, pues saben que oye todo lo que se dice, se guardan de decir lo que no pueda, sin desagrado, llegar a los oídos de Dios. Pero si tamaña piedad, que no se rinde a los tormentos ni a los peligros de muerte ni a las argucias de la razón, nada aprovecha a los que la practican para que no se los compare con gusanos, aun en el supuesto de que fueron a ellos comparados antes de practicarla, ¿es que quienes vencen el instinto más vehemente del placer sexual, que a tantos les reblandece los ánimos como la cera (Plat., *Leg.* 633d) y lo vencen porque están persuadidos de que no pueden unirse de otro modo con Dios si no se remontan a Él por la templanza, esos, digo, os parecen a vosotros ser hermanos de gusanos, congéneres de hormigas y semejantes a ranas? ¿Y qué decir del esplendor de la justicia que guarda los derechos del prójimo y del semejante, la equidad, la humanidad y bondad? ¿Nada valdrá todo eso para que no sea un murciélago quien lo practica? Los que se revuelcan, en cambio, en la disolución —y tal hacen la mayoría de los hombres— y los que tienen sin escrúpulo trato con ramera y hasta enseñan que ello no va contra ley alguna de decencia (cf. *infra* IV 45), esos ¿no son gusanos que se revuelcan en el cieno? Y lo son señaladamente si se los compara con quienes han aprendido a no tomar los miembros de Cristo y el cuerpo, morada del Verbo y hacerlos miembros de una meretriz (1 Co 6,15) y saben muy bien ya que el cuerpo de un ser racional y consagrado al Dios del universo es templo del mismo Dios a quien ellos adoran y tal se hace por la pura idea que tienen del Creador. Ellos, que practican la templanza como un culto de Dios, se guardan de corromper, por ilícito comercio carnal, *el templo de Dios* (1 Co 3,16; 6,19; 2 Co 6,16).

27. El verdadero cristiano

Paso por alto los otros vicios comunes entre los hombres y de que no están exentos ni los mismos que parecen profesar la filosofía, pues muchos son los espurios en la filosofía. Tampoco digo que muchos de esos vicios se dan entre quienes no son ni judíos ni cristianos. Lo que afirmo es que no se dan absolutamente entre cristianos si se examina lo que es verdaderamente cristiano; y si acaso vinieran a descubrirse, no sería entre los que frecuentan las reuniones y acuden a la oración común y no se los excluye de ella, a no ser que, como caso raro, se hallara alguno oculto entre tanta muchedumbre. No somos, pues, gusanos que celebramos nuestras juntas los que, fundándonos en las Escrituras que ellos creen sagradas, nos oponemos a los judíos y les demostramos que han sido abandonados por sus enormes pecados; nosotros, en cambio, que hemos recibido al Logos tenemos ante Dios las mejores esperanzas, no solo por nuestra fe en Él, sino también por la vida que llevamos, propia para unirnos con Él, puros de toda maldad e iniquidad. Así, pues, el que a sí mismo se proclame judío o cristiano no puede decir que por nosotros principalmente hizo Dios el universo y mueve la máquina celeste. No; el que sea, como enseñó Jesús, limpio de corazón, manso y pacífico, pronto a soportar los peligros que lleva consigo la religión, ese podrá razonablemente confiar en Dios y si entiende lo que se dice en las profecías, podrá decir también: “Todo eso nos lo ha revelado y anunciado Dios de antemano a los que creemos”.

28. El amor universal de Dios

Pero Celso nos hace decir a los cristianos, a los que tiene por gusanos, que “Dios, abandonando el curso celeste y desdeñando la tierra inmensa, solo con nosotros conversa y a nosotros nos manda sus heraldos y no deja de mandarlos y de buscar modos para que gocemos eternamente de su convivencia”. A ello hay que decir que nos atribuye dichos que no nos han pasado por la mente, siendo así que nosotros leemos y creemos que Dios ama todo lo que tiene ser y nada abomina de cuanto hizo; pues, de aborrecerlo, no lo hubiera hecho (Sb 11,25). Y leemos también: *Tú perdonas a todos, pues tuyo es todo, ¡oh amador de las almas! Porque tu espíritu incorruptible está en todas las cosas. Por eso, poco a poco reprendes a los que se extravían y, recordándoles lo mismo en que pecan, los corriges* (Sb 11,27; 12,1-2). ¿Cómo podemos decir que, “abandonando Dios el curso celeste y el universo entero y desdeñando la tierra inmensa, solo conversa con nosotros”, cuando en nuestras oraciones hallamos que es deber nuestro decir y pensar que *la tierra está llena de la*

misericordia del Señor y que la misericordia del Señor se extiende a toda carne? (Sal 32,5). Nosotros sabemos que, por ser Dios bueno, *hace salir su sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos*; Él nos exhorta a que hagamos lo mismo a fin de ser hijos suyos (Mt 5,45) y nos enseña a que extendamos, en lo posible, nuestros beneficios a todos los hombres. Y es así que Él mismo se dice *salvador de todos los hombres, especialmente de los creyentes* (1 Tm 4,10) y su Cristo, *propiciación por nuestros pecados; pero no solo de los nuestros, sino también de los de todo el mundo* (1 Jn 2,2). Otras idioteces, aunque no tantas como escribió Celso, pudieron decir algunos judíos, pero no los cristianos, que saben que *Dios demuestra su amor para con nosotros por el hecho de que, siendo pecadores, Cristo murió por nosotros. Y eso que difícilmente por un justo está alguien dispuesto a morir; por uno bueno, acaso se atreva alguien a morir* (Rm 5,7-8). Pero lo cierto es que Jesús, que, por cierta costumbre tradicional a estos escritos, se dice que es también el Cristo de Dios, según nuestra predicación, vino al mundo por amor de los pecadores de todas partes, para que dejen el pecado y se entreguen a Dios.

29. Hay muchas cosas superiores al hombre

Pero acaso eso de que “existe Dios y después de Dios venimos nosotros” lo malentendió Celso de alguno de esos que llamó gusanos. Y hace lo mismo que quienes condenaran toda una escuela filosófica por los dichos de cualquier rapaz temerario que, por haber oído tres días a un filósofo, se engríe sobre los demás como de seres inferiores que no saben palabra de filosofía. Sabemos, en efecto, que hay muchas cosas más estimables que el hombre y hemos leído que *Dios se puso en medio de la junta de dioses y no de aquellos dioses que el vulgo adora, pues todos los dioses de las naciones son demonios* (Sal 95,5). Y leemos que, *en el consejo de los dioses, Dios juzga en medio de los dioses* (Sal 81,1). Y sabemos también que, *si bien hay los que se llaman dioses, en el cielo o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores), mas para nosotros solo hay un Dios Padre, de quien viene todo y para quien somos nosotros y un solo Señor, Jesucristo, por el que es todo y por quien somos nosotros* (Co 8,5-6). Sabemos también que los ángeles son tan superiores a los hombres, que estos, cuando llegan a la perfección, se hacen semejantes a los ángeles. Porque en la resurrección de los muertos ni los hombres se casarán ni las mujeres serán dadas en casamiento, sino que los justos son como los ángeles del cielo y se hacen semejantes a los ángeles (Lc 20,36). Y sabemos que, en el orden del universo, hay unos que se llaman tronos, otros dominaciones, otros potestades y otros principados (cf. Col 1,16) y vemos que con respecto

de todos estos nos quedamos muy atrás los hombres, aunque tengamos esperanzas de que, viviendo bien y obrando en todo conforme a la razón, llegaremos a la semejanza de todos ellos. Y finalmente, *puesto que no se ha manifestado aun lo que seremos, sabemos que, cuando se manifestare, seremos semejantes a Dios, pues lo veremos tal como es* (1 Jn 3,2). Pero si se quiere mantener lo dicho por algunos, trátase de personas inteligentes o de poco inteligentes que malentendieron una sana doctrina, de que “Dios existe y después de Él venimos nosotros”, yo interpretaría el “nosotros” por “los racionales” y, con más razón, los racionales virtuosos. Porque, en nuestro sentir, la misma es la virtud de todos los bienaventurados y hasta la misma la virtud del hombre y de Dios. Así se explica que se nos enseñe y mande: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5,48). En conclusión: ningún hombre noble y bueno es un gusano que se revuelve en el cieno, ningún hombre piadoso es una hormiga, ningún justo es una rana. Y nadie puede razonablemente comparar con un murciélago un alma iluminada con la luz resplandeciente de la verdad.

30. «¡No imitemos a Celso!»

Me parece también que ha malentendido Celso las palabras: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra* (Gn 1,26) y por eso les hace decir a sus gusanos: “Nosotros fuimos hechos por Dios en todo semejantes a Él”. Sin embargo, si hubiera comprendido la diferencia entre ser el hombre creado a imagen de Dios y serlo a su semejanza y cómo se escribe haber dicho Dios: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza* y haber Dios hecho al hombre a imagen suya, pero ya no a su semejanza, no nos hubiera hecho decir que “somos en todo semejantes a Dios”. Tampoco decimos que nos estén sometidos los astros, pues la que se llama resurrección de los justos, que es entendida por los sabios, es comparada al sol, a la luna y a las estrellas por el Apóstol, que dice: *Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella difiere de otra en gloria. Así también la resurrección de los muertos* (1 Co 15,41s). Y sobre lo mismo profetizó también antaño Daniel (12,3).

Afirma también que decimos “estar todo ordenado para nuestro servicio”. Acaso no oyó tal dicho de ningún hombre inteligente entre nosotros; acaso no tenga Celso idea de lo que se dice sobre que el mayor entre nosotros debe ser siervo de todos (Mt 20,26; Mt 23,11). Por otra parte, cuando los griegos dicen: “El sol y la noche sirven a los mortales” (Eurip., *Phoen.* 546; cf. *infra* IV 77), se alaba el dicho y se le dedican comentarios; pero si nosotros o no lo decimos o lo decimos

en otro sentido, también en eso nos calumnia Celso. A nosotros, que, según él, somos gusanos, nos hacía decir Celso: “Puesto que algunos de entre nosotros pecan, Dios mismo vendrá a nosotros, o nos enviará a su Hijo, a fin de abrasar a los impíos y que nosotros, las restantes ranas, gocemos con Él de vida eterna”. He aquí cómo ese venerable filósofo hace objeto de burla, risa y sarcasmo, como si fuera un charlatán, la doctrina acerca del juicio divino y del castigo de los inicuos y premio de los justos. Y pone por epílogo de sus impropiedades: “Más tolerable sería todo esto si se dijera entre gusanos y ranas que no lo que cuentan y entre sí discuten judíos y cristianos”.

Pero nosotros no vamos a imitar a Celso diciendo cosas por el estilo de los filósofos que profesan conocer la naturaleza del universo y que discuten entre sí acerca de la constitución del todo y sobre la manera como tuvo origen el cielo y la tierra y cuanto hay en ellos; sobre si son las almas creadas y no hechas por Dios, aunque sea Dios quien las gobierna y cambian de cuerpo, o si, infundidas juntamente con los cuerpos, sobreviven o no sobreviven después de la muerte. Cabría, en efecto, hablar sin respeto y no creer en la sinceridad de los que se han consagrado a la investigación de la verdad, hacer burla de ellos y desacreditarlos diciendo que son gusanos que se revuelven en el barro de la vida de los hombres, gentes que desconocen su propia medida y por ello sientan afirmaciones sobre temas tan difíciles como si los hubieran comprendido y hablan muy seguros, como si las hubieran contemplado con sus ojos, sobre cosas que nadie puede intuir sin inspiración superior y poder divino. *Y es así que nadie entre los hombres conoce lo que es el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él; así nadie conoce lo que es Dios, sino el espíritu de Dios (1 Co 2,11)*. Pero no estamos tan locos que comparemos con una hilera de gusanos, o cosas semejantes, la profunda inteligencia (usamos la palabra en el sentido común) de hombres que no se ocupan en los asuntos del vulgo, sino en la búsqueda de la verdad. Y como amadores que somos de la verdad, damos testimonio de que algunos filósofos griegos conocieron a Dios, *pues Dios mismo se les reveló, aunque no lo reconocieran como a Dios ni le dieran gracias. Se desvanecieron en sus propios razonamientos y, proclamándose sabios, se tornaron necios y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de una imagen de un hombre corruptible y hasta volátiles, cuadrúpedos y reptiles (Rm 1,19.21-23)*.

31. Elogio de las instituciones judaicas

Luego, para demostrar que judíos y cristianos no se diferencian en nada de los animales que

ha enumerado, dice que “los judíos fueron esclavos fugitivos de Egipto, que jamás llevaron a cabo cosa digna de cuenta, gentes que jamás merecieron ni entrar en lista”. Ya anteriormente (III 5-8) hemos dicho que los judíos no fueron esclavos fugitivos ni egipcios, sino hebreos que se asentaron en Egipto. Mas si Celso piensa que basta para demostrar que fueron gentes indignas, ni aun de entrar en lista, el hecho de que apenas si se hace mención de su historia entre los griegos, le diremos que quien mire atentamente a su primitiva constitución y orden de sus leyes, hallará que fueron hombres que ofrecieron sobre la tierra una sombra de la vida celeste. Entre ellos solo se tenía por Dios al Dios supremo y ningún fabricante de imágenes tenía derecho de ciudadanía.¹³ Así, en su constitución, no se admitía a pintor ni escultor alguno, pues a todos estos artífices los rechazaba la ley, a fin de evitar toda ocasión de fabricar imágenes o estatuas, que seducen a los hombres ignorantes y los arrastran a desviar los ojos del alma, de Dios a la tierra.¹⁴ Había, pues, entre ellos una ley de este tenor: *No infrinjáis la ley, ni os forméis estatua alguna esculpida o imagen de hombre ni de mujer, ni figura de bestia alguna de las que se mueven sobre la tierra, ni figura de ave alguna alada de las que vuelan bajo el cielo, ni figura de reptil alguno de los que se arrastran sobre la tierra, ni figura de pez alguno de los que habitan las aguas bajo tierra* (Dt 4,16s). La intención de la ley era que miraran siempre a la verdad y no plasmaran imágenes irreales, que mentían al verdadero macho y a la verdadera hembra, o la naturaleza de las bestias o el género de volátiles, reptiles o peces. Venerable también y magnífico era este otro precepto: *No suceda que, levantando los ojos al cielo y viendo el sol y la luna y las estrellas, todo el ornamento del cielo, te extravíes y los adores y sirvas* (Dt 4,19). ¡Cuál sería la constitución de una nación entera en que no se permitía ni aparecer al afeminado! Es también de admirar que en su constitución se desterraba a las ramerías, incentivo que son de la pasión de los jóvenes (Dt 23,1.17). Había también tribunales constituidos por los hombres más justos, que durante mucho tiempo hubieran dado pruebas de vida sana, a quienes se confiaban los juicios. Por su carácter puro y más que humano, se decía eran dioses, siguiendo una costumbre tradicional de los judíos (Sal 81,1; Ex 22,28). Y era de ver a una nación entera que profesaba la filosofía; y justamente para tener tiempo y escuchar las leyes divinas se

13 Doctrina estoica; cf. VI 48; *Stoic vet. frag.* III 245-254.

14 Lo recuerda también Filón (*De gigantibus* 59): “Por eso desterró también de su república las célebres y elegantes artes de la pintura y escultura; pues, mintiendo sobre la naturaleza de lo verdadero, fabrican engaños y sofismas que entran por los ojos de gentes fáciles de extraviar”. Tácito (*Hist. V*) notó bien este rasgo del aniconismo de los judíos, y a este propósito, después de mil disparates, dice algo atinado: “Adoran los egipcios muchas efigies de animales y estatuas fabricadas por los hombres; los judíos, con sola la lumbre del entendimiento, adoran a un solo Dios. Tienen por profanos y excomulgados a los que forman y pintan a los dioses en figura humana y en materias mortales, porque dicen que aquella deidad suma, incorruptible y eterna, ni recibe mudanza, ni puede en manera alguna tener fin” (trad. de A. Carlos Coloma).

instituyeron entre ellos los llamados sábados y demás fiestas. ¿Y para qué hablar del orden de sus sacerdotes y sacrificios, que contienen símbolos sin número explicados por los eruditos?

32. Nada hay firme en la naturaleza humana

Sin embargo, como quiera que nada hay firme en la naturaleza humana, también aquella constitución tenía que degenerar y disolverse con el transcurso del tiempo. Pero la providencia, después que cambió lo que en su venerable doctrina necesitaba de cambio para adaptarlo universalmente, en vez de ella dio a los hombres creyentes de todas partes la religión sagrada de Jesús. Este, dotado no solo de inteligencia, sino también de naturaleza divina, echó por tierra la doctrina de los demonios que se complacen en el incienso, en la sangre y en los perfumes que suben de la grasa (cf. III 28) y, a la manera de los titanes y gigantes míticos, impiden a los hombres pensar en Dios. Jesús, en cambio, sin preocuparse de las emboscadas de los que asechan principalmente a los mejores, estableció leyes, que llevan a la bienaventuranza a los que viven conforme a ellas. Y ya no tendrán que halagar en modo alguno a los demonios por medio de sacrificios, sino que los despreciarán de todo en todo, fiados en el Logos de Dios, que ayuda a los que levantan sus ojos a Dios. Y como Dios quería que se impusiera en el mundo la doctrina de Jesús, nada pudieron los demonios y eso que no dejaron piedra por mover a fin de que no hubiera ya cristianos.¹⁵ Y es así que azuzaron a los emperadores, al senado, a los gobernadores de las provincias y hasta a la chusma del pueblo, que no se daba cuenta de la irracional y malvada acción demoníaca contra la doctrina cristiana y sus seguidores.

Pero el Logos de Dios, más poderoso, aun impedido, que todas las cosas, tomando, como si dijéramos, por aliciente para crecer los mismos obstáculos que se le ponían, fue avanzando y ganando cada vez más almas.¹⁶ Tal era, en efecto, la voluntad de Dios.

Aunque dicho por vía de digresión, todo nos parece necesario, pues queríamos responder a lo que dice Celso sobre los judíos, que habrían sido “esclavos fugitivos de Egipto” y que, hombres queridos de Dios, “nada habrían llevado a cabo digno de cuenta”. Pero también a lo otro de que “no merecían ni entrar en lista”, decimos que, retirándose *como raza escogida y regio sacerdocio*

¹⁵ Parece como si estas palabras de Orígenes reprodujeran el tenor lacónico y terrible del *Institutum Neronianum*; así se explicaría el *meketi*, que no parece tener punto de referencia.

¹⁶ Cf. Tertull., *Apol.* 50: *Semen est sanguis christianorum*.

(1 P 2,9) y evitando el trato del vulgo a fin de no contaminar sus costumbres, eran protegidos por el poder divino. No ambicionaban, como la mayor parte de los hombres, anexionarse otros reinos, ni tampoco estaban tan abandonados que, por su pequeñez, fueran fácil presa de extraños y perecieran de todo en todo. Y así aconteció mientras fueron dignos de la protección divina. Pero cuando, al pecar la nación entera, fue menester convertirlos a su Dios por medio de calamidades, eran abandonados unas veces por más, otras por menos tiempo, hasta que, bajo la dominación romana, en castigo del más grande de los pecados, que fue haber dado muerte a Jesús, han quedado completamente abandonados.

33. Poder mágico de los nombres de los patriarcas

Seguidamente ataca Celso lo que se cuenta en el libro primero de Moisés, que se titula el Génesis y dice que “los judíos intentaron, descaradamente, remontar su genealogía a la primera casta de hechiceros y embusteros, fundándose en ciertas voces oscuras y ambiguas, envueltas en no sé qué tinieblas, que ellos explican a gentes ignorantes e insensatas; y eso que jamás, en tanto tiempo pasado, se pretendió semejante cosa”. Me parece que aquí expresó Celso muy oscuramente su pensamiento. Y es probable que, en este punto, la oscuridad fue buscada adrede, pues vio que era muy fuerte el argumento que prueba que el pueblo judío descende de tales antepasados. Por otra parte, no quiso dar la impresión de ignorancia en un asunto tan importante acerca de los judíos y su nación. Y es, efectivamente, claro que los judíos traen su genealogía de los tres patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob; estos nombres, unidos al de Dios, tienen tanta fuerza, que no solo los de la nación usan en sus oraciones a Dios y en los conjuros de demonios la fórmula: “El Dios de Abrahán y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”, sino también casi todos los que tratan esta materia de los encantamientos mágicos (cf. I 22.24; V 45). Se encuentra, en efecto, a menudo en los tratados de magia esta invocación de Dios y, en los conjuros contra los demonios, al de los patriarcas se junta el nombre de Dios, como familiar suyo que se lo supone. Ahora bien, me parece que Celso no ignoró del todo esto que judíos y cristianos alegan para probar que Abrahán, Isaac y Jacob, padres del pueblo judío, fueron hombres santos, pero no lo quiso exponer claramente por no sentirse capaz de rebatir ese argumento.

34. Se argumenta por el poder mágico

Preguntamos, en efecto, a todos los que se valen de esas invocaciones de Dios: decidnos, amigos, ¿quién fue Abrahán, qué grandeza hubo en Isaac, qué virtud en Jacob, para que el nombre de Dios, unido con los nombres de ellos, obre tales milagros? ¿Y de quiénes aprendisteis, o podéis aprender, lo que aquellos hombres llevaron a cabo? ¿Quién se ocupó en escribir la historia de ellos, ya sea que exalte directamente a aquellos hombres por sus misteriosos poderes, o ya dé a entender por secretas alusiones algo grande y maravilloso para quienes son capaces de contemplarlo? Y como nadie, en respuesta a nuestras preguntas, podrá presentar historia alguna de griegos o bárbaros y si no historia, algún escrito místico, como fuente de lo que se cuenta de estos hombres, nosotros alegaremos el libro llamado Génesis, en que se contienen los hechos de aquellos hombres y los oráculos que Dios les dirigiera. Y ahora preguntamos: El hecho de que también vosotros toméis los nombres de esos tres progenitores del pueblo judío, pues sabéis por experiencia que por su invocación se realizan no despreciables cosas, ¿no prueba el carácter divino de los mismos? Ahora bien, a esos hombres solo los conocemos por los libros sagrados de los judíos. Es más, también se nombra a menudo contra demonios u otros poderes malignos “el Dios de Israel”, o “el Dios de los hebreos”, o “el Dios que ahogó en el mar Rojo al rey de los egipcios y a los egipcios”. Ahora bien, la historia de todo eso que se nombra y la interpretación de los nombres la sabemos por los hebreos, que, en sus letras y lengua patria, lo exaltan y explican. ¿Cómo, pues, decir que los judíos, al intentar remontarse en su genealogía al tronco primero de aquellos hombres que Celso supone fueron “hechiceros y embusteros”, desvergonzadamente intentan referirse a sí mismos y sus orígenes a ellos? El hecho de que sus nombres sean hebraicos atestigua a los hebreos, cuyos libros sagrados están en lengua y caracteres hebraicos, que su pueblo pertenece a la familia de aquellos hombres. Y es así que, hasta el día de hoy, los nombres judíos, que llevan el cuño de la lengua hebrea, o están tomados de sus propios libros o, simplemente, de cosas significadas por la lengua hebrea.

35. Celso elude la demostración de lo que dice

El lector del escrito de Celso puede ver si lo que sigue no alude también a esto: “E intentaron remontar su genealogía hasta el tronco primero de hechiceros y embaucadores, fundándose en voces oscuras y ambiguas y como envueltas en tinieblas”. Oscuros, en efecto, son estos nombres

y no están a la luz y alcance del vulgo; pero para nosotros no son ambiguos, aun cuando los tomen gentes ajenas a nuestra religión; lo que ignoro es por qué Celso, que no explica su ambigüedad, los rechaza sin más. La verdad es que, si quería rebatir razonablemente la que él tenía por desvergonzada genealogía de los judíos, que blasonan de Abrahán y sus descendientes, su deber era exponer el tema en su integridad; y luego refutar valientemente, por la verdad tal como él la viera y por los argumentos en su favor, lo que a su tesis se opusiera. Pero ni Celso ni ningún otro que se proponga explicar la naturaleza de los nombres invocados para obrar milagros será capaz de dar razón exacta de ellos, ni menos demostrar que fueron despreciables hombres cuyos solos nombres son poderosos no solo entre los de la propia nación, sino también entre los extraños.

A Celso le tocaba también demostrar cómo nosotros malinterpretamos esos nombres a ignorantes y estúpidos y engañamos así (como él se imagina) a quienes nos oyen; él, en cambio, que se ufana de no ser ni ignorante ni estúpido, daría su verdadera interpretación. Añadió, sin embargo, acerca de estos nombres, de los que traen los judíos su ascendencia, que “jamás, en tan largo tiempo pasado, hubo discusión alguna sobre ellos; ahora, en cambio, litigan los judíos sobre ellos contra algunos” (que Celso no especifica). Haga ver el que quiera quiénes son esos que reclaman, con algún viso de probabilidad, contra los judíos, en el sentido de no ser exacto lo que judíos y cristianos cuentan acerca de quienes llevan esos nombres y de que hay otros que los explican con la más alta sabiduría y verdad. Por nuestra parte, estamos persuadidos que nadie podrá hacer ver cosa semejante, pues es patente que se han tomado esos nombres del hebreo, que solo entre los judíos se usa.

36. La historia del estado primitivo del hombre

Luego cuenta Celso ciertas historias que no tienen que ver con la palabra divina, acerca de gentes que reclamaron para sí la antigüedad, como los atenienses, egipcios, árcades y frigios y de quienes dicen que han nacido entre ellos algunos de la tierra (cf. I 37) y en prueba de ello aduce sus argumentos y viene a parar a lo que sigue: “Los judíos, acurrucados allá en un rincón de Palestina (cf. VI 78), gentes desde todo punto ignorantes, que no oyeron que eso fue de antiguo cantado por Hesíodo y otros varones incontables, divinamente inspirados, compusieron la leyenda más absurda y sin gracia de cierto hombre plasmado por la mano de Dios y por este insuflado y de una mujer sacada del costado del hombre; Dios habría dado sus mandatos, pero una serpiente se

habría opuesto a ellos y habría podido más la serpiente que los mandatos de Dios; puro cuento de viejas, en que presentan, con la mayor impiedad, a Dios ya desde el principio como un impotente, incapaz de convencer ni a un hombre solo al que acababa de plasmar”. Este eruditísimo y sapientísimo Celso, que no se cansa de echar en cara a judíos y cristianos su ignorancia e incultura, pone aquí muy bien de manifiesto la puntual manera como entendía los tiempos en que floreciera cada escritor, griego o bárbaro. Así se imagina que Hesíodo y otros innumerables, a los que llama “varones divinamente inspirados”, fueron más antiguos que Moisés y sus escritos, cuando se demuestra que Moisés fue anterior con mucho a la guerra de Troya (cf. IV 21). No fueron, pues, los judíos los que compusieron la leyenda más absurda y sin gracia acerca del hombre nacido de la tierra, sino los hombres, según Celso, divinamente inspirados, Hesíodo y los otros incontables, los que no se enteraron ni oyeron tradiciones mucho más antiguas y venerables de Palestina y escribieron sobre los orígenes aquellas historias, Eeas y Teogonias. Son los que, en sus mitos, atribuyen nacimiento y mil otros absurdos a los dioses (con razón los expulsa Platón de su República (*Pol.* 379cd), como corruptores de los jóvenes, a Homero y a los que componen tales poemas).¹⁷ Por cierto que Platón no pensó fueran divinos hombres que tales poemas nos dejaron. Pero Celso, epicúreo (si es este el que escribió también otros dos libros contra los cristianos), juez más competente que Platón, es probable que por solo tema contra nosotros llamara divinamente inspirados a quienes no tenía por tales.

37. Antropomorfismo inocuo

Nos echa en cara Celso que nos inventemos “un hombre plasmado por manos de Dios”. Pero el libro del Génesis no menciona las manos de Dios ni en la creación, ni en la plasmación del hombre. Job y David sí dicen: *Tus manos me crearon y plasmaron* (Jb 10,8; Sal 118,73). Mucho habría que decir para explicar el pensamiento de los que esto dijeron, no solo sobre la diferencia

17 Wifstrand (Bull. Soc. Roy. Lund 11939] 28) considera esta frase como glosa marginal que rompe la conexión. Como quiera que sea, la expulsión de Homero de la república platónica es caso memorable en la historia del espíritu. He aquí unas palabras de un padre de la Iglesia que ponen bien de relieve la íntima contradicción, que sintió también Platón, al decretar su famosa expulsión: “¿Qué hay de más agradable que la poesía de Homero?

¿Qué más dulce que su suave dicción? Y, sin embargo, el mejor de los filósofos (entendéis, me figuro, al hijo de Aristón), tras ungirlo con aromas, como hacen las mujeres con las golondrinas, lo expulsó de la ciudad por él construida, censurándolo de maestro de intemperancia e impiedad. Enseña, en efecto, dice, a los jóvenes a blasfemar de los dioses, les expone perniciosas opiniones acerca de ellos y, tiernos que son aún, les inyecta enseñanzas malas y corruptas”. (Theodoret., *Sermon 2 De principio*). Platón, al expulsar a Homero, fue un teorizante; su corazón siguió sin duda amándolo, prisionero del hechizo no extinto de su poesía, vencedora de toda teoría, antigua o moderna.

entre crear y plasmar, sino también acerca de las manos de Dios. Los que no entienden qué significan esas y otras expresiones semejantes de las Escrituras divinas, se imaginan que atribuimos al Dios supremo figura semejante a la humana. Según ellos, sería consecuente pensar que tiene Dios cuerpo alado; pues, literalmente entendidas, nuestras Escrituras dicen también eso de Dios (Ex 19,4 *et alibi*). El tema presente no pide que entremos en la interpretación de este punto, más que más que lo estudiamos de propósito en nuestros comentarios al Génesis.

De ver es, además, en lo que sigue, la malignidad de Celso. Dice nuestra Escritura en la plasmación del hombre: *Y le inspiró en el rostro un hálito de vida y quedó hecho el hombre alma viviente* (Gn 2,7); pero él, con intento maligno de burlarse de la frase: *le inspiró en el rostro hálito de vida*, cuyo sentido no entendió siquiera, escribió: “Se inventaron un hombre plasmado por manos de Dios, al que este insufló”. De este modo, imaginando que el insuflar de Dios se parecía al hinchar soplando unos odres, se hacía burla del dicho bíblico: “inspiró sobre su rostro hálito de vida”. Dicho figurado, que requiere explicación en el sentido de que Dios hizo al hombre partícipe de su espíritu inmortal, por lo que se dice también: *Tu espíritu incorruptible está en todas las cosas* (Sb 12,1).

38. La creación de la mujer en Moisés y en Hesíodo

Luego, jactancioso en su propósito de desacreditar la Escritura, hizo también burla de este pasaje: *Envió Dios sobre Adán un profundo sueño y, mientras dormía, le tomó una de sus costillas y llenó de carne el vacío; luego, de la costilla que tomó a Adán formó una mujer*, etc. (Gn 2,21). Celso no citó el texto mismo, que basta para hacer ver a quien lo oiga que fue dicho alegóricamente. Pero él no quiso dar a entender que se tratara de una alegoría, por más que, más adelante (IV 89), dice que “los más moderados entre judíos y cristianos, avergonzados de estos mitos, tratan de explicarlos, como pueden, alegóricamente”. Pero cabe preguntarle: ¿Conque es bien interpretar alegóricamente lo que ese tu Hesíodo, divinamente inspirado, dijo en forma mítica acerca de la mujer, que habría sido dada por Zeus a los hombres como una calamidad por precio del fuego (Hesiod., *Erga* 57) y te parece, en cambio, carecer de todo sentido razonable y de todo misterio lo que se cuenta de la mujer tomada de la costilla de Adán profundamente dormido y formada de ella por Dios?

Pero no es proceder razonable no reírse, como de un mito, de lo que cuenta Hesíodo, sino que

se lo admira como filosofía míticamente velada y burlarse, en cambio, a moco tendido, sin más apoyo que el texto literal, del relato bíblico, al que no se concede sentido superior alguno. Porque si hay que reírse, por el solo tenor literal, de lo que se dice con sentido oculto, mira si no merece más risa Hesíodo, hombre, como tú dices, divinamente inspirado, cuando escribe lo que sigue:

“Irritado, Zeus le dijo, el que nubes amontona:

Hijo de Jápeto, que a todos en tus trazas aventajas,
te alegras de que el fuego me has robado
y engañado me has, para desastre grande
tuyo y de cuantos adelante fueren.

A ellos yo les daré, en lugar del fuego,
un mal en que ellos todos se complazcan,
y de puro placer su daño abracen.

Así dijo y calló

el padre de los hombres y los dioses,
y a Efesto, ilustre artífice, le mandó que al instante
agua y tierra mezclara,
y en la mezcla pusiera voz humana y fuerza viva
y un rostro que a los dioses inmortales se asemeje,
rostro bello y amable de una virgen. Luego a Atena,
que labores le enseñe y un tejido
de mil varios adornos tejer sepa y Afrodita, diosa de oro,
en la bella cabeza vierta gracia,
y el terrible deseo y los cuidados
que los miembros devoran. Orden Hermes,
el guía, que aparece entre esplendores,
recibió de infundirle desvergüenza, cual de perro,
y tendencia al embuste. Así les dijo y a Zeus todos,
señor, hijo de Cronos, obedecen.

Al punto de la tierra plasmó Efesto,
el artífice ilustre,

la imagen de una virgen pudibunda,
por designio de Zeus, hijo de Cronos; luego Atena,
la de ojos de lechuza, fue a ceñirla y adornarla;
las gracias, altas diosas y la augusta Pito,
su cuello circuyeron de áureas joyas y las horas,
de hermosa cabellera, una guirnalda en su cabeza,
flores de primavera, le pusieron. Todo ornato,
a su cuerpo ajustó Palas Atena y en su pecho,
el guía que aparece entre esplendores,
mentiras le metió y palabras dulces
y tendencia al embuste; por designios
de Zeus altitonante, voz humana
el mensajero de los dioses le infundió y ya por nombre
a esta mujer llamó Pandora,
porque todos los que habitan olímpicos palacios
le hicieron presentes de sus dones, gran desastre
para los hombres industriosos”.

(Hesiod., *Erga* 53-82.)

Y a la vista salta la ridiculez de lo que se dice del tonel:

“Pues el género humano vivía antes en la tierra,
sin males, sin trabajo doloroso,
sin las graves dolencias, que la muerte
acarrear al hombre; mas las manos
de la mujer quitaron la gran tapa
del tonel, salió todo y a los hombres
calamidades mil así les trajo.
Sola allí la esperanza quedó dentro
de la no rota estancia, ya en los labios
del tonel, sin que afuera ya volara; pues, punto antes,
la gran tapa otra vez le echó encima”.

(*Erga* 90-98.)

A quien reverentemente alegorice estos versos, ya sea acertada la alegoría o no, le diremos: ¿Conque solo a los griegos les es lícito filosofar con sentido oculto y hasta a los egipcios y a cuantos de entre los no griegos presumen de la verdad de sus misterios? ¿Conque solos los judíos, su legislador y sus escritores te han parecido ser la imagen de la insensatez entre los hombres? ¿Conque solo esta nación crees que no ha tenido parte alguna en el poder de Dios, siendo así que tan magníficamente fue enseñada a remontarse a la naturaleza increada de Dios, a mirarle a Él solo y a poner en Él solo sus esperanzas?

39. Un mito platónico

Celso hace también comedia de la serpiente, “que se opone a los mandatos que da Dios al hombre”, imaginando ser el relato bíblico un cuento parecido a los que se transmiten las viejas; pero no nombra, a propósito, el paraíso que se dice haber plantado Dios en Edén, hacia oriente y cómo luego hizo brotar de la tierra todo árbol hermoso a la vista y sabroso para comer, señaladamente el árbol de la vida en medio del paraíso y el árbol de la ciencia del bien y del mal (Gn 2,8-9). Tampoco dice una palabra acerca de lo que se cuenta sobre estas cosas, capaces por sí solas de convencer al que con buena voluntad leyere que todo esto debe entenderse, sin menoscabo de la reverencia, figuradamente. En prueba de lo cual, vamos a comparar lo que en el Banquete, de Platón, dice Sócrates sobre el Eros y que se pone en boca de él por ser el más importante de los interlocutores del *Symposion*. He aquí el texto de Platón:

“Cuando nació Afrodita, celebraron los dioses un banquete, al que, entre otros, asistió Poros, hijo de Metis. Ya que hubieron comido, llegó, al sabor de la fiesta, Penía, que era una mendiga y se quedó a la puerta. Así, pues, Poros (ebrio de néctar, pues no existía aún el vino) se entró en el huerto de Zeus y allí cogió un pesado sueño. Penía entonces, aguijada por su pobreza, trazó manera de tener un hijo de Poros, se acostó a su lado y concibió a Eros. De ahí que Eros vino a ser acompañante de Afrodita, como engendrado en su natalicio y por ser, a la vez, amante de lo bello, pues también Afrodita es bella. Así, como hijo de Poros y Penía, la condición de Eros es primeramente ser pobre; y mucho dista de ser delicado y hermoso, como se imagina el vulgo. No, Eros es duro y áspero, anda los pies descalzos, no tiene casa, se tiende siempre en el suelo, sin lecho, durmiendo en puertas y caminos a la intemperie. Como tira a la naturaleza de su madre, vive siempre en

indigencia. Pero, por la de su padre, conspira a lo bueno y hermoso, es valiente, audaz y constante; experto cazador, eterno trazador de nuevos ardides; es enamorado y dador de inteligencia; filósofo de por vida, encantador terrible, hechicero y sofista. No es por naturaleza ni mortal ni inmortal, sino que, el mismo día, unas veces prospera y vive, cuando se ve en abundancia; otras se muere y, por lo que tiene de su padre, revive de nuevo. Todo lo que adquiere, se le escurre siempre, de suerte que Eros ni está nunca indigente ni es tampoco rico. E igualmente se halla entre sabiduría e ignorancia” (Plat., *Symp.* 203bc).

Ahora, pues, los que esto leyeran, si les da por imitar la malignidad de Celso —¡lo que Dios no permita entre cristianos! —, tomarán en broma este mito y se mofarán de aquel gran filósofo que fue Platón. Pero si, examinando filosóficamente lo que se dice en forma de mito, logran descubrir el pensamiento de Platón, no podrán menos que admirar la manera como supo ocultar en forma de mito, por razón del vulgo, grandes verdades tal como él las veía y decirlas, a la vez, como era necesario para quienes fueran capaces de descubrir por los mitos la verdad que en ellos quiso poner su autor. Ahora bien, he querido traer aquí este mito de Platón, pues parece que el huerto de Zeus de que habla tiene alguna semejanza con el paraíso de Dios y la Penía del uno puede compararse con la serpiente del otro y Poros asediado por Penía, con el hombre asediado por la serpiente. Lo que no resulta claro es si a Platón se le ocurrió todo eso por azar o, como piensan algunos (Clem. Alex., *Strom.* 1,66,3), tratando en su viaje a Egipto con quienes explicaban también filosóficamente las creencias judaicas, aprendió algo de ellos y unas cosas conservó, otras modificó, temeroso de ofender a los griegos si del todo mantenía la sabiduría de los judíos, gentes mal acreditadas entre el vulgo por lo extraño de sus leyes y lo original de su constitución política. Como quiera que sea, no es este el momento de exponer ni el mito de Platón ni lo que atañe a la serpiente y al paraíso de Dios y cuanto se escribe haber acontecido en él. En los comentarios al Génesis tratamos de todo ello, como tema principal, según nuestros alcances.

40. Adán, el hombre

Afirma además Celso que “el relato de Moisés presenta con la mayor impiedad a Dios como un impotente desde el principio, incapaz de persuadir ni a un solo hombre, a quien Él había plasmado”. A esto decimos que habla Celso como si alguien acusara a Dios de la existencia del mal, que no habría sido capaz de impedir ni en un solo hombre, de suerte que hubiera nacido alguien

que desde el principio no hubiera conocido el mal (cf. IV 3). Los que en este punto tienen interés en defender a la providencia, lo hacen con no escasos ni desdeñables argumentos; y de modo semejante filosofarán sobre Adán y su pecado los que saben que, en griego, Adán equivale a *anthropos* (hombre) y, cuando Moisés parece tratar de Adán, habla en realidad de la naturaleza humana. Y es así que, como dice la palabra divina, *en Adán mueren todos* ((1 Co 15,22),) y *todos fueron condenados a semejanza de la transgresión de Adán* (Rm 5,15); textos en que la palabra divina no tanto habla de un individuo cuanto de todo el linaje. Así, en la serie de cosas que se dicen como si se tratara de uno solo (Gn 3,17-19), la maldición de Adán alcanza a todos; y lo que se dice contra la mujer, no hay ninguna sobre la que no se diga. En cuanto al hombre, arrojado juntamente con la mujer del paraíso, vestido con aquella túnica de pieles que les hizo Dios después de la transgresión, tiene un sentido secreto y misterioso, muy superior al de Platón, cuando presenta al alma que pierde sus alas y cae a la tierra hasta que da con algo sólido (Plat., *Phaidr.* 246bc; cf. *infra* VI 43).

41. El arca de Noé

Seguidamente dice: “Luego nos vienen con no sé qué diluvio y un arca prodigiosa, que lo encerraba todo y de una paloma y un cuervo, como mensajeros, con lo que desfiguran y corrompen la historia de Deucalión.¹⁸ Y es que (por lo que me imagino) no esperaban realmente que esto saldría a pública luz, sino que eran cuentos para niños pequeños”. También aquí es de ver el odio, indigno de un filósofo, que profesa este hombre a la Escritura antiquísima de los judíos. Porque nada tenía que decir contra la historia del diluvio, ni cayó en la cuenta de lo que cabía objetar contra el arca y sus medidas; porque, si nos atenemos a la opinión corriente que supone que fue el arca de 300 codos de larga, 50 de ancha y 30 de alta, no era posible decir que cupieran en ella los animales de la tierra, catorce de cada especie pura y cuatro de impuros. Celso se contentó con decir que era “un arca prodigiosa que lo encerraba todo dentro”. Pero ¿qué tiene de prodigioso un arca, que se dice fue fabricada en cien años y era de 300 codos de larga, de 50 de ancha, hasta que los 30 codos de alta acababan en un solo codo de largura y anchura? ¿No era más maravillosa aquella construcción en que se parecía a una ciudad grandísima? Si elevamos las medidas al cuadrado,

¹⁸ El mito de Deucalión es una versión griega del diluvio. El y Pirra, su mujer, se salvan en un arca de madera. El arca se posó después de nueve días sobre el monte Parnaso. Deucalión preguntó al oráculo de Temis, en Delfos, cómo repoblar la tierra, y se le respondió que Pirra y él arrojaran a sus espaldas los huesos de su madre. Entendieron que la madre era la tierra, y los huesos las piedras, y las que tiraba Deucalión se convertían en hombres, y la de Pirra en mujeres. Sobre la identificación de Noé y Deucalión, cf. *infra* 4,11; Phil., *De praem. et poenis* 23; Justin., *II Apol.* 7,2; Theopil., *Ad Aut.* III 19.

resulta que la base tuvo 90.000 codos de largo y 2.500 de ancho. ¿Cómo no admirar el plan al hacerla tan compacta y capaz de soportar una tormenta como la que trajo el diluvio? Porque no estaba calafateada de pez ni de otra materia semejante, sino de una fuerte capa de asfalto. ¿Cómo no admirar que, por providencia de Dios, se introdujeran en ella supervivientes de toda especie, para que la tierra recibiera otra vez semillas de todos los animales y que Dios se valiera del hombre más justo, que había de ser el padre de los que vendrían después del diluvio?

42. La paloma y el cuervo

Saca a relucir también Celso lo que se cuenta de la paloma, sin duda para dar la impresión de haber leído el libro del Génesis, sin poder decir palabra alguna para demostrar que se trata de algo inventado. Luego, siguiendo su costumbre de cambiar ridículamente los textos de la Escritura, transforma al cuervo en corneja y opina que, al escribir esto Moisés, no hizo sino corromper lo que los griegos cuentan de Deucalión; si no es que piensa que ni siquiera es de Moisés ese escrito, sino de varios otros; esto, por lo menos, da a entender la frase: “falsificando y corrompiendo la historia de Deucalión”; y esta otra: “Porque no esperaban, según que pienso, que todo esto saldría a pública luz”. Mas ¿cómo imaginar que quienes daban sus escritos a una nación entera no esperaran que saldrían un día a pública luz? ¡Ellos que, por añadidura, profetizaron que esta religión se predicaría a todas las naciones! Y cuando Jesús dice a los judíos: *Os será quitado el reino de Dios y será dado a un pueblo que dará los frutos de él* (Mt 21,43), ¿qué otra cosa disponía sino sacar Él mismo a luz, por divina virtud, la Escritura de los judíos, que contiene los misterios del reino de Dios? Notemos, en fin, que cuando leen las teogonías de los griegos y sus mitos sobre los doce dioses, los realzan por la interpretación alegórica; pero, cuando quieren burlarse de lo nuestro, dicen por las buenas que se trata de cuentos para chiquillos.

43. Alusiones bíblicas varias

Habla también de una generación absurdísima de hijos y fuera de “sazón” y, aunque no los nombra, es evidente que se refiere a la de Abraham y Sara (Gn 21,1-7). Aludiendo también a las “insidias entre hermanos”, se refiere sin duda a las de Caín contra Abel o, además de estas, a las de Esaú contra Jacob (4,8; 25,29-34; 27,18-29). “La tristeza del padre” acaso sea la de Isaac por el viaje de Jacob, o la de este por la venta de José en Egipto (28,1-5; 37,33-35). Al escribir de los

“ardides de las madres”, pienso que se refiere a Rebeca, que se las arregló para que las bendiciones de Isaac recayeran sobre Jacob y no sobre Esaú (27,5-17). Ahora bien, si nosotros afirmamos que con todos estos tuvo Dios la más íntima familiaridad o trato, ¿qué hay de absurdo en ello para quienes estamos persuadidos de que jamás se aparta su divinidad de quienes a Él se consagran con una vida santa y constante? Se mofó también de “la riqueza que hizo Jacob en casa de Labán”, por no entender a qué se refiere aquello de “las ovejas no señaladas eran de Labán y las señaladas de Jacob” (30,43). Y añade: “Dios regaló a sus hijos con asnillos, ovejas y camellos”. Y es que no vio que todas *estas cosas les acontecían a ellos figuradamente y fueron escritas por causa de nosotros, que hemos alcanzado el fin de los tiempos* (1 Co 10,11). Entre nosotros, las varias naciones que han recibido la señal, gozan de la ciudadanía del Logos de Dios, dadas que fueron en posesión al que figuradamente es llamado Jacob. Y es así que lo que se escribe de Labán y Jacob aludía a los que habían de creer en Él de entre las naciones.

44. La interpretación alegórica, justificada por el ejemplo de San Pablo

Muy lejos del sentido de la Escritura, sigue diciendo Celso que “Dios dio también pozos a los justos”. Porque no se percató que los justos no construyen cisternas, sino que cavan pozos, pues tratan de encontrar la fuente interna y el hontanar de los buenos refrigerios (Plat., *Phaidr.* 243d), como quienes toman figuradamente el precepto que dice: *Bebe las aguas de tu propio aljibe y de los manantiales de tus pozos; el agua de tu fuente no se derrame por fuera, ni tus arroyos por las calles. Sé tú solo el dueño de ellas y no entren a la parte contigo los extraños* (Pr 5,15-17). Y es de notar que, en muchas partes, la palabra divina se vale de historias reales y las dejó escritas para presentar verdades superiores, veladamente indicadas; tales son esas de los pozos, las de los casamientos y diversas uniones de los justos. En momento más oportuno, el que escriba comentarios sobre ellas tratará de ponerlas en claro. Ahora bien, que también en la tierra de filisteos construyeron pozos los justos, como se escribe en el Génesis (26,15ss), se pone de manifiesto por los maravillosos que ahora se muestran en Ascalón, dignos de visitarse por lo extraño de su construcción, muy distinta de la de los otros pozos. Y que las esposas y criadas hayan de interpretarse alegóricamente, no lo enseñamos nosotros de nuestra cosecha, sino que lo hemos recibido de hombres sabios que nos han precedido. Uno de estos, incitando a sus oyentes a la interpretación figurada, dijo así: *Decidme los que leéis la ley, ¿es que no oís la ley misma? Está, en efecto, escrito*

que Abrahán tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne y el de la libre en virtud de la promesa. Lo cual está dicho alegóricamente. Se trata de los dos testamentos; uno del monte Sinaí, que engendra para servidumbre, que es Agar. Y poco después: Mas la Jerusalén, dice, de arriba es libre y ella es madre nuestra (Ga 4,21ss). El que tenga gusto en ello, eche mano de la carta a los Calatas y verá cómo se interpretan alegóricamente los casamientos y uniones con esclavas; por donde se ve que la palabra divina no quiere que imitemos las acciones tenidas por corporales de quienes eso hicieron, sino las que suelen llamar los discípulos de Jesús espirituales.

45. Las hijas de Lot

Deber fuera de Celso loar la sinceridad de los autores de las Escrituras divinas, que no ocultaron ni aun lo deshonesto y, por ese argumento, moverse a creer que tampoco es inventado lo que dicen sobre las cosas más maravillosas; pero el hombre hace todo lo contrario. Y así, sin haber examinado la historia de Lot y sus hijas en su sentido literal ni averiguado el que pueda tener desde el sentido místico de la Escritura, dijo que eran “cosas más abominables que las abominaciones de Tiestes”.¹⁹ Ahora bien, no es necesario que de momento digamos lo que tiene el pasaje de figurado, ni qué signifique Sodoma y lo que los ángeles dicen al que se salva de ella: *No mires atrás en torno tuyo, ni te pares en todo el contorno; sálvate en el monte, no sea que tú también quedes envuelto en el desastre* (Gn 19,17). Dejamos a un lado explicar quién fue Lot, quién su mujer, convertida en estatua de sal por haber mirado atrás y quiénes sus hijas, que emborracharon a su padre para ser por él madres. Sin embargo, siquiera brevemente, vamos a suavizar lo que la historia tiene de escandaloso.

Los griegos mismos inquirieron la naturaleza de lo bueno, lo malo y lo indiferente. Los que de entre ellos mejor acertaron, ponen el bien y el mal en la sola deliberación de la voluntad y afirman que es propiamente indiferente lo que se demuestra ser ajeno al propósito de la voluntad; esta, por su parte, es laudable cuando se vale como debe de lo indiferente; reprehensible, cuando lo hace indebidamente. Ahora bien, tratando el tema de lo indiferente, dijeron que, en rigor, unirse un padre

¹⁹ Tiestes fue hermano de Aireo, padre este de los famosos Atridas homéricos: Agamemnon y Menelao. Los horrores o abominaciones de Tiestes (que son de especie varia) pueden verse en cualquier mitología. Aquí serían largos de contar. Lo de notar es cómo Celso lee la Biblia con ojos míticos, es decir, impregnados de mitología.

con su hija es cosa indiferente, si bien no deba hacerse en sociedades bien ordenadas. Y para demostrar la indiferencia de tal acción, sientan la hipótesis de que, destruido todo el género humano, se quedara solo en el mundo el sabio con su hija. Y ahora inquieren si, lícitamente, podrá el padre tener comercio carnal con su hija para que no perezca, en la hipótesis sentada, todo el género humano. Ahora bien, si esto se da por doctrina sana entre los griegos y la defiende una escuela nada despreciable entre ellos como son los estoicos,²⁰ ¿serán inferiores al sabio que lícitamente se une con su hija en la hipótesis de los estoicos de la destrucción de todos los hombres, unas chicue-las que sabían algo, pero no claramente, acerca de la conflagración del mundo, que habían visto cómo el fuego destruía su propia ciudad y comarca y suponían que la supervivencia del género humano dependía de su padre y de ellas y quisieron, por esa suposición, que se conservara el mundo? No ignoro que algunos se han escandalizado de esta determinación de las hijas de Lot y han condenado por impío su hecho; y, como de uniones impías, dicen haber nacido razas malditas, como son las de los moabitas y amonitas. Y, a decir verdad, no se ve que la divina Escritura apruebe por bueno el hecho, ni tampoco que lo condene o reprenda. Como quiera que ello sea, cabe interpretar lo figuradamente y puede también hasta cierto punto defenderse en sí mismo.

46. José y Belerofonte

Alude también Celso a cierto “odio”, que me figuro es el de Esaú contra Jacob (Gn 27,41-45); aquel Esaú que la Escritura nos representa como hombre malo. Y aunque no expone con claridad la historia de Simeón y Leví, que vengaron el agravio de su hermana, violada por el hijo del rey de Siquén (34,2.25-31), los hace objeto de sus acusaciones. “Los hermanos que venden” son los hijos de Jacob y “el hermano vendido” es José; el “padre engañado” se refiere a Jacob, quien, sin sospechar nada de sus hijos cuando le mostraron la túnica de varios colores de José, les creyó y comenzó a llorarlo por muerto, siendo que estaba esclavo en Egipto (37,26-36). Y es de ver la manera como Celso, llevado de odio y no de amor a la verdad, ha ido seleccionando los casos. Donde la historia le pareció ofrecer algún asidero a la crítica, ahí se agarró, pero donde se ostenta castidad memorable, como la de José, que no cede a la pasión de la que pasaba por su señora, ni ante sus ruegos, ni ante sus amenazas (39,7-12), de eso ni palabra. Ahí, en efecto, pudiéramos ver

20 Se trata, en efecto, de doctrina estoica; cf. *Stoic. vet. fragm.* III 743-756.

a José que supera lo que se cuenta de Belerofonte (*Ilíada* 6,155-195), que prefirió ser echado a la cárcel antes que perder su castidad.²¹ Y aunque pudiera haberse defendido y justificado contra su acusadora, calló magnánimamente, encomendando su causa a Dios.

47. Prosigue la historia de José en Egipto

Luego, de paso y muy oscuramente, hace Celso mención de los sueños del copero y panadero mayores y del faraón y de su solución, de la que resultó que el faraón sacara de la cárcel a José y le concediera el segundo puesto entre los egipcios (Gn 40-41). Pero ¿qué tiene de absurdo esa historia, aun tomada en sí misma, para traerla a cuento como capítulo de acusación? ¡Él, que tituló Discurso de la verdad un discurso que no expone verdad alguna, sino que se reduce a acumular acusaciones contra cristianos y judíos! “Y a los hermanos que lo vendieron y que con ocasión de un hambre fueron enviados a negociar con sus asnos”, dice Celso que “les concedió gracia el vendido y les hizo cosas” que ni siquiera expone (43-44). También menciona el “reconocimiento”, pero no sé con qué intención ni qué pueda hallar de extraño en tal reconocimiento. Ni Momo mismo (cf. Plat., *Pol.* 487a; Lucian., *De conser. hist.* 33) pudiera razonablemente hallar nada que criticar en cosas que, aparte de su interpretación figurada, tienen tanto atractivo. Pone también “la liberación del José vendido por esclavo y cómo vuelve con gran séquito al entierro de su padre” (50,4-14). Y cree que la historia contiene motivo de acusación, pues dice: “Bajo él (evidentemente bajo José), la brillante y maravillosa raza de los judíos, que se había propagado mucho en Egipto, recibió orden de habitar como forastera y apacentar sus ganados en tierras sin valor”. Eso de que se les mandó apacentar sus ganados en tierras sin valor lo añadió Celso movido por su voluntad hostil, sin demostrar cómo la región egipcia de Gesén fuera tierra sin valor. La salida de Egipto la llama Celso “fuga”, sin mencionar en absoluto lo que el libro del Éxodo escribe acerca de la salida de los hebreos de tierra de Egipto.

Por nuestra parte hemos citado también estos puntos como ejemplos del estilo de Celso, que alega, como objetos de acusación o de sus ganas de hablar por hablar, cosas que, ni aun literalmente tomadas, se prestan a crítica alguna, sin demostrar por un solo argumento lo que tiene por malo en

21 La lección ἀπολέσθαι τὸν σώφρονα, que ofreció dificultad a Delarue, está aceptada por Wendland, que remite a Epict., I 28,23. Es de notar que la comparación entre el José bíblico y el Belerofonte homérico está hecha por Orígenes y no por Celso. Orígenes hubo de ser buen lector de Homero. Remito a la obra del P. Elorduy, *Ammoni Sakkas* p. 360s.

nuestra Escritura.

48. Los mitos griegos no son decentes ni aun alegóricamente entendidos

Luego, como si su solo afán fuera mostrar su odio y hostilidad contra la doctrina de judíos y cristianos, dice Celso que “los más moderados entre judíos y cristianos tratan de explicar todo esto alegóricamente” (cf. I 17; IV 38) y añade que, “avergonzados de tales historias, buscan refugio en la alegoría”. A esto puede responderse que, si hay mitos y leyendas dignas de avergonzarse de ellas a primera vista, ya sea que se compusieran con oculto sentido, o de cualquier otra manera, ¿de cuáles hay que decir eso con más razón que de los mitos y leyendas griegas? Aquí dioses hijos mutilan a sus padres dioses (Hesiod., *Theog.* 164-182) y padres dioses se comen a sus hijos dioses (ibid., 453-467) y una diosa madre entrega al padre de los hombres y los dioses, en lugar del hijo, una piedra (ibid., 481-491); y el padre tiene trato sexual con su hija y la mujer intenta encadenar al marido, tomando como colaboradores para echarle las cadenas al hermano del atado y a su hija (*Ilíada* 1,400).²² ¿Y para qué detenerme en trazar la lista de las absurdas leyendas de los griegos sobre sus dioses, de suyo vergonzosas, por más que se las interprete alegóricamente? Ahí está, por ejemplo, Crisipo de Solos, que pasa por haber ilustrado la escuela estoica con sus discretos escritos, e interpreta cierta pintura de Samos, en que se representa a Hera haciendo con Zeus lo que no puede decirse. Dice, en efecto, en sus escritos el grave filósofo que la materia, recibiendo las razones seminales de dios, las conserva en sí misma para el orden del universo. Porque la materia, en la pintura de Samos, es Hera y dios, Zeus.

Pero justamente por ese mito y por otros infinitos por el estilo, no queremos nosotros ni nombrar por el nombre de Zeus al Dios supremo, ni llamar Apolo al sol, ni Artemis a la luna. Nosotros practicamos una piedad pura para con el Creador, reverenciamos sus hermosas obras y no mancillamos, ni de nombre, las cosas divinas, pues nos place la sentencia de Platón en el *Filebo*, que no quiere que se tome el placer por Dios: “Porque mi reverencia, dice, ¡oh Protarco!, a los nombres de los dioses es muy profunda” (Plat., *Phil.* 12bc; cf. I 25). Así, pues, nosotros tenemos verdadera reverencia al nombre de Dios y a sus hermosas criaturas, hasta el punto de que, ni bajo pretexto de

²² Léase el delicioso diálogo de Luciano, *El embustero*, en que se enumeran (2-3) toda una serie de “embustes” mitológicos inventados por los poetas (y ello pudiera pasar) y hasta por ciudades enteras, “como los cretenses, que no se avergüenzan de mostrar el sepulcro de Zeus, y los atenienses, que afirman de Erictonio haber brotado de la tierra y que los primeros hombres nacieron del Ática como las legumbres...”. “Y el que no crea en cosas tan evidentes y verdaderas es un impío y un insensato”.

interpretación figurada, admitimos mito alguno que pueda corromper a los jóvenes (cf. Plat., *Pol.* 377-378).

49. La interpretación alegórica en Pablo

Si Celso hubiera leído imparcialmente nuestra Escritura, no hubiera dicho que nuestros libros “no admiten interpretación alegórica”. Efectivamente, por las profecías en que se escriben hechos históricos, mejor que por la historia misma, cabe ver qué historias se escribieron para ser interpretadas figuradamente y fueron sapientísimamente dispuestas para acomodarse a la muchedumbre de los creyentes sencillos y a los pocos que tienen ganas, no menos que capacidad, para examinar las cosas inteligentemente. Además, si los que hoy pasan, según Celso, por moderados entre judíos y cristianos fueran los únicos en interpretar alegóricamente la Escritura, acaso pudiera suponerse algún viso de probabilidad a lo que dice nuestro adversario; pero el hecho es que los padres mismos de nuestros dogmas y los mismos escritores practican la interpretación figurada. Pues ¿qué da eso a entender sino que esas cosas fueron escritas para ser interpretadas alegóricamente en su sentido principal?

De entre muchísimos posibles, vamos a traer solo algunos ejemplos para mostrar que Celso calumnia sin razón nuestros escritos al tenerlos por incapaces de admitir interpretación alegórica. Dice, en efecto, Pablo, apóstol de Jesús: *En la ley está escrito: No pondrás bozal al buey que trilla. ¿Es que se cuida Dios de los bueyes? ¿No habla más bien, desde todo punto, por nosotros? Por nosotros, en efecto, fue escrito, porque el que ara debe arar con esperanza y el que trilla, con esperanza de tener parte debe trillar* (1 Co 9,9-10). Y en otro lugar dice el mismo: *Está escrito, en efecto, que por esta causa abandonará el hombre a su padre y madre y se unirá con su mujer y serán los dos una sola carne. Este misterio es grande, pero yo lo entiendo de Cristo y la Iglesia* (Ef 5,31s). Y de nuevo en otro pasaje: *Sabemos que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar y todos se bautizaron, bajo Moisés, en la nube y el mar* (1 Co 10, 1s). Luego, interpretando la historia del maná y la del agua que se escribe haber brotado milagrosamente de la peña, dice lo que sigue: *y todos comieron la misma comida espiritual y todos bebieron la misma bebida espiritual. Porque bebían de la peña espiritual que los seguía; la peña, empero, era Cristo* (1 Co 10,3s). Asaf presenta las historias del Éxodo y de los Números como problemas y parábolas, según se escribe en el libro de los Salmos; pues, cuando se dispone a recordarlas, pone

este proemio: *Escucha, pueblo mío, mi enseñanza; inclinad vuestro oído a las palabras de mi boca. Yo abriré a las parábolas mi boca, arcanos expondré de tiempos idos, lo que oímos, lo que hemos conocido y nos contaron nuestros padres* (Sal 77,1-3).

50. Interpretación alegórica de la ley mosaica

Además, si la ley de Moisés no tuviera nada escrito que debiera interpretarse por sentido oculto, no diría el profeta en su oración a Dios: *Abre mis ojos para que pueda de tu ley contemplar las maravillas* (Sal 118,18). Pero lo cierto es que él sabía que había un velo de ignorancia echado sobre el corazón de los que leen y no entienden lo que debe interpretarse alegóricamente (cf. 2 Co 3,13-16), velo que se quita por don de Dios cuando este oye a un hombre que hace todo lo que está de su parte, ha ejercitado sus sentidos por el hábito de distinguir lo bueno de lo malo (Hb 5,14) y le ha suplicado continuamente en la oración: *Abre mis ojos por que pueda de tu ley contemplar las maravillas*. ¿Quién, leyendo lo del dragón que vive en el río de Egipto y los peces que se esconden en sus escamas (Ez 29,3), o que los excrementos del faraón llenan los montes de Egipto (32,6), no se mueve de suyo a inquirir quién es el que llena los montes de Egipto de tantos excrementos malolientes y qué montes de Egipto son esos y qué ríos hay en Egipto de los que el susodicho faraón baladrona diciendo: *Míos son los ríos y yo los he hecho?* (29,3). ¿Quién es ese dragón, que habrá que interpretar de forma que concierte con la interpretación de los ríos? ¿Y quiénes son esos peces que se esconden en sus es camas? Pero ¿para qué alargarme en demostrar lo que no necesita demostración? Sobre ello se dice: *¿Quién es sabio y entenderá estas cosas? ¿Quién inteligente y las conocerá?* (Os 14,10). Sin embargo, me he extendido algo más en este punto, pues quería hacer ver la sinrazón de Celso al decir que “los más moderados entre judíos y cristianos se esfuerzan como pueden en interpretar todo esto alegóricamente; pero hay cosas que no admiten alegoría, sino que son cuentos derechamente tontísimos”. Tontísimos son más bien los mitos de los griegos y no solo tontísimos, sino impísimos; pues lo nuestro se acomoda hasta a la muchedumbre de los sencillos, cosa que no tuvieron en cuenta los que fingieron los mitos griegos. Por eso no deja de tener gracia que Platón expulsara de su república tales mitos y poemas (*Pol.* 379cd; cf. IV 36).

51. Escritos alegorizantes

Me parece que Celso oyó campanadas sobre escritos en que se explica alegóricamente la ley;

pero, de haberlos leído, no hubiera dicho: “Por lo menos las alegorías que parece se han escrito acerca de ellos son más feas y absurdas que los cuentos mismos, pues con una necesidad del todo estúpida tratan de concordar lo que de ninguna manera puede armonizarse”. Esto parece decirlo de los escritos de Filón, o de otros más antiguos, como son los de Aristóbulo.²³ Pero yo conjeturo que Celso no leyó esos libros, pues en muchos pasajes me parecen estar tan bien compuestos, que los mismos filósofos griegos quedarían convencidos de lo que dicen. No solo tienen estilo cuidado, sino también ideas y doctrinas, a la vez que usan de los que Celso tiene por mitos de las Escrituras. Yo sé, por otra parte, del pitagórico Numenio (cf. I 15), comentador excelente de Platón y predicador de la doctrina de Pitágoras, que, en muchos pasajes de sus escritos, cita a Moisés y a los profetas y los interpreta, no sin probabilidad, alegóricamente; así, en su libro titulado *Epops* (= abubilla) y los libros *Sobre los números* y en los *Sobre el espacio*. Y en el libro tercero, *Sobre el sumo bien*, trae cierta historia sobre Jesús, aunque sin nombrar su nombre y la entiende alegóricamente; si acertada o desacertadamente, no es este el momento de decidirlo. También alude a la historia de Jannés y Jambrés, que tuvieron que ver con Moisés (2 Tim 3,8).²⁴ No es que nosotros sintamos orgullo de ella, pero alabamos a Numenio más que a Celso y otros griegos; pues, por amor al saber, quiso examinar nuestras doctrinas y tuvo la impresión de tratarse de escritos de sentido figurado, pero no tontos.

52. La “Disputa entre Papisco y Jasón”

Seguidamente, de entre todas las obras que contienen alegorías y comentarios con estilo y dicción no despreciables, escoge Celso la más pobre, que puede ciertamente aprovechar en materia de fe a la muchedumbre de los sencillos, pero no mover a los más inteligentes. Dice así: “Tal, por ejemplo, una disputa entre cierto Papisco y Jasón, que yo leí y que no tanto merece risa cuanto compasión y odio. Ahora bien, no es mi propósito refutar esas tonterías, pues saltan a la vista de

23 De Aristóbulo se habla en 2 Mac 1,10 como de “preceptor del rey Ptolomeo” Filométor. Sus obras no se han conservado. Si, en cambio, las de Filón, el más grande filósofo judío de época helenística. Trató de armonizar la ley y religión de los judíos con la filosofía griega. Su influencia sobre los pensadores cristianos, sobre Orígenes concretamente, fue grande. En este pasaje se percibe bien la alta estima en que el alejandrino cristiano tenía al alejandrino judío. Fue contemporáneo de San Pablo. El año 40 después de Cristo formaba parte de la embajada judía, de Alejandría, al cesar Calígula.

24 Eusebio (*HE IX 8,411d*) ha conservado el pasaje de Numenio a que aquí alude Orígenes. Y en el libro tercero hace también mención de Moisés con estas palabras: “Seguidamente (florecieron) Jannes y Jambres, escribas sagrados de Egipto, hombres no tenidos por inferiores a nadie en las artes de magia, al tiempo en que los judíos fueron expulsados de Egipto. Por lo menos, estos fueron escogidos por el pueblo de los egipcios para enfrentarse con Moisés, caudillo de los judíos, hombre poderoso en sus oraciones a Dios, y pudieron, a vista de todos, deshacer las gravísimas plagas que Moisés atrajo sobre Egipto”. Cf. también Plin., *Nat. Hist.* XXX 11, y Apul., *Apol.* 90.

cualquiera, sobre todo para quien tenga la paciencia de leer el escrito mismo. Quiero más bien recordar la doctrina que pertenece al orden de la naturaleza, de que Dios no ha hecho nada mortal. Cuanto hay de inmortal es obra de Dios; lo mortal, empero, procede de lo inmortal (Plat., *Tim.* 69cd). El alma, desde luego, es obra de Dios, pero el cuerpo es de otra naturaleza y en cuanto a esta, el cuerpo del hombre en nada se diferencia de un murciélago, de un gusano o de una rana. La materia es la misma y a la misma corrupción están sujetos”. No por eso desearía yo menos que quien ha escuchado toda esta declamación de Celso y su afirmación de que la obra titulada *Disputa de Papisco y Jasón sobre Cristo* no tanto merece risa cuanto odio, la tomara en sus manos y tuviera la paciencia de leerla.²⁵ No cabe duda que, al no hallar en el libro nada digno de odio, condenaría a Celso. Quien desprevenidamente lo leyere hallará que tampoco mueve a risa un libro en que se presenta a un cristiano discutiendo con un judío con base en las Escrituras judaicas y haciendo ver que las profecías acerca del Mesías convienen a Jesús. Y, a decir verdad, tampoco el otro interlocutor da mal estrategia de su razón ni hace mal su papel de judío.

53. Odio y compasión, incompatibles

Yo no sé cómo se las arregla Celso para juntar cosas que no admiten mezclarse ni pueden de suyo suceder a la vez en la naturaleza humana; y así dijo que el mentado libro merece compasión y odio. En efecto, a cualquiera le es comprensible que quien es objeto de compasión no puede serlo de odio mientras se le compadece; ni el que es objeto de odio puede serlo de compasión mientras se le odia. Y añade Celso que no se propone refutar tales tonterías, pues opina que “salta a los ojos de cualquiera, aun antes de toda refutación lógica, tratarse de cosas malas, dignas de compasión y odio”. Nosotros, en cambio, exhortamos a quien diere con esta defensa contra las acusaciones de Celso, que tenga la paciencia de leer nuestros escritos sagrados y, en la medida de sus fuerzas, conjeture por lo escrito la intención de los autores, su conciencia y su disposición de ánimo. Porque hallará hombres que defienden ardientemente sus creencias y algunos que afirman escribir una historia que ellos vieron por sus ojos y comprendieron ser maravillosa y digna de ponerse por escrito para provecho de futuros lectores. Atrévase, si no, alguien, a decir que la fuente y origen de toda utilidad para los hombres no está en creer en el Dios del universo, hacerlo todo con la

²⁵ El *Dialogo* no se ha conservado: Clemente Alejandrino parece haberlo atribuido a Lucas (cf. la ed. de Stahling, III p.199). Aun lo conoció San Jerónimo. Su autor habría sido, según Máximo Confesor (S. VII), Aristón de Pella, de quien habla Eus., *HE* IV 6,3.

intención de agradarle en todo absolutamente, no admitir ni de pensamiento nada que pueda desagradarle, pues sabemos que seremos juzgados no solo por las obras y palabras, sino también por todo pensamiento. ¿Y qué otra doctrina convertirá más eficazmente la naturaleza humana en orden a vivir bien, que la fe o persuasión de que el Dios supremo ve todo lo que decimos y hacemos y hasta lo que pensamos? Compare quien quisiere otro camino para convertir y mejorar juntamente, no a uno que otro, sino, en lo posible, a las más grandes muchedumbres; de la comparación de los dos caminos pudiera verse puntualmente qué doctrina dispone para el bien.

54. El enigma de la creación

En el pasaje que hemos citado de Celso, paráfrasis del *Timeo* (69cd), se escribe que “Dios no hizo nada mortal, sino solo lo inmortal; lo mortal, en cambio, es obra de otros. El alma, desde luego, es obra de Dios, pero el cuerpo es de otra naturaleza. De ahí que el cuerpo del hombre no se diferencia en nada del cuerpo de un murciélago, de un gusano o de una rana; la materia es la misma, e idéntico el principio de corrupción”. Vamos a discutir esto brevemente, demostrando que, o no quiere hacer valer su sentir epicúreo, o, como pudiera decirse, lo cambió posteriormente por otro mejor, o, como pudiera también decirse, solo fue homónimo del Celso epicúreo. El que tales afirmaciones hacía y se abalanzaba a hablar, no solo contra nosotros, sino también contra la noble escuela filosófica que reconoce por maestro a Zenón de Citio,²⁶ era menester que demostrara que los cuerpos de los animales no son obra de Dios y que un artificio tan complicado como se muestra en ellos no procede de la inteligencia primera. Y en cuanto a la muchedumbre de plantas de toda especie, que son gobernadas por una naturaleza inherente a ellas, incapaz de percepción, nacidas para servicio de los hombres y de los animales al servicio de los hombres, o como quiera que sean, no debiera contentarse con afirmar, sino “enseñar” también no fue una inteligencia perfecta la que infundió tantas cualidades en la materia de las plantas (cf. 56-57).

Mas si supuso a los dioses artífices de todos los cuerpos, por suponer que solo el alma es obra de Dios, ¿no fuera consecuente que quien tantas ocupaciones distribuía y daba a tantos su faena, nos demostrara con algún sólido argumento las diferencias de los dioses, unos ocupados en la fabricación de cuerpos humanos, otros (pongamos por ejemplo) de los animales domésticos y otros

²⁶ Zenón de Citio, ciudad fenicia de Chipre (336-264 a. de Cr.), fue el fundador de la Stoa. Sobre el punto discutido por Orígenes, cf. *Stoic. vet. fragm.* II 1152-67.

de las fieras? Y el que veía a unos dioses crear dragones, áspides y basiliscos; a otros, insectos según sus especies; a otros, toda clase de plantas y hierbas, tenía el deber de decirnos la causa de tal división del trabajo. Lo cierto es que, de haberse entregado al estudio riguroso del asunto, acaso hubiera mantenido la tesis de un solo Dios artífice de todas las cosas, que hizo cada cosa para un fin y por una causa; o, de no haber mantenido esa tesis, hubiera visto qué podía responder a que, por su naturaleza, la destructibilidad de una cosa es indiferente y que nada tiene de absurdo que el mundo, aun estando compuesto de elementos disímiles, sea obra de un solo artífice, que dispone las diferencias de las especies para conveniencia del todo. O, finalmente, debiera no haber abierto en absoluto la boca sobre un tema tan difícil, si no iba a probar lo que pretendía enseñar. A no ser que quien nos acusa de profesar una fe desnuda (I 9ss) pretenda que nosotros creamos a sus puras afirmaciones. Y eso cuando él prometió no afirmar, sino enseñar.

55. El Dios hacedor de cielo y tierra

Yo no digo que, de haber tenido Celso “paciencia y constancia”, como él dice, para leer los libros de Moisés y los profetas, se hubiera dado cuenta por qué se pone la frase “Hizo Dios” al hablar del cielo y la tierra y del llamado firmamento, lo mismo que de los luminares y las estrellas; luego se repite sobre los grandes peces y toda alma de reptiles que produjeron las aguas según su especie y sobre todo volátil alado según su especie; y luego sobre todas las fieras de la tierra según su especie y sobre las bestias según su especie y sobre todos los reptiles de la tierra según su especie y, finalmente, sobre el hombre (cf. Gen 1,1 ss). Sobre otras cosas no se dice “hizo”; y así, sobre la luz, la palabra divina se contenta con decir: *Se hizo la luz* y sobre la congregación en un solo lugar de toda el agua bajo el cielo con la frase: *Hízose así*. E igualmente sobre los productos de la tierra, cuando produjo la tierra hierba de pasto que esparce su semilla según su especie y semejanza y árboles frutales que dan fruto, cuya semilla está en él mismo según su especie sobre la tierra (Gen 1,12). Y hubiera inquirido²⁷ a quién o a quiénes se dirigen los mandatos que se encuentran escritos y da Dios sobre crear cada parte del mundo. En tal caso no hubiera tachado de

²⁷ el M: om. Wendland; cf. II 9, y sobre que los imperativos de Dios en la creación se dirigen al Logos, *Epist. Barnabae* V 5: “Consideremos, además, hermanos míos, este punto: Si es cierto que el Señor se dignó padecer por nuestra alma, siendo como es Señor de todo el universo, a quien dijo Dios desde la constitución del mundo: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra*. ¿cómo, digo, se dignó padecer bajo la mano de los hombres? ¡Aprendedlo!” (cf. mis *Padres apostólicos* fBAC 1950] p.779s). Los apologistas usaban de ese argumento, y San Justino nos dice lo que respondían a él (cf. *Apologistas griegos del s. II* [BAC 1954] p.411s).

ininteligible y sin sentido alguno misterioso los libros escritos por Moisés o, como diríamos nosotros, por el espíritu divino que moraba en Moisés, inspirado por el cual profetizó también. Pues mucho mejor que los llamados videntes por los poetas, sabía él “lo presente y futuro y lo pasado” (*Ilíada* 1,70).

56. Hay algo más que materia en los seres

Dice también Celso que “el alma es, desde luego, obra de Dios, pero el cuerpo es de otra naturaleza y, en cuanto a esta, no hay diferencia alguna entre un cuerpo de murciélago, de gusano, de rana o de hombre; la materia es la misma, e igual el principio de corrupción de todos”. A este razonamiento hay que responder que, si por ser la misma la materia que subyace en el cuerpo de un murciélago, de un gusano, de una rana o de un hombre, en nada se diferencian estos cuerpos entre sí, es evidente que tampoco se diferenciarán del sol, de la luna, de las estrellas o de cualquier otro de los que los griegos llaman dioses sensibles (cf. *infra* V 10). La misma es, en efecto, la materia que subyace en todos los cuerpos, materia propiamente sin cualidades ni figura, que no sé de quién recibirá las cualidades según Celso, que no quiere que nada mortal sea obra de Dios. A no ser que, apretado, quiera saltar de Platón, según el cual el alma sale de cierta crátera (Plat., *Tim.* 41de) y se refugie en Aristóteles y los peripatéticos, que afirman ser el éter inmaterial y de una quinta naturaleza, diversa de los cuatro elementos. Pero contra esta teoría combaten con denuedo los platónicos y estoicos. Y contra ella combatiremos también nosotros, despreciados como somos por Celso, cuando se nos pida explicar y demostrar lo que se dice así en el profeta: *Los cielos pasarán, mas tú subsistes; cual vestido envejecen, como manto los pliegos y se mudan; mas tú eres siempre el mismo (y no saben de término tus años)* (Sal 101,27). Pero baste esto contra Celso, que afirma “ser el alma obra de Dios, pero el cuerpo de otra naturaleza”; de donde se seguiría que el cuerpo de un murciélago, de un gusano o de una rana no se diferenciaría en nada de un cuerpo etéreo.

57. La variedad de los cuerpos

Véase, pues, si vale la pena adherirse a quien con tales doctrinas acusa a los cristianos y abandonar una teoría, según la cual, por sus cualidades inherentes, se dan diferencias en los cuerpos y en lo que a ellos atañe. Porque nosotros sabemos muy bien que hay cuerpos celestes y terrestres y

una es la gloria de los celestes y otra la de los terrestres; y ni siquiera es la misma entre los celestes, pues una es la gloria del sol y otra la de las estrellas y aun entre las mismas estrellas una difiere de otra en gloria. Por eso nosotros, que esperamos la resurrección de los muertos, afirmamos que se dan cambios en las cualidades de los cuerpos; pues algunos de ellos se siembran en corrupción y se levantan en incorrupción; se siembran en ignominia y se levantan en gloria; se siembran en flaqueza y se levantan en fuerza; se siembran cuerpos animales y se levantan espirituales (1 Co 15,40-44; cf. *supra* III 41). Y todos los que admitimos la providencia, demostramos que la materia subyacente es capaz de recibir las cualidades que quiera darle el Creador y, por voluntad de Dios, esta materia tiene ahora tal cualidad y luego otra, digamos, mejor y más excelente.

Pero como quiera que hay modos señalados, desde que hay mundo y mientras lo haya, para los cambios de los cuerpos, no sé si también, cuando suceda un modo nuevo y extraño después de la destrucción del mundo y la que nuestras escrituras llaman consumación (cf. Mt 13,39.49), nada tenga de extraño que “ya ahora del cadáver de un hombre salga transformada una serpiente de la médula espinal, como piensa el vulgo y de un buey una abeja y de un caballo una avispa y de un asno un escarabajo y, en general, de los muertos, gusanos”. Pero, en opinión de Celso, esto demuestra que ninguna de estas cosas es obra de Dios, sino que las cualidades, por órdenes que no se sabe de dónde vienen, pasan de unas a otras y no son obra de una razón divina que las cambie en la materia.

58. ¿Viene toda alma de Dios?

Todavía tenemos algo más que decir contra la proposición de Celso de que “el alma es obra de Dios, pero el cuerpo es de otra naturaleza”. Verdad de tanta importancia no solo la sentó sin demostración alguna, sino también sin la debida distinción. No puso en claro, efectivamente, si toda alma es obra de Dios o solo el alma racional. Arguyámosle, pues, que, si toda alma es obra de Dios, lo serán evidentemente las de los más viles irracionales y así todo cuerpo será de naturaleza distinta que el alma. La verdad es que, más adelante (cf. *infra* IV 88), dice que “los animales irracionales son más queridos de Dios que nosotros y tienen noción más pura de lo divino”, lo que parece demostrar que no solo es obra de Dios el alma de los hombres, sino también y con mayor razón, la de los animales irracionales. Así se sigue, en efecto, que se diga que son más queridos para Dios que nosotros. Pero si solo el alma racional es obra de Dios, en primer lugar, tesis tan

importante no la afirmó con bastante claridad; y, en segundo lugar, de haber dicho, sin definir bien los términos, que no toda alma, sino solo la racional es obra de Dios, se sigue que tampoco todo cuerpo es de naturaleza distinta de la del alma. Pero, si no todo cuerpo es de distinta naturaleza, sino que el cuerpo de cada animal corresponde a su alma, se sigue evidentemente que el cuerpo de un ser cuya alma es obra de Dios, será diferente de otro en que more un alma que no es obra de Dios. De donde resulta ser falso que un cuerpo de murciélago, de gusano o de rana no se diferencie de un cuerpo humano.

59. Anito y Sócrates

En verdad, absurdo fuera considerar unas piedras más puras o menos puras que otras y unos edificios más o menos puros que otros, según se destinen para el honor de Dios o para receptáculo de cuerpos miserables y manchados y que no haya diferencia entre unos cuerpos y otros, según moren en ellos entes racionales o no y, de entre los racionales, los virtuosos o los hombres más malvados. Esta diferencia hizo que algunos se propasaran y divinizaran los cuerpos de hombres eminentes por haber albergado un alma virtuosa y arrojar y hasta deshonorar los cuerpos de los muy malvados. No diré yo que así se obra del todo rectamente; pero tal conducta tuvo origen de una idea recta. ¿Es que un sabio, al morir Anito y Sócrates, tendrá el mismo cuidado de la sepultura del cuerpo de Sócrates que de la del cuerpo de Anito? ¿Acaso construirá para ambos el mismo monumento o la misma tumba? Sea esto dicho por la frase de “los que ninguno es obra de Dios”, en que “los que” se refiere al cuerpo del hombre, o a las serpientes que salen del cadáver; al del buey, o a las abejas que salen del cadáver del buey; al del caballo o del asno y a las avispas que salen del cuerpo del caballo o a los escarabajos del asno. Ello nos ha obligado a volver sobre las palabras: “El alma es, desde luego, obra de Dios; pero el cuerpo es de otra naturaleza”.

60. El cambio perpetuo

Luego dice que “la naturaleza de todos los cuerpos antedichos es la misma y una sola, que va y viene en un cambio alternante”. Respecto de esto, es evidente por lo antes dicho, que no solo los cuerpos antedichos tienen una naturaleza común, sino también los celestes. Y, si esto es así, evidente es también que, según él (no sé si también según la verdad), una sola es la naturaleza de

todos los cuerpos que va y viene en un cambio alternante. Y según los que admiten la destructibilidad del mundo, así es evidentemente; y los que no la admiten ni tampoco aceptan el quinto cuerpo, tratarán de demostrar que, también según ellos, una sola es la naturaleza de todos los cuerpos, que va y viene en un cambio alternante. Y así justamente permanece lo que se destruye en orden a un cambio; porque lo que subyace, que es la materia, permanece aún destruida la cualidad, según los que opinan que es increada. Sin embargo, si se pudiera demostrar por una buena razón que no es increada, sino que fue hecha para alguna utilidad, es evidente que no tendría, respecto al permanecer, la misma naturaleza que suponiéndola increada. Pero nuestro propósito ahora es responder a las acusaciones de Celso y no disertar sobre la naturaleza.

61. ¿Es el mundo mortal o inmortal?

Dice también Celso que “nada que nazca de la materia es inmortal”. A esto le diremos que, si “nada que nazca de la materia es inmortal”, o este mundo todo es inmortal y en tal caso no procede de la materia, o tampoco él es cosa inmortal. Ahora bien, si el mundo es inmortal, como place a los que sostienen que sola el alma es obra de Dios y afirman que salió no sabemos de qué crátera (Plat., *Tim.* 41de), demuéstrenos Celso que no se hizo de la materia sin cualidades, sin olvidar su principio de que “nada que nazca de la materia es inmortal”. Pero si el mundo, por “ser producto de la materia, no es inmortal; el mundo mortal, ¿estará o no estará sujeto a corrupción? Si está sujeto a corrupción, lo estará como obra de Dios; y entonces, en la corrupción del mundo, ¿qué hará el alma, que es obra de Dios? ¡Díganoslo Celso! Pero si, tergiversando la noción de inmortal, nos dice que el mundo es inmortal porque, aun siendo corruptible, de hecho no se corrompe, pues es capaz de morir, pero de hecho no muere, se sigue que, según él, habrá algo a la vez mortal e inmortal, por ser capaz de lo uno y de lo otro; y habrá algo mortal que no muere, algo que, no siendo por naturaleza inmortal, por el hecho de no morir, se llamará propiamente inmortal. ¿En qué sentido, pues, dentro de esta distinción, dirá que “nada que nazca de la materia es inmortal”? Por donde se ve que las ideas que Celso consigna en sus escritos, si se las aprieta y examina bien, no resisten la prueba de lo noble e irrefutable.

Y dicho esto, añade: “Baste lo dicho sobre este punto. El que sea capaz de oír y buscar más, lo sabrá”. Pues veamos nosotros, que, según él, somos unos estúpidos, lo que se ha seguido de haberle podido oír y buscar siquiera un poco.

62. La existencia del mal

Seguidamente se imagina Celso que, por unas frasecillas suyas, vamos a comprender la cuestión sobre la naturaleza del mal, tan traída y llevada en múltiples y no despreciables tratados y diversamente resuelta y así dice: “Los males en lo que existe, ni antes, ni ahora, ni después pueden ser menores o mayores. Una sola y misma es, efectivamente, la naturaleza del universo y la génesis u origen de los males es siempre la misma”. Pero también esto parece una paráfrasis de un paso del *Teeteto*, en que Platón le hace decir a Sócrates: “Mas ni es posible que los males desaparezcan de entre los hombres, ni que se asienten entre los dioses”, etc. (Plat., *Theait.* 176; cf. VIII 55). Pero, a mi parecer, ni siquiera entendió exactamente a Platón ese sabiazo de Celso, que quiere abarcar toda la verdad en este solo escrito y que rotuló *Doctrina verdadera* su libro contra nosotros. Y es así que la frase del *Timeo* que dice: “Mas cuando los dioses purifican la tierra por el agua” (Plat., *Tim.* 22d), da bien a entender que, purificada la tierra por el agua, tiene menos males que antes de ser purificada. Y, siguiendo a Platón, decimos que son a veces menos los males, fundándonos en lo que se dice en el *Teeteto* sobre que “los males no pueden desaparecer de entre los hombres”.

63. Un dogma bellísimo

Por lo demás, no sé cómo se las arregla Celso que, a lo que suenan las frases de este libro, admite la providencia, para decir que los males no son mayores ni menores, sino que tienen, como si dijéramos, límites definidos, con lo que destruye un dogma bellísimo, el de que la maldad es indefinida y los males, propiamente hablando, no tienen límites. Y, a mi parecer, de la tesis de que los males no han sido, ni son, ni serán mayores o menores, se sigue que, a la manera que la providencia, en opinión de los que admiten un mundo indestructible, mantiene el equilibrio de los elementos, no permitiendo que predomine uno solo de ellos con riesgo de que perezca el mundo, así habría también una especie de providencia que vigilaría sobre los males, que son tantos, a fin de que no se hagan ni mayores ni menores.

Todavía hay otro modo de refutar la teoría de Celso acerca del mal, tomado de los filósofos que estudiaron el problema del bien y del mal. Estos filósofos demostraron, por la historia misma, que, en los comienzos, las ramerías se entregaban a quienes quisieran fuera de las ciudades y con máscaras en la cara; luego, dándoseles de todo un bledo, se quitaron las máscaras, si bien, por no permitirles las leyes entrar, se quedaron aún fuera de las ciudades; finalmente, como la perversión

fuera creciendo día a día, se atrevieron a entrar también en las ciudades. Así dice Crisipo en su *Introducción sobre el bien y el mal*. Que los males aumenten y disminuyan, se puede deducir del hecho que los llamados hombres “dudosos” (o eunucos) se prostituyeron un tiempo, entregados al arbitrio y deseos de los que se les acercaban; posteriormente, en cambio, fueron expulsados por los ediles. Y de males sin número que, del torrente de la maldad, han invadido la vida de los hombres, puede decirse que no existían antes. Por lo menos las historias más antiguas, a pesar de que se desatan en improperios contra los que pecan, nada saben de los que practican cosas impronunciabiles.

64. La variación, ley del universo

¿No resulta, por esta y semejantes consideraciones, ridículo Celso, al pensar que los males no pueden ser ni más ni menos de lo que son? Porque, aun cuando la naturaleza del universo sea una sola y la misma, de ahí no se sigue en absoluto que la génesis de los males sea siempre también la misma. Una sola y la misma es la naturaleza de este hombre particular; sin embargo, no siempre se comporta del mismo modo respecto de su mente, de su razón y de su obrar. Hay tiempo en que no tiene siquiera razón; otro, en que con la razón abraza la maldad, que se difunde más o menos; y hay tiempo en que se convierte a la virtud y en ella adelanta más o menos y hasta llega a veces a la virtud misma que alcanza en más o menos grados de contemplación. Lo mismo y con mayor razón, cabe decir sobre la naturaleza del universo; aun cuando esta sea una y la misma genéricamente, sin embargo, no siempre suceden en el universo las mismas cosas y de la misma especie. No siempre hay buenas cosechas ni siempre malas; ni siempre lluvias ni siempre sequías. Así tampoco están determinadas las buenas o malas cosechas de almas superiores y la profusión de las inferiores tiene también sus crecientes y decrecientes. Para quienes se proponen inquirirlo, en lo posible, todo puntualmente, les es necesaria esta doctrina del mal que no permanece siempre en un ser por razón de la providencia, que o vela sobre la tierra, o la purifica con diluvios o conflagraciones. Y acaso no purifique solo la tierra, sino también el universo entero, cuando, al multiplicarse en él la maldad, necesita de purificación.

65. La cuestión “unde malum?”

Después de esto dice Celso: “Cuál sea la naturaleza del mal, no es fácil que lo entienda quien

no profese la filosofía; pero baste decir para la muchedumbre que el mal no viene de Dios (Plat., *Pol.* 379c), sino que es inherente a la materia y habita entre lo mortal (Id., *Theait.* 176a), mas el ciclo de lo mortal es el mismo desde el principio al fin; y, según los períodos señalados, forzoso es que siempre haya sucedido lo mismo, lo mismo sucede y lo mismo sucederá” (Plat., *Polit.* 269c-270a). Dice, pues, Celso, que no es fácil conocer el origen del mal para quien no profese la filosofía; lo que daría a entender que el filósofo puede entender fácilmente la génesis del mal; el no filósofo no la comprendería tan fácilmente, le costaría su trabajo; pero, al cabo, sería capaz de comprenderla. Nosotros, en cambio, tenemos que decir a eso, que el origen del mal no es fácil de entender ni para un filósofo; y acaso el comprenderlo con pureza no sea posible ni aun a los filósofos si no se ve claramente, por inspiración de Dios, qué cosas son males, ni se esclarece cómo se originaron, ni se entiende de qué manera desaparecerán. En todo caso, como haya que contar entre los males la ignorancia de Dios y hasta sea el mayor de los males no saber la manera de dar culto a Dios y practicar la piedad con Él, aun Celso tendrá que reconocer que algunos de los que profesaron la filosofía no conocieron en absoluto el origen del mal, como se ve claro por las diferentes escuelas que en ella existen. En cuanto a nosotros, nadie que no se dé cuenta de que es un mal pensar que se mantiene la piedad en las leyes establecidas, conforme a lo que comúnmente se entiende por constituciones políticas, será capaz de entender la génesis del mal. Y tampoco lo será quien no hubiere discutido a fondo lo que atañe al llamado diablo y a sus ángeles (Mt 25,41): quién fue antes de convertirse en diablo y cómo se hizo diablo y por qué causa los que se llaman ángeles suyos apostataron juntamente con él. El que quiera entender ese origen tendrá que discurrir con la mayor puntualidad sobre los demonios, que no son obra de Dios en cuanto demonios, sino solo en cuanto seres racionales de la especie que fueren. Otro problema es cómo vinieron a ser tales que su mente los constituyó en el orden de los demonios. En conclusión, si hay algún tema de los que entre los hombres necesitan inquisición difícil de cazar para nuestra naturaleza, entre ellos hay que contar la génesis del mal.

66. El mal no es inherente a la materia

Luego, como si tuviera cosas recónditas que decir acerca del origen del mal, pero que se las calla y solo dice lo que se ajuste a las muchedumbres, dice que, para estas, basta decir sobre el origen del mal “que los males no vienen de Dios, sino que son inherentes a la materia y habitan

entre lo mortal”. Ahora bien, que el mal no venga de Dios, es cosa cierta. También, según nuestro Jeremías, es claro que *de la boca del Señor no saldrán los males y el bien* (Thren 3,38),²⁸ pero que la materia que habita entre lo mortal tenga la culpa del mal, no es, según nosotros, verdad (cf. *supra* III 42). La verdad es que la culpa de la maldad que hay en cada uno la tiene su propia voluntad y esa maldad es el mal y males son también las acciones que proceden de ella. Y, hablando con rigor, según nosotros, ningún otro mal existe. Sin embargo, sé que este tema requiere mucho trabajo y demostración, con la gracia de Dios que ilumine la voluntad; trabajo y demostración que podrá llevar a cabo quien fuere por Dios juzgado digno de conocer también esta cuestión.

67. El eterno retorno

Yo no sé realmente qué provecho pensó sacar Celso en su escrito contra nosotros, al tocar de pasada un dogma que necesitaría de larga y probable demostración que hiciera ver, en cuanto cabe, que “el ciclo de lo mortal es el mismo desde el principio al fin y, según los períodos determinados, es forzoso que lo mismo haya sucedido siempre, suceda ahora y sucederá después”. Si esto fuera verdad, se acabó nuestro libre albedrío. Efectivamente, si según los ciclos determinados es forzoso que siempre haya sucedido lo mismo, lo mismo suceda ahora y lo mismo haya de suceder después en el período de lo mortal, se sigue evidentemente que Sócrates tendrá que ser siempre filósofo y se le acusará de introducir nuevas divinidades y corromper a la juventud (Xenoph, *Memor.* I 1,1) y serán Anito y Meleto los que lo acusen y el consejo del Areópago quien lo condene a beber la

28 Sin embargo, leído en la versión del P. Aulsebrook (Biblia Herder), el texto suena: ¿No vienen acaso de orden del Señor los males y los bienes? Para Orígenes es claro (*saphés*) que no. Para Platón tampoco. A decir verdad, nos emociona la firmeza con que niega Platón que Dios sea causa del mal. La negación se sienta en la más pura lógica; pero, en último término, se la inspira su espíritu religioso, que no es lógico. Nada bueno, y menos lo esencialmente bueno, puede ser causa de algo malo: “Luego, dije yo, puesto que Dios es bueno, no puede ser causa de todas las cosas, como dice el vulgo, sino solo de unas pocas de entre las que les acontecen a los hombres. De la mayoría. Dios no es autor, pues los bienes que nos acontecen son mucho menores que los males: ahora bien, de los bienes no hay que buscar otro autor; de los males, empero, hay que buscar otra causa, pero no a Dios” (*Pol.* 179c). Evidentemente, sigue en pie la pregunta *¿unde malum?* Homero la resuelve por el mito de los dos toneles (que Platón reprueba):

“Dos toneles, en el suelo de Zeus están hundidos,
llenos de dones que él reparte:
uno de bienes lleno, otro de males.
A quien Zeus, el fulmíneo, le concede
una mezcla de entrambos, unas veces
tropezaba con el bien, con el mal otras.
Mas al que solo da calamidades,
en padrón de ignominia lo convierte;
un hambre mala, devorante,
aguijándole va por la divina tierra,
y él la recorre, deshonorado,
de los dioses a par que de los hombres”

(*Ilíada*, 24,527ss).

Bello ejemplo de pensar mítico, que deja, lo mismo que el pensar lógico, flotante el problema *¿unde malum?*

cicuta. De igual manera, será eternamente necesario, según los períodos determinados, que Falaris²⁹ sea tirano y Alejandro de Peras cometa las mismas atrocidades y que los condenados al toro de Falaris mujan siempre dentro del mismo. Si esto se concede, no sé cómo pueda mantenerse nuestro libre albedrío y quepan ya razonablemente alabanzas ni vituperios. Habrá que decir, contra esta hipótesis de Celso que, si el ciclo de lo mortal es el mismo desde el principio hasta el fin y según los períodos determinados forzosamente ha sido siempre lo mismo y lo mismo es ahora y lo mismo será después, forzoso será también que Moisés salga siempre de Egipto con el pueblo de los judíos y Jesús venga de nuevo al mundo para hacer lo mismo que ya hizo, no solo una vez, sino infinitas, según los períodos. Es más, en los períodos determinados, los mismos serán cristianos y otra vez, después de otras infinitas, escribirá Celso su libro contra ellos.

68. Los estoicos van más allá que Celso

Ahora bien, según Celso, solo el período de lo mortal fue, es y será forzosamente el mismo según los ciclos determinados; pero la mayoría de los estoicos dicen que tal es no solo el período de lo mortal, sino también el de lo inmortal y de los que ellos tienen por dioses. En efecto, después de la conflagración universal que ya se ha dado infinitas veces y se dará otras infinitas, el mismo orden se estableció y el mismo se establecerá desde el principio hasta el fin. Sin embargo, para suavizar en lo posible los absurdos, dicen los estoicos, no sé con qué razón, que todos los que vengan según el período serán indistinguibles de los que fueron en períodos anteriores. Así, Sócrates no nacerá de nuevo, sino alguien indistinguible de Sócrates, que se casará con una mujer indistinguible de Jantipa y será acusado por señores indistinguibles de Anito y Meleto (cf. V 20). Ahora bien, yo no entiendo cómo el mundo haya de ser siempre el mismo y no solo indistinguible uno de otro y lo que en él acontezca no será lo mismo, sino solamente indistinguible. Sin embargo, más oportuno será discutir de propósito lo que dice Celso y lo que sientan los estoicos, pues alargarnos sobre ello no dice con el momento ni con el tema presente.

69. Dios, labrador que trabaja sobre el mundo

Después de esto dice Celso que “no se da al hombre lo visible, sino que cada cosa nace y perece

²⁹ Falaris fue tirano de Agrigento, famoso por su crueldad; murió en el 549 A. C. En el texto se alude a una de las atrocidades que se cuentan de él: meter a un hombre en un toro de bronce y, abrasado, oír los mugidos del infortunado.

por razón de la salud del todo, según el cambio de unas en otras de que antes he hablado” (IV 57.60). Superfluo es detenernos en la refutación de esta tesis, refutación que hemos expuesto ya según nuestras fuerzas. También hemos hablado sobre que “los males no puedan ser ni mayores ni menores”. E igualmente sobre que “Dios no tenga necesidad de nueva corrección”. Porque Dios no corrige al mundo cuando lo purifica por medio de un diluvio o una conflagración, como un hombre que ha construido algo deficientemente o ha fabricado un objeto contra las reglas del arte, sino para impedir que se propague más la inundación de la maldad y, en mi opinión, aniquilándola del todo para provecho del universo. Ahora, si hay alguna razón o no, para que después de ese aniquilamiento vuelva otra vez a brotar la maldad, es tema que se examinará *ex professo* en otro tratado. Así, pues, por la nueva corrección, Dios quiere siempre instaurar lo caído; porque, si es cierto que, según el orden de la creación del universo, todo está por Él ordenado de la manera más bella y segura, no por eso deja de ser necesario curar a los que sufren por la maldad y al mundo entero que está como manchado por ella. Y nunca se descuidó Dios, ni se descuidará, de hacer en cada tiempo lo que conviene que haga en un mundo mudable y cambiante. Y a la manera como el labrador, según las diferentes estaciones del año, ejecuta labores agrícolas distintas sobre la tierra y sus productos, así Dios ordena todos los siglos como una especie de estaciones, digámoslo así, haciendo en cada una de ellas lo que pide la raza noble para todo el universo. Y eso, en su pura verdad, solo Dios lo conoce con entera claridad y solo Él lo lleva a cabo.

70. El mal es siempre malo

También sentó Celso cierta tesis acerca del mal, que es del tenor siguiente: “Aun cuando algo te parezca un mal, todavía no está averiguado que lo sea, pues no sabes lo que te conviene a ti, a otro o a todo el universo”. Muestra realmente este modo de hablar alguna discreción; pero, por otra parte, da a entender que la naturaleza del mal no es desde todo punto reprochable, pues es posible que sea conveniente para el todo lo que en un individuo es tenido por un mal.³⁰ No quisiéramos que nadie, malentendiendo lo que decimos, aprovechara la ocasión para obrar mal, pensando que su maldad es útil o, por lo menos, que puede ser útil para el todo; por eso diremos que Dios,

³⁰ El argumento está tomado de la teodicea estoica (cf. Plutarch., *Mor.* 1050e.1065b). Para el uso que él hace Orígenes, cf. *De princ.* II 9,2; *Hom. in ler.* XII 5. Se trata, en Celso, de otra escapatoria a la incontestable pregunta *¿unde malum?* Si algo es mal para mí, no comprendo cómo puede ser bien para el universo, del que yo soy parte.

respetando nuestro libre albedrío, se vale de la maldad de los malos para la ordenación del universo, sometiéndolos al provecho del todo; pero no por eso deja de ser reprehensible el malo y como reprehensible se le somete a un servicio que cada uno debe abominar por más que sea de provecho para el todo. Es como si se dijera que, en una ciudad, un reo de tales o cuales crímenes, condenado por ellos a ciertos trabajos públicos, provechosos para la comunidad, ejecuta, desde luego, cosas útiles para la ciudad entera, pero él tiene que ocuparse en cosas que nadie, medianamente inteligente, quisiera para sí. Y Pablo, apóstol de Jesús, nos enseña que aun los más malvados contribuyen, desde luego, al bien del todo, pero ellos de por sí se hallan en estado abominable; los más útiles, empero, para el todo son los muy buenos, que tienen en sí mismos motivo para que se los coloque en el mejor lugar. He aquí sus palabras: *En una gran casa, no solo hay utensilios de oro y plata, sino también de madera y arcilla y unos para honor y otros para deshonor. Ahora bien, el que se purifique a sí mismo, será utensilio para honor, santificado y útil para su señor, apercebido para toda obra buena* (2 Tm 2,20). Me parece necesario poner esta acotación a la tesis de Celso: “Aun cuando algo te parezca un mal, todavía no está averiguado si lo es, pues no sabes lo que te conviene a ti o a otro”, a fin de que nadie saque provecho de este pasaje para pecar, imaginando que, por su pecado, será útil al todo.

71. La condescendencia divina

Después de esto, por no entender lo que se dice de Dios en las Escrituras, como si estuviera sujeto a pasiones humanas, se burla Celso de pasajes en que aparecen increpaciones de cólera contra los impíos y amenazas contra los que pecan. A lo que debemos decir que, así como nosotros, al hablar a niños pequeños, no desplegamos toda nuestra elocuencia en el decir, sino que acomodamos lo que decimos a la flaqueza de nuestros oyentes y hacemos lo que nos parece conveniente para la conversión y corrección de los niños como niños; así parece que el Verbo de Dios dispuso las Escrituras, atemperando lo que convenía decir a la capacidad y provecho de los oyentes. Y, de modo general, acerca de este modo de predicar las cosas de Dios se dice así en el Deuteronomio: “Ha condescendido contigo el Señor Dios tuyo, como condescendería un padre con su hijo” (Dt 1,31; cf. Hch 13,18). Así habla la Escritura, como si dijéramos, tomando carácter humano para bien de los hombres. Nada, en efecto, hubieran sacado las muchedumbres de que Dios, asumiendo el papel que a su majestad convenía, les hubiera dicho lo que a ellas tenía que decir. Sin embargo,

el que se consagre a explicar las divinas Escrituras, si sabe contrastar lo que dicen espiritualmente con los que se llaman espirituales (1 Co 1,13), hallará, por ellas mismas, el sentido de lo que dicen para los débiles y lo que consignan para los inteligentes, que muchas veces se encuentra en el mismo texto para quien sabe leerlo.

72. La ira de Dios

Nosotros hablamos realmente de la ira de Dios, pero entendemos que no es una pasión suya, sino algo de que se vale para castigar de manera dura a los que han cometido pecados particularmente graves. Ahora, que la llamada ira de Dios y el que se dice furor suyo se ordenen a nuestra corrección y que esta sea la doctrina de la misma palabra de Dios, se ve por lo que se dice en el salmo 6: *Señor, no me arguyas en tu furor ni me corrijas en tu ira* (Sal 6,2); y en Jeremías: *Corrígenos, Señor, pero con juicio y no con furor, no sea que nos reduzcas a pocos* (Jr 10,24). En el libro segundo de los Reyes (2 R 24,1) puede leerse que la ira de Dios persuadió a David para hacer el censo del pueblo y en el primero de las Crónicas (1 Cro 21,1) se dice que fue el diablo; el que compare entre sí ambos pasajes, comprenderá a qué fin se ordena la ira —una ira de la que Pablo afirma que somos todos hijos cuando dice: *Éramos por naturaleza hijos de ira como los demás* (Ef 2,3)—.

Que la ira no es una pasión en Dios, sino que cada uno se la atrae por sus pecados, nos lo pondrá Pablo de manifiesto en este texto: *¿Es que desprecias la riqueza de su bondad, de su paciencia y longanimidad, por no caer en la cuenta de que la bondad de Dios te está llamando a penitencia? Mas por tu obstinación y por la impenitencia de tu corazón, acumulas para ti mismo ira en el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios* (Rm 2,4s). ¿Cómo puede, pues, acumular cada uno para sí mismo ira en el día de la ira, si por ira se entiende una pasión? Además, la palabra divina nos enseña que no nos airemos en absoluto y así dice en el salmo 36: *Cesa en tu ira y abandona el furor* (Sal 36,8) y en Pablo: *Deponed también vosotros todo esto: la ira, el furor, la maldad, la blasfemia y palabras torpes* (Col 3,8) y no iba a atribuir a Dios una pasión de que quiere nos apartemos nosotros enteramente.

Otro punto, por donde es evidente que ha de entenderse figuradamente lo que se dice de la ira de Dios, es que también se le atribuye el sueño, del que parece quererlo despertar el profeta cuando dice: *Levántate. ¿Por qué duermes, Señor?* (Sal 43,24); y otra vez: *Se levantó el Señor como de*

un sueño, como un guerrero embriagado de vino (Sal 77,65). Si, pues, el sueño significa cosa distinta de lo que pudiera entender una interpretación superficial de la palabra, ¿por qué no habrá de entenderse de modo parecido lo que se diga de la ira?

En cuanto a las amenazas, son anuncios de lo que les vendrá a los malos. En este sentido se podrían también llamar amenazas lo que dice un médico al paciente: “Te tendré que cortar y aplicar el cauterio si no obedeces a mis prescripciones y no sigues este o el otro régimen de comidas y no te conduces así o así”. No atribuimos, pues, a Dios pasiones humanas, ni sostenemos sobre Él ideas impías, ni erramos al exponer, comparándolas entre sí, las explicaciones que tomamos de las mismas Escrituras. Ni los que entre nosotros predicán inteligentemente la palabra de Dios se proponen otra cosa que librar en lo posible de su simpleza a los oyentes y hacerlos inteligentes.

73. Celso promete dar razón del universo

Como consecuencia de no entender lo que se escribe de la ira de Dios, dice Celso: “¿Cómo no tener por ridículo que, tratándose de un hombre que se irritara contra los judíos, los aniquilara del menor al mayor, pegara fuego a sus ciudades y así dejaran de existir; pero, tratándose del Dios supremo, que, como dicen, se irrita y enfurece y amenaza, envíe a su hijo y sufra cosas tales?” Ahora bien, si los judíos, después de hacer con Jesús lo que se atrevieron a hacer, perecieron del menor al mayor y vieron abrasadas sus ciudades, todo eso padecieron no por otra ira sino por la que ellos se acumularon para sí mismos; pues el juicio de Dios que, por disposición del mismo Dios, vino sobre ellos, recibe por uso tradicional de los hebreos el nombre de ira. En cuanto al Hijo del Dios supremo, padece voluntariamente por la salud de los hombres, como hemos expuesto, según nuestras fuerzas, más arriba (I 54.55.61; II 16.23).

Luego dice: “Mas para que nuestro argumento no se circunscriba únicamente a los judíos (pues no me propongo hablar de ellos), sino que se extienda, como prometí (IV 52), a toda la naturaleza, expondré con más claridad lo anteriormente dicho”. ¿Qué hombre modesto que lea estas frases y tenga el sentimiento de la flaqueza humana, no se irritará de la irritante arrogancia de quien anuncia que va a dar cuenta y razón de toda la naturaleza, arrogancia pareja que mostró dando a su libro el título que lleva? Pues veamos qué es lo que promete decir acerca de toda la naturaleza y qué es lo que va a poner en claro.

74. El hombre, fin principal de las cosas

Luego nos recrimina largo y tendido por decir que Dios lo ha hecho todo para el hombre. Y quiere demostrar, por la historia de los animales y por la industria de que dan pruebas, que todo se produce no menos por razón de los animales irracionales que de los hombres. Y me parece a mí que Celso habla como quienes, llevados por el odio a sus enemigos, acusan a estos de lo mismo por lo que son alabados sus mejores amigos. Porque así como a estos los ciega el odio para no ver que están acusando a sus mejores amigos en lo mismo que piensan vituperar a sus enemigos, así Celso, hombre de pensamiento confuso, no vio que acusa a los filósofos de la Stoa, que, no sin razón, anteponen al hombre y, en general, a la naturaleza racional, a todos los irracionales. Por esta naturaleza racional dicen ellos que hizo principalmente la providencia todas las cosas. Lo racional, como cosa principal que es, tiene razón de hijos que nacen; lo irracional, en cambio y lo inanimado, lo tiene de membrana que se forma junto al niño. Yo, por mi parte, me pongo esta comparación: los inspectores de los víveres y del mercado solo cumplen su cargo por razón del hombre, pero sacan provecho también de lo que sobra para los perros y otros animales; así la providencia provee principalmente a los racionales; pero, por concomitancia, de lo que se hace por razón de los hombres gozan también los irracionales. El que dijera que los encargados del mercado no proveían más a los hombres que a los perros, por el hecho de que también los perros gozan de la abundancia de los víveres, cometería un error; por el mismo caso, Celso y los que piensan como él, cometen una impiedad contra Dios, que provee a los racionales, al afirmar que todo esto no se da más para alimentar a los hombres que a las plantas y árboles, a las hierbas y espinas.³¹

31 Orígenes mismo nota que este ordenamiento del universo al hombre es doctrina estoica. Nadie, creo yo, se apropió esta doctrina con tan envidiable optimismo como nuestro clásico P. Luis de Granada. Toda la primera parte del Símbolo de la fe, tan henchida de páginas maravillosas, está fundada en esa doctrina. He aquí una síntesis de ella: "Mas entre todas ellas es mucho para considerar de la manera que todas (como una música concertada de diversas voces) concuerdan en el servicio del hombre, para quien fueron creadas, sin haber una sola que se exima de su servicio y que no le acarree algún provecho y pague algún tributo temporal o espiritual. En lo cual se ha de considerar cómo todas las cosas en este ministerio se ayudan unas a otras, como diversos criados de un señor que, teniendo diferentes oficios, se emplean todos, cada cual de su manera, en el servicio del señor. De lo cual resulta esta armonía del mundo, compuesta de infinita variedad de cosas, reducidas a esta unidad susodicha, que es el servicio del hombre. Pongamos ejemplo, comenzando del mismo hombre: el cual, según Aristóteles dice, es como fin para cuyo servicio la divina providencia diputó todas las cosas de este mundo Inferior. Pues este, primeramente, tiene necesidad del servicio de diversos animales para mantenerse de sus carnes, para vestirse y calzarse de sus pieles y lanas, para labrar la tierra, para llevar y traer cargas y aliviar con esto el trabajo de los hombres. Estos animales tienen necesidad de yerba y pasto para sustentarse. Este se cría y crece con las lluvias que riegan la tierra: estas se engendran de los vapores que el sol hace levantar así de la tierra como del mar. Estos tienen necesidad de vientos para que los lleven del mar a la tierra. Los vientos proceden de las exhalaciones de la tierra. Para esto son necesarias las influencias del cielo y el calor del sol que las saque de ella y levante a lo alto. El cielo tiene necesidad de la inteligencia que lo mueva y esta, de la primera causa, que es Dios, para que la conserve y sustente en el oficio que tiene. De esta manera podríamos poner ejemplo en todas las otras cosas creadas y mostrar cómo se ayudan y sirven unas a otras y todas, finalmente, se ordenan y reducen al servicio del hombre, para el cual fueron creadas" (Símbolo de la fe, ed. BAE, p.191).

75. Todo es obra de Dios

Porque piensa primeramente “que no son obras de Dios los truenos, relámpagos y lluvias”, con lo que ya le da un tinte epicúreo con alguna mayor claridad; y en segundo lugar afirma que, “aun concediendo que todo ello sea obra de Dios, no sucede más para alimentarnos a nosotros que a las plantas y árboles, yerbas y espinas”, con lo que sienta, como verdadero epicúreo, que todo esto sucede fruto del acaso y no por providencia. Y es así que, si todo esto no nos aprovecha a nosotros más que a las plantas y árboles, a las hierbas y espinas, es evidente que no proceden de la providencia o, en todo caso, no de una providencia que se cuide más de nosotros que de los árboles, la hierba y las espinas. Cada uno de los dos extremos es claramente impío y fuera necio contradecir tales cosas, cuando impugnamos al que nos acusa de impiedad. A cualquiera le es entendible, por lo dicho, quién es el impío.

Luego dice: “Aunque se diga que todo esto se crea para los hombres (se trata evidentemente de las plantas y árboles, de las hierbas y espinas), ¿qué razón hay para decir que nacen más bien para los hombres que para los más fieros animales?” Diga, pues, Celso, sin rebozo, que tamaña variedad de productos de la tierra no es obra de la providencia, sino que un concurso fortuito de átomos produjo tantas cualidades. Si por casualidad también serían semejantes entre sí tantas especies de plantas, árboles y hierbas, no habría habido una razón artífice que las creara, ni tendrían su origen en una inteligencia que sobrepasa toda admiración. Pero nosotros, los cristianos, que estamos consagrados al Dios único que creó todas estas cosas, damos también gracias al artífice de ellas porque nos preparó tan magnífico hogar a nosotros y, por causa nuestra, a los animales que están a nuestro servicio:

*Así para el ganado pastos creas,
y en servicio del hombre verde hierba,
y el pan se saque de la tierra y dulce vino
que regocije el corazón del hombre.
La cara con el óleo resplandece
y el pan conforta el corazón del hombre.*

(Sal 103,14)

Y que Dios preparara también alimento para los más fieros animales, nada tiene de maravilloso, pues otros filósofos dijeron que también estos animales fueron creados para ejercicio del

animal racional,³² y uno de nuestros sabios dice en algún lugar: *No digas: ¿Qué es esto o para qué es esto? Porque todo ha sido creado para sus fines. Ni digas tampoco: ¿Qué es esto o para qué? Porque todo se buscará en su momento oportuno* (Si 39,26,40).

76. La necesidad, madre de las artes

Luego Celso, en su tema de que la providencia no creó más bien para nosotros que para los más feroces animales los productos de la tierra, dice: “A la verdad, nosotros, con fatigas y trabajos, apenas si a fuerza de sudores logramos nuestro sustento; para ellos, empero, “todo nace sin siembra y sin arado” (*Odyssea* 9,109; cf. *Lucr., Rerum nat.* 218ss). Y es que no vio que, queriendo Dios que se ejercitara la inteligencia humana, para que no permaneciera ociosa e ignorante de las artes, hizo al hombre necesitado. Así su necesidad misma le obligaría a inventar las artes, unas para alimentarse, otras para protegerse. Y, en efecto, para los que no habían de inquirir las cosas divinas ni consagrarse a la filosofía, mejor les era carecer de las cosas a fin de sentirse acuciados a inventar las artes por el uso de su inteligencia que no, por abundar de todo, dejar su inteligencia sin cultivo. Lo cierto es que la carencia de lo necesario para la vida inventó la agricultura, el cultivo de la vid, las artes de la huerta, no menos que las de carpintería y herrería, que proporcionan instrumentos para las artes al servicio de la comida. La necesidad de protección o vestido inventó, por otra parte, el arte textil, de alisar la lana y de hilar y, de otra, la arquitectura o arte de construir. La indigencia de lo necesario para la vida hizo también que, gracias a la navegación y arte náutica, los productos de una parte se transporten a otra en que carecen de ellos. De modo que, en este aspecto, es de admirar la providencia por haber hecho convenientemente al animal racional más indigente que a los irracionales.³³ Así se explica que los irracionales tengan a mano su alimento, pues no les queda ni ocasión para inventar artes; y tienen también vestido natural, unos de pelos, otros de plumas, quiénes de escamas, quiénes de conchas. Sea esto dicho en respuesta a la frase de Celso que dice:

³² Es la opinión estoica; cf. *infra* IV 78.

³³ Esto recuerda el origen platónico de la polis o estado, que nace de la necesidad que unos hombres tienen de otros; cf. *Pol.* 369bc-371a. Virgilio cantó también la necesidad como madre de la civilización (*Georg.* I 121ss):

“El mismo Jove
divino Institutor de la cultura,
de abrojos erizar quiso el camino,
él fundó el arte de mover la tierra,
con la necesidad estimulando
humanos pechos y vedó por siempre
que en letárgica paz yazgan sus reinos”

(Versión M. A. Caro).

“Nosotros, a la verdad, con fatigas y trabajos, apenas si a fuerza de sudores logramos alimentarnos; para ellos, en cambio, todo nace sin siembra y sin arado”.

77. El día y la noche, al servicio del hombre

Luego, olvidándose de que su objeto es acusar a judíos y cristianos, alega contra sí mismo el verso yámbico de Eurípides, que contradice su opinión y, acometiendo directamente contra la sentencia, la tacha de mal dicha. He aquí las palabras de Celso: “Y si se alega el verso de Eurípides:

“Sol y noche / para servir están a los mortales”

(*Poiniss. 546; cf. supra IV 30*),

por qué más a nuestro servicio que al de las hormigas y moscas? Porque también a ellas la noche les sirve para descansar y el día para ver y trabajar”. Lo que resulta claro es que ya no son solo cristianos y judíos los que han dicho que el sol y cuanto hay en el cielo está a nuestro servicio, sino también el que, según algunos (Clem. A., *Strom.* V 70,2; Athen., 158e.651a), es el filósofo de la escena, que siguió las lecciones de Anaxágoras sobre la naturaleza (Dioc. Lart., II 10 *alibi*). Aquí toma, por metonimia, un solo ser racional, que es el hombre y dice que todo en el universo está ordenado a servir a todos los seres racionales y por el universo se toman a su vez, por metonimia, “el sol y noche que están para servir a los mortales”. O acaso también llamó día el poeta trágico al sol que produce el día, enseñando que los seres que más necesitan del día y de la noche son los que están bajo la luna; no así otros, en el grado que los ponemos sobre la tierra. El día, pues y la noche, que se hicieron por razón de los seres racionales, están al servicio del hombre. Pero, si de lo que se hizo por razón de los hombres gozan también de refilón hormigas y moscas, que trabajan de día y descansan por la noche, no por eso se debe decir que el día y la noche se hicieron también para hormigas y moscas. No, lo que debe pensarse es que, por designio de la providencia, fueron hechas por razón del hombre y no por otra razón.

78. El hombre, rey de los animales

Luego se objeta a sí mismo lo que se dice en favor de los hombres, de que por su causa fueron creados los animales irracionales y dice: “Y si alguien nos llamara reyes de los animales, por el hecho que nosotros cazamos a los animales irracionales y nos los comemos, le responderemos: ¿Por qué no habremos sido nosotros con más razón hechos para ellos, puesto que ellos nos cazan

y nos comen? Si lo vemos bien, nosotros necesitamos de trampas, armas y de muchos hombres y perros que nos ayuden a darles caza; a ellos, en cambio, desde el primer momento y de por sí, la naturaleza les proveyó de armas con que nos someten fácilmente a su dominio”. Pero aquí justamente puede verse la gran ayuda que se nos ha dado en la inteligencia, muy superior a toda arma que parezcan tener las fieras. Así, los que somos corporalmente mucho más débiles que muchos animales y muy inferiores a algunos en volumen, dominamos por nuestra inteligencia a las fieras y cazamos a los enormes elefantes. A los que por su naturaleza son capaces de domesticarse, los sometemos a nuestra mansedumbre; los que no son domesticables o cuya domesticación no nos parece haya de reportarnos utilidad, con toda seguridad por nuestra parte, cuando queremos, por muy fieras que sean, los tenemos encerrados; y, cuando necesitamos alimentarnos de sus carnes, los matamos como si fueran mansos. En conclusión, el Creador hizo esclavos a todos los animales del animal racional y de la inteligencia natural. Y hay menesteres para los que nos valemos de los perros, por ejemplo, para guardar los ganados de bueyes u ovejas y de las casas y otros para los que nos servimos de bueyes, como para la agricultura; para otros, en fin, echamos mano de bestias o animales de cargas.³⁴ Por modo semejante se dice también, que se nos han dado las especies de leones, osos, leopardos y jabalíes, para ejercitar los gérmenes de valor que hay en nosotros (cf. IV 75).

79. En los orígenes del mundo

Luego se dirige contra la casta de hombres que se dan cuenta de su propia superioridad por la que sobrepasan a los irracionales: “A lo que vosotros decís que Dios os haya dado capacidad para cazar a las fieras y aprovecharos de ellas, os diremos que, probablemente, antes de existir ciudades y artes y sociedades como las actuales, armas y redes, los hombres eran arrebatados y comidos por las fieras, pero hubo de ser rarísimo que las fieras fueran cazadas por los hombres”. Sobre esto es de ver que, si es cierto que los hombres cazan a las fieras y las fieras arrebatan a los hombres, hay mucha diferencia entre los que, por su inteligencia, superan a las que solo sobresalen por su ferocidad y crueldad y dominan los que no se valen de su inteligencia para no sufrir nada de parte de las fieras. En cuanto a eso de “antes de haber ciudades y artes y sociedades como las actuales”, me

34 Desenvolvimientos estoicos; cf. Cie., *De nat. deor.* II 60,150,2, o la *Introducción al Símbolo de la fe* del P. Granada.

parece que es cosa de quien ha olvidado lo que antes dijera sobre que “el mundo es increado e incorruptible y que solo en la tierra se dan los cataclismos y conflagraciones y que ni siquiera vienen sobre toda la tierra a la vez tales catástrofes” (cf. I IV 41). Así, pues, como los que suponen un mundo increado no pueden señalar su comienzo, así tampoco un tiempo en que no había ciudades ni se habían inventado por ninguna parte las artes. Pero demos que le concedamos eso, que está en consonancia con nuestra doctrina, aunque no con la de él ni con lo que arriba dijo: ¿qué tendrá que ver esto para probar que en los comienzos los hombres eran arrebatados y comidos por las fieras, pero las fieras no eran cazadas por los hombres? Porque si el mundo fue hecho por designio de la providencia y Dios preside al universo, es forzoso que las chispas del género humano (PLAT., Leg. 677b) estuvieran a los comienzos bajo cierta custodia de seres superiores, de suerte que, al principio, hubo estrecho comercio de la naturaleza divina con los hombres. Así lo comprendió el poeta de Ascra cuando dijo:

“Comunes los banquetes, los asientos
unos fueron entonces a los dioses inmortales
y a los hombres a muerte condenados”.

(HES., fragm.82 (216), ed. Rzach.)

80. Los primeros hombres según la Biblia

La misma palabra divina, de que es autor Moisés, nos presenta a los primeros hombres que oyen la voz y oráculos divinos y ven a veces a ángeles de Dios que venían a visitarlos. Y es verosímil que, al principio del mundo, gozara la naturaleza humana de mayor ayuda, hasta que, avanzando en inteligencia y demás virtudes e inventadas las artes, pudieran vivir por sí mismos, sin necesidad de la tutela y gobierno de quienes, con sus apariciones maravillosas, servían a la voluntad de Dios. Se sigue de ahí como mentira que, a los comienzos, fueran los hombres arrebatados y comidos por las fieras, pero que rarísima vez se daría el caso de que las fieras fueran cazadas por los hombres. Y por aquí se ve también claro como mentira lo que dice igualmente Celso: “De suerte que, en este aspecto, Dios sometió más bien los hombres a las fieras”. No, Dios no sometió los hombres a las fieras, sino que las hizo capturables por su inteligencia y por las trampas contra ellas, obra de la inteligencia. Y es así que, no sin asistencia divina, inventaron los hombres modos de salvarse de las fieras y lograr dominio sobre ellas.

81. La vida social de algunos animales

Pero este ilustre señor no se percata de que destruye, en cuanto de él depende, doctrinas provechosas de muchos filósofos que admiten la providencia y sientan que todo lo hace por razón de los seres racionales, juntamente con la armonía que en este punto tienen con ellas los cristianos; ni ve tampoco qué gran daño y obstáculo resulta para la piedad admitir la tesis de que, para Dios, no hay diferencia alguna entre hormigas, abejas y hombres. De ahí que diga: “Mas si parece que los hombres se distinguen de los animales porque edificaron ciudades y establecen una constitución política, autoridades y mando supremo, eso no prueba nada, pues lo mismo hacen las hormigas y abejas. Así, las abejas tienen una reina, con su séquito y servidumbre y entre ellas hay guerras y victorias y se mata a los vencidos; hay ciudades y hasta suburbios o arrabales y relevo en el trabajo y procesos contra los holgazanes y malos; por lo menos expulsan y castigan a los zánganos”. Tampoco aquí vio Celso la diferencia que va de lo que se ejecuta por razón y cálculo y lo que procede de la naturaleza irracional y de la mera habilidad del instinto. La causa de esas obras no es una razón inherente a los que las hacen, puesto que no tienen razón alguna, sino que el eterno Hijo de Dios y rey de cuanto existe, creó una naturaleza irracional o instinto para ayuda, irracional, de los seres que no han sido dotados de razón.

Ahora bien, ciudades solo han existido entre los hombres con sus muchas artes y ordenaciones legales; en cuanto a constituciones políticas, autoridades y mandos supremos, o son las que así se llaman propiamente, ciertas disposiciones y operaciones virtuosas, o las que, abusivamente, se denominan así por imitar, en lo posible, aquéllas; a ellas, efectivamente, miraron los excelentes legisladores al establecer las mejores constituciones políticas, autoridades y mandos supremos. Nada semejante cabe hallar entre los irracionales, por más que Celso traslade a hormigas y abejas nombres que indican razón y puestos a cosas racionales, como son los de ciudad, constituciones políticas, autoridades y mandos supremos. Por todo lo cual, no hay para qué alabar a las hormigas o abejas, pues no obran por razón; de admirar es, en cambio, la naturaleza divina que extiende a los irracionales una como imitación de lo racional. Acaso para confundir a los racionales, que, al contemplar las hormigas, se volverán más trabajadores y más dados a almacenar lo que pueda serles de provecho; y al considerar las abejas, obedecerán al que manda y dividirán el trabajo útil a la constitución política para salud de las ciudades.

82. Prosigue el tema de las abejas

Tal vez, también, esa especie de guerras que se dan entre las abejas, sea una lección de cómo deban hacerse las guerras justas y ordenadas, si alguna vez han de hacerse entre los hombres. En cuanto a ciudades y arrabales, no existen entre las abejas, sino colmenas y sus celdas hexagonales y el relevo en el trabajo, todo por razón de los hombres que emplean la miel para muchas cosas: para curación de cuerpos enfermos y para alimento puro. Tampoco debe compararse lo que las abejas hacen contra los zánganos, con los juicios contra holgazanes y malvados en las ciudades, ni con los castigos que se les imponen; como antes dije (IV 81), debemos más bien admirar en estas cosas a la naturaleza y también al hombre, que es capaz de reflexionar sobre todo y ordenarlo todo, como auxiliar de la providencia; y no solo lleva a cabo las obras de la providencia de Dios, sino también las de su propia providencia.

83. La hormiga compasiva

Ya que ha hablado Celso de las abejas, con el fin de vilipendiar no solo entre cristianos, sino entre todos los hombres, las ciudades y constituciones políticas, las autoridades y mandos supremos y las guerras hechas por la patria, añada ahora el elogio de las hormigas. Su intento con este elogio es rebajar el cuidado del hombre por su comida y, con su razonamiento sobre las hormigas, desacreditar la previsión del invierno,³⁵ por no tener nada que supere la previsión irracional de las hormigas en lo que él se imagina verla. Dice Celso sobre las hormigas que, “cuando ven una compañera cansada, se quitan unas a otras la carga”. Ahora bien, ¿no pudiera con esto desviar, por lo menos en cuanto de él depende, a algún hombre sencillo, de los que no son capaces de penetrar la naturaleza de todas las cosas, de los que van agobiados por la carga y de tomar parte de sus fatigas? Alguno, en efecto, que necesite la instrucción de la palabra divina y que no la entiende en absoluto, podrá decir: “Si, pues, en nada nos distinguimos de las hormigas, ni siquiera cuando ayudamos a los cansados de llevar pesos muy graves, ¿para qué hacemos en vano cosa semejante? Las hormigas, desde luego, como irracionales que son, no corren peligro de que se ensoberbezcan por comparar sus obras con las de los hombres; los hombres, empero, que, por su razón, son capaces de oír

³⁵ “Y paso por alto los graneros de las hormigas y sus administradores, con depósito de víveres suficientes para el tiempo, y todo lo demás que conocemos por haberse investigado acerca de sus caminos y guías y de su disciplina en el trabajo”, dice Gregorio de Nacianzo, discípulo de Orígenes, en su *Orat. theol.*, II 25 (ed. Jos. Barbel [1953] p. 111ss). Ahí canta otras maravillas del instinto animal, y es notable que pone las obras de los irracionales por encima de las del arte o industria humana, con lo que se acercaría (según la letra) más a Celso que a Orígenes.

de qué manera se vilipendia su amor a los demás, sí que pueden recibir de suyo daño de Celso y de sus palabras. Y es que no vio, en su afán de apartar del cristianismo a los que leyeran su libro, que aparta también a los no cristianos de la compasión para los que gimen bajo las más graves cargas. Su deber era, empero, si era filósofo, que sintiera el amor a sus semejantes, no destruir, a la par del cristianismo, las doctrinas provechosas a los hombres, sino favorecer, en lo posible, aquellas bellas cosas que el cristianismo comparte con el resto de los hombres.

Y en cuanto a que las hormigas atacan a los gérmenes de los frutos que recogen para que no germinen, sino que les duren para comer todo el año, el hecho no ha de atribuirse a una razón que se diera en ellas, sino a la naturaleza, madre universal (Clem. Alex., *Paid.* II 85,3), que de tal manera adornó a los irracionales, que no dejó ni al más pequeño sin alguna huella de la razón natural. A no ser que Celso (que gusta de platonizar en muchos puntos) nos quiera dar, solapadamente, a entender que toda alma es de la misma forma (Plat., *Tim.* 60cd; cf. *supra* IV 52) y que el alma del hombre no difiere en nada de la de hormigas y abejas; teoría de quien hace bajar el alma de la bóveda del cielo para entrar no solo en un cuerpo humano, sino en cualquier otro cuerpo (Plat., *Phaidr.* 246b-247b). Los cristianos no aceptarán nada de eso, pues de antemano han comprendido que el alma humana fue creada a imagen de Dios y ven que es imposible que la naturaleza, creada a imagen de Dios, pierda desde todo punto la marca que lleva y tome otra, no sabemos a imagen de qué animales irracionales.

84. Las hormigas, ¿seres racionales?

Dice además que “a las hormigas muertas les destinan las vivas un lugar aparte y este se constituye para ellas en sepulcro familiar”. A lo cual hay que decir que, cuanto más alto elogio haga de los animales irracionales, tanto más exalta (aun sin quererlo) la obra del Verbo, que lo ordena todo. Y no menos muestra la industria del hombre, que sabe vencer por su razón hasta las ventajas de los animales irracionales. Pero ¿para qué hablar de irracionales, cuando a Celso no le parecen ser siquiera irracionales los que, según las nociones comunes a todos, así se llaman? Por lo menos no opina que las hormigas sean irracionales, ese que nos anunció que iba a hablarnos de toda la naturaleza (IV 73) y alardea de la verdad en el título mismo de su libro. Dice, en efecto, de las hormigas, como si tuvieran diálogos entre sí, lo siguiente: “Además, cuando se encuentran unas con otras, traban conversación entre sí, por lo que no yerran los caminos. De donde se sigue que poseen una

razón perfecta y nociones comunes de ciertas cosas universales y voz para expresar lo que les pasa”. El conversar uno con otro se hace por medio de la voz, que expresa algún pensamiento y muchas veces cuenta lo que se llaman casos fortuitos; ahora, atribuir cosa igual a las hormigas, ¿no será el colmo de lo ridículo?

85. Hombres y hormigas, mirados desde el cielo

Y, para que lo indecoroso de sus doctrinas quede también patente a los por venir, no tiene pudor de añadir a todo eso lo que sigue: “Ea, pues, si uno mirara desde el cielo a la tierra, ¿en qué le parecería diferente lo que hacemos nosotros y lo que hacen hormigas y abejas?”. El que, en esta hipótesis, mirara del cielo a la tierra contemplando las obras de los hombres y lo que hacen las hormigas, ¿no es así que verá los cuerpos de hombres y hormigas, pero no tendrá en cuenta la mente racional, que se mueve por el discurso, de un lado y la mente irracional, de otro, movida solo, irracionalmente, por impulso e imaginación, acompañada de cierta natural habilidad efectiva? Pero es absurdo que quien mirara lo que se hace en la tierra quisiera contemplar desde pareja distancia los cuerpos de hombres y hormigas y no le interesara mucho más ver las distintas naturalezas de las mentes y discernir si la fuente de los impulsos es racional o irracional. Porque una vez vista esa fuente de todos los impulsos, se le aparecería evidente la diferencia y excelencia del hombre, no solo sobre las hormigas, sino sobre los mismos elefantes. Efectivamente, por muy grandes que sean sus cuerpos, no vería otro principio sino (digámoslo así) el de la irracionalidad; en los racionales, en cambio, vería la razón, que es común al nombre con los seres celestes y divinos y acaso con el mismo Dios supremo, a cuya imagen se dice haber sido creado (Gn 1,26s), pues la imagen del Dios supremo es el Logos o razón (Col 1,15; 2 Co 4,4).

86. Los animales, también “magos”

Luego, como si estuviera empeñado en una especie de lucha por rebajar al género humano y ponerlo al nivel de los irracionales, no quiere omitir nada de lo que se cuenta de los animales y muestre su superioridad y así dice que también la magia se da en algunos de ellos, para que tampoco se gloríe en eso particularmente el hombre, ni presuma de su excelencia sobre los irracionales. He aquí sus palabras: “Y si algún orgullo sienten los hombres por la magia, cierto es que también

en esto son más sabias las serpientes y águilas. Por lo menos conocen muchos remedios y medicinas y en particular las virtudes de ciertas piedras para salud de sus crías. Cosas que, cuando los hombres dan con ellas, se imaginan poseer un tesoro”. Primeramente, yo no sé por qué razón llamó Celso magia, la experiencia o conocimiento natural que los animales tengan de ciertos remedios, cuando el nombre de magia suele aplicarse a cosa distinta. Si no es que, por lo visto, como buen epicúreo, intenta solapadamente desacreditar toda práctica mágica, como cosa que estriba solo en la charlatanería de los hechiceros. Demos, sin embargo, de barato que los hombres, sean hechiceros o no, se enorgullecen mucho de esta ciencia; ¿cómo decir ya, sin más, que las serpientes saben más que los hombres por el hecho de que se valgan del hinojo para la agudeza de la vista y la celeridad del movimiento, siendo así que ese remedio físico solo lo alcanzan por instinto y no por raciocinio? Los hombres, en cambio, no llegan a eso mismo por puro instinto natural, a la manera de las serpientes, sino, parte por experiencia, parte por razón y, a veces, por raciocinio y ciencia. Lo mismo se diga sobre que las águilas hayan encontrado la piedra llamada de su nombre, que llevan al nido para salud de sus crías.³⁶ ¿Cómo concluir de ahí que son las águilas más sabias que los hombres, que, por su razón e inteligencia, fundándose en la experiencia, han hallado el mismo remedio que a las águilas les fue dado por la naturaleza?

87. Las cuatro cosas mínimas

Pero aceptemos que los animales conocen, además, otros remedios; ¿qué tendrá que ver esto con la tesis de que no sea el instinto natural, sino la razón la que encontró en ellos tales remedios? De haber sido la razón la inventora, no se daría solo ese, aisladamente, en las serpientes, o, si se quiere, un segundo y hasta un tercero y otro en las águilas y así sucesivamente en los otros animales, sino que se darían tantos como en los hombres. Pero lo cierto es que, del hecho de que los remedios se inclinan aisladamente a la naturaleza de cada animal, se sigue patentemente no haber en ellos sabiduría ni razón, sino cierto instinto o disposición natural, creada por el Logos, para tales remedios con miras a salvar su vida. Sin embargo, si quisiera atacar en esto de frente a Celso, me valdría de una sentencia de Salomón, tomada de los Proverbios, que dice así: *Cuatro cosas hay*

36 Piedra del águila o etites, que se creía llevaban las águilas al nido para facilitar a la hembra la puesta de los huevos; cf. Plinio, *Nat. Hist.* X 12; XXXVI 149-151; Aelian., *N. H.* I 35; Philostr. *Vita Apoll.* II 14; Aetius Amidenus, II 32 (*Corp. med.* gr. VIH 1 11935] p. 166) (referencia de Chadwick u h.l.).

mínimas sobre la tierra, pero que son más sabias que los sabios: las hormigas, que no tienen fuerza y, sin embargo, preparan su sustento en el verano; los damanes, casta inválida, pero que tienen sus refugios en las rocas; la langosta, que no tiene rey, pero marcha, como a una orden, en escuadrón cerrado; y el lagarto, que se apoya en las manos, es fácilmente asible, pero habita en los palacios de los reyes (Pr 30,24s). Pero no me valgo de este texto por tenerlo por claro, sino que, de acuerdo con el título del libro, que es Proverbios, lo investigo como enigmático. Y es así, que estos hombres tienen por costumbre dividir en muchas especies las sentencias, que dicen una cosa a primera vista y otra enuncian en su sentido secreto; y una de esas especies son los proverbios. Así se explica que se escriba que fue dicho por nuestro Salvador: *Todo esto os lo he dicho en proverbios; pero viene la hora en que ya no os hablaré en proverbios* (Jn 16,25). No son, pues, estas hormigas literales, más sabias que los mismos sabios, sino las significadas por la forma proverbial. Y lo mismo hay que decir de los otros animales. Pero Celso tiene los libros de judíos y cristianos por la cosa más simple y vulgar y opina que quienes los entienden alegóricamente no hacen sino violentar la mente de los autores (I 17; IV 38.51). Queden, pues, refutadas también así sus vanas calumnias; refutado también en lo que dice y afirma de serpientes y águilas como más sabias que los hombres.

88. ¿Conocen a Dios los animales?

Luego quiere sostener también, largamente, que las nociones sobre lo divino no son superiores en el género humano a las que se dan en todos los seres mortales; según él, algunos animales irracionales tienen ideas acerca de Dios, sobre el que tantas diferencias de sentir reinan entre los más inteligentes de todo el mundo, lo mismo griegos que bárbaros. He aquí sus palabras: “Mas si porque el hombre tiene ideas divinas se cree superior a los restantes animales, sepan los que eso afirman, que lo mismo pretenderán muchos de los otros animales. Y con mucha razón. ¿Qué puede, en efecto, tenerse por más divino que prever y predecir lo por venir? (cf. VI 10). Ahora bien, eso lo aprenden los hombres de los animales, señaladamente de las aves y los que entienden las señales de ellos son los adivinos. Si, pues, las aves y demás animales que tienen de Dios cualidades proféticas, nos avisan por medio de signos, verosímil es que estén naturalmente tanto más próximos al trato de Dios y sean más sabios y más queridos de Dios. Y hombres discretos dicen que tienen los animales sus conversaciones, más sagradas, claro está, que las nuestras y que ellos conocen lo

que dicen y de hecho demuestran que lo conocen, pues predicen que las aves se marcharán acá o allá y que harán esto o lo otro y muestran luego que allá marcharon e hicieron lo que ellos predijeron. En cuanto a los elefantes, nada parece haber más veraz en el juramento que ellos, ni más fiel a lo divino”. Véase aquí cómo amontona y da por averiguadas cosas que se discuten entre los filósofos, no solo griegos, sino también bárbaros, que descubrieron por sí mismos o aprendieron de ciertos demonios lo que atañe a pájaros y otros animales, de los que se dice derivarse algún género de adivinación a los hombres. Porque se discute, primeramente, si se da o no se da arte alguno de adivinación y, en general, adivinación alguna por medio de animales; y, en segundo lugar, los mismos que admiten la adivinación por medio de las aves no están de acuerdo sobre la causa de esta forma de adivinación. De ellos dicen unos que los movimientos de los animales proceden de ciertos demonios o dioses mánticos; en las aves, para vuelos y voces distintas; en los otros animales, para moverse en una u otra dirección; otros afirman que las almas de los animales son especialmente divinas y aptas para esta función; opinión esta última absolutamente improbable.

89. Que aprenda Celso de las aves

Así, pues, si por lo antedicho quería Celso probar que los animales son más divinos y sabios que los hombres, deber suyo era demostrar largamente que la tal adivinación se da absolutamente y presentarnos con toda evidencia su defensa; debiera, luego, haber refutado con buenos argumentos, las razones de los que niegan semejantes adivinaciones y con buenos argumentos, también, repeler las razones de los que dicen ser demonios o dioses, quienes imprimen sus movimientos a los animales para la adivinación; y probar, en fin, después de todo esto, que el alma de los animales es más divina. De haber así mostrado postura de filósofo, ante cuestiones de tamaña importancia, nosotros, según nuestras fuerzas, hubiéramos contestado a sus argumentos, refutando su tesis de que los animales irracionales son más sabios que el hombre, haciendo ver la falsedad de que tengan nociones de Dios más sagradas que las nuestras y no sabemos qué santas conversaciones entre sí. Pero la verdad es que quien nos echa en cara que creamos al Dios supremo, pretende hacernos tragar que las almas de las aves tienen acerca de Dios más divinas y claras nociones que los hombres. De ser ello cierto, las aves tienen nociones de Dios más claras que Celso. Lo que no fuera de maravillar, tratándose de un Celso que tanto empeño pone en vilipendiar al hombre. Y es así que,

en sentir de Celso, las aves tienen ideas más altas y divinas, no dirá ya que cristianos y judíos, que nos valemos de las mismas Escrituras, sino más altas y divinas también que cuantos entre los griegos hablaron de Dios, que eran, al cabo, hombres. Así, pues, según Celso, la especie de las aves adivinatorias comprendió la naturaleza de lo divino mejor que un Ferecides, un Pitágoras, un Sócrates y Platón. La verdad es que tendríamos que frecuentar la escuela de las aves, que, como nos enseñan, en opinión de Celso, de manera mágica lo por venir, así librarán a los hombres de toda duda acerca de la divinidad, con solo que nos transmitan la idea clara que tienen ellas de la misma. Lo lógico fuera en todo caso que Celso, para quien las aves son superiores a los hombres, las tomara por maestras y se dejara de cuantos en Grecia se dieron jamás a la filosofía.

90. El hombre caza a las águilas

Aleguemos, de entre muchas posibles, solo unas cuantas razones que demuestren la falsedad de esta opinión, ingratitud que supone en el hombre contra el que lo hizo; pues también Celso es hombre y, como tal, estando en honor, no lo entendió (Sal 48,13); por eso no solo fue comparado con las aves y otros animales irracionales que tiene Celso por adivinatorios, sino que les concedió la preferencia en grado mayor que los egipcios, que adoran como dioses a animales irracionales; y a sí mismo y, en cuanto de él dependió, a todo el género humano lo puso por debajo de ellos, dado caso que el género humano tiene acerca de Dios ideas peores o inferiores a las que tienen los irracionales.

Hay que averiguar, pues, primeramente, si existe o no absolutamente la adivinación por las aves y demás animales que se supone son mánticos, pues el argumento que se aduce por una y otra parte no es despreciable. De un lado, hay una razón que disuade admitir tal cosa, pues el ser racional, abandonando los oráculos divinos, se valdrá de las aves en lugar de ellos; pero hay, de otro lado, otra razón que, fundándose en el hecho atestiguado por muchos, demuestra que, por su fe en la adivinación por las aves, muchos se libraron de los mayores peligros. Pero demos, de momento, de barato, que puedan existir los auspicios o adivinación por las aves, para demostrar a los prevenidos que, aun en ese supuesto, el hombre es muy superior a los animales irracionales, aun los mánticos y por ningún concepto puede ser comparado con ellos. Digamos, pues, que, de haber en ellos alguna virtud divina por la que conocieran de antemano lo por venir y virtud tan rica que de su abundancia se derivara para quien quisiera el conocer lo futuro, es evidente que mucho antes

conocerían lo que les toca a ellos mismos; y, conociendo lo que a ellos toca, no volarían por los parajes en que los hombres han puesto lazos y redes para cogerlos, o los arqueros hacen de ellos, en pleno vuelo, blanco para sus flechas (cf. Ioseph., *Contra Ap.* I 22,201-204). Y si las águilas conocieran absolutamente de antemano las asechanzas contra sus crías, ya por parte de serpientes que suben hasta el nido para matarlas, o de ciertos hombres que se las llevaban para su recreo, o para cualquier otra utilidad o cuidado, no harían los nidos donde tales asechanzas se pudieran dar. Y, en general, ninguno de estos animales podría ser cazado por los hombres si fuera más divino y más sabio que los hombres.

91. Homero por testigo

Además, si los pájaros luchan contra los pájaros y, como dice Celso, las aves mánticas y otros animales sin razón tienen naturaleza divina, ideas acerca de la Divinidad y conocimiento de lo por venir que revelan de antemano a otros, el gorrión de que habla Homero no hubiera hecho el nido donde la serpiente se lo comería a él y a sus polluelos, ni la serpiente del mismo poeta hubiera dejado de guardarse para que no la cogiera el águila. Del primero dice así el admirable poeta:³⁷

“Y entonces aparece un gran prodigio: un terrible dragón de rojo lomo, que el Olímpico mismo a luz echara, de debajo del altar salió de un salto y de otro sobre el plátano se subió. Allí sobre la rama más cimera, había un nido de tiernos pajarillos, entre las hojas bien agazapados, ocho y la madre nueve, que los cría. Entonces el dragón se los devora, mientras lanzan chillidos lastimeros. La madre en derredor revolotea, a sus dulces hijuelos lamentando; pero a ella también, en raudo giro, del ala la prendió mientras chirriaba. Pero una vez que devorado había pajarillos y madre, el dios que lo mostró, lo hizo invisible, pues en piedra lo dejó convertido, de Crono el hijo, de torcida mente. Allí, de pie nosotros, asombrados, el prodigio admirábamos: ¡qué terribles portentos perturbaran de los dioses las sacras hecatombes! (*Ilíada* 2,208-221; cf. Cic., *De divin.* II 30,63-64).

Y de la segunda:

“(Vacilantes se encontraban al borde de la fosa) pues en pleno ardimiento por saltarla, un agüero les vino: águila de alto vuelo, que la hueste dejando hacia la izquierda, una sierpe llevaba

³⁷ Homero, admirable por su poesía. Aunque se trate de una nota, casi formularia, en el coro de loas al divino poeta o “al más divino de los poetas” (Plat., *Ion.* 350b), nos place hallarla en Orígenes, hombre tan austero y que sabía que había sido expulsado el admirable poeta de la república platónica.

entre las uñas, dragón rojizo, enorme, vivo aún y palpitante, que la lucha no había aún olvidado; pues, combado hacia atrás, en pleno pecho, al águila picó que le llevaba, junto al cuello y el águila, transida de dolores, en medio lo soltó de los troyanos, mientras ella, chirriando, en las alas volaba de los vientos. Los troyanos de horror se estremecieron cuando vieron la sierpe retorcida, allí en medio de todos: ¡un prodigio del portaégida Zeus!” (*Ilíada* 12,200ss; cf. Plat., *Ion*. 539 b-d; Cic., o.c., I 47,106).

¿O habrá que decir que el águila era adivina, no así la serpiente, cuando también de este animal se valen los adivinos? Y, pues la distinción es fácilmente refutable, ¿no lo será también afirmar que los dos sean adivinos? De haberlo sido la serpiente, ¿no se hubiera guardado de sufrir lo que sufrió de parte del águila? Y así, por el estilo, pudieran hallarse otros mil ejemplos, que demuestren que los animales no tienen en sí un alma mántica, sino que, según el poeta y la mayoría de los hombres, “el Olímpico mismo le echó a luz” (*Ilíada*, 2,309) y, para cierta señal, también Apolo se vale del gavilán como mensajero, pues del gavilán se dice ser “mensajero veloz del dios Apolo” (*Odyssea* 15,526).

92. La adivinación, obra demónica

Pero, según nuestra explicación, hay ciertos démones malos, de raza, por decirlo así, titánica o gigantesca, que fueron impíos con la verdadera divinidad y los ángeles del cielo, cayeron de él y se revuelcan ahora sobre la tierra entre los cuerpos más gruesos e impuros. Tienen algún conocimiento del futuro, pues están desnudos de los cuerpos terrenos y a esa obra se entregan con la intención de apartar del Dios verdadero al género humano; para ello, entran en los más rapaces y feroces de entre los animales y también en otros más astutos y los mueven a lo que quieren y a donde quieren; o bien, impulsan la fantasía de ellos a tales vuelos o movimientos. El fin que en ello persiguen, es que los hombres, cautivos por la virtud mántica que pueda darse en los animales irracionales, dejen de buscar al Dios que lo abarca todo y no traten de inquirir la religión pura, sino que caigan con su razón a la tierra, a las aves y serpientes y hasta a zorras y lobos. Y por cierto, que expertos en esta materia han observado que los más seguros pronósticos se dan por tales animales, como quiera que los démones no pueden obrar tanto en los animales mansos como en estos, que se les asemejan por la maldad, aunque no sea verdadera maldad, sino algo parecido a maldad lo que se da en esos animales.

93. Animales puros e impuros

De ahí es que, entre las otras cosas por las que admiro a Moisés, afirmo que es digno de admiración, por haber distinguido las distintas naturalezas de los animales, ya fuera que aprendiera de la divinidad lo que a ellos atañía, no menos que a los demonios afines a cada animal, o que, avanzando en sabiduría, lo descubriera por sí mismo. El hecho es que, en su ordenación acerca de los animales (Lv 11), decretó que fueran impuros todos los que, entre los egipcios y el resto de los hombres, son considerados como mánticos; y los demás, por lo general, puros. Así, en Moisés, se cuentan entre los impuros el lobo, la zorra, la serpiente, el águila, el gavilán y sus semejantes; y, por lo general, no solo en la ley, sino también en los profetas, es de ver cómo estos animales se toman como ejemplo de las peores cosas y nunca se mencionan para bien ni el lobo ni la zorra. Parece, pues, que cada especie de demonios tiene peculiar afinidad con cada especie de animales,³⁸ y, como entre los hombres hay algunos más robustos que otros, sin que esto tenga en absoluto que ver con su carácter, así habría también unos demonios más fuertes que otros en cosas indiferentes; unos se valdrían de una especie de animales para engañar a los hombres, según la voluntad del que es llamado en nuestras Escrituras *príncipe de este mundo* (Jn 12,13; 14,30; 16,11; 2 Co 4,4); otros revelarían lo por venir por otra especie. Y es de ver hasta dónde llega la abominación de los demonios, pues algunos de ellos toman la comadreja para anunciar el futuro. Y juzgue cada uno por sí mismo qué será mejor admitir: que el Dios supremo y su hijo mueven las aves y demás animales para la adivinación, o que quienes mueven a tales animales y no a los hombres, aunque haya hombres presentes, son demonios malvados y, como los llaman nuestras sagradas Letras, impuros (cf. Mt 10,1; 12,43 *et alibi*).

94. El estornudo, ¿signo divino?

Pero, si el alma de las aves es divina porque por ellas se anuncia lo por venir, ¿no diremos que, donde se reciben predicciones por los hombres, hay más razón de ser divina el alma de aquellos por quienes tales augurios se oyen? Divina, pues, fue, según esto, la esclava que en Homero muele el trigo, pues dijo sobre los pretendientes:

“¡Así la última vez, la vez postrera

38 También Platón opina (*Politicus* 271de) que diferentes demonios se destinan a distintos animales.

en que aquí banqueteen, esta fuese!”

(*Odyssea* 4,685; cf. 20,105ss.)

Aquella fue divina; ¿y no fue divino Ulises, el gran Ulises, amigo de la Atena homérica, sino que solo se alegró de comprender los augurios que le venían de la divina molinera, como dice el poeta:

“Del augurio se alegró el noble Ulises”?

(*Odyssea* 20,120; cf. 18,117.)

Y ahora veamos. Si las aves tienen alma divina y perciben a Dios o, como dice Celso, a los dioses, es evidente que también nosotros, los hombres, cuando estornudamos, lo hacemos por alguna especie de divinidad y virtud mántica que hay en nuestra alma.³⁹ Eso efectivamente atestiguan muchos; por lo que dice también el poeta:

“Mas él estornudó cuando ella oraba”.

Y Penélope:

“¿No estás viendo
que mi hijo ha estornudado a las palabras?”

(*Odyssea* 17,541.545.)

95. Dios predice lo futuro por sus profetas

Pero la verdadera divinidad no se vale para anunciar el futuro, ni de animales sin razón ni siquiera de hombres cualesquiera, sino de las almas humanas más sagradas y puras, a las que inspira y hace profetas. Por eso, si hay algo admirablemente dicho en la ley de Moisés, por tal ha de tenerse este precepto: *No usaréis de agüeros ni ejerceréis la magia* (Lv 19,26). Y en otra parte: *Porque las naciones que el Señor, Dios tuyo, destruirá de ante tu presencia, irán a oír augurios y oráculos; mas el Señor, Dios tuyo, no te ha permitido a ti eso* (Dt 18,14). Y seguidamente añade: *El Señor Dios tuyo te suscitará un profeta de entre tus hermanos* (ibid., 15). Y hasta hubo una

39 Sobre el estornudo como augurio, cf. Cic., *De divin.* II 40,8. Cualquier lector de la *Anabasis* recuerda que, cuando Jenofonte dirige la palabra al ejército vencedor y traicionado, “un soldado estornuda y, oyéndole los otros, todos, como un solo hombre, adoraron a Dios (es decir, a Zeus Soler). Y Jenofonte dijo: “Me parece, soldados, que, dado caso que nos ha aparecido este augurio de Zeus salvador en momento en que hablábamos de salvación, me parece, digo, hacer voto de sacrificar a este dios sacrificios de salvación apenas lleguemos a región amiga...” (cf. también Aristóteles., *Aves* 720). El estornudo era tenido por buen presagio. !Y tan malo como nos sabe a nosotros!

ocasión en que, queriendo Dios apartar de los augurios por medio de un agorero, hizo que el espíritu dijera por boca del agorero: *Porque no hay augurios en Jacob, ni adivinación en Israel. A su tiempo se le dirá a Jacob e Israel lo que hará el Señor* (Nm 23,23: Balaán). Todo esto y cosas semejantes las conocemos muy bien nosotros y por eso queremos guardar el precepto que se dijo místicamente: *Guarda con todo cuidado tu corazón* (Pr 4,23), para que no penetre en nuestra mente nada demoníaco, ni un espíritu hostil lleve nuestra imaginación a donde le plazca. Oramos, en cambio, para que brille en nuestros corazones *la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios* (2 Co 4,6), por morar en nuestra imaginación el espíritu de Dios que nos pone ante los ojos las cosas de Dios; *porque los que se guían por el espíritu de Dios, esos son hijos de Dios* (Rm 8,14).

96. La previsión del futuro no es de suyo divina

Por lo demás, es de saber que prever el futuro no es necesariamente cosa divina (cf. III 25; VI 10); de suyo es indiferente y puede darse en buenos y malos. Así los médicos, por su arte médica, prevén ciertas cosas, aunque moralmente sean malos. Así también los pilotos, aun suponiendo que sean malvados, conocen de antemano, por cierta experiencia y observación, cambios en el tiempo, la violencia de los vientos y las variaciones de la atmósfera; pero no por esto los llamará nadie hombres divinos, si se da el caso de que sean de malas costumbres. Es, por ende, falso lo que dice Celso: “¿Qué cosa pudiera nadie calificar de más divina que prever y anunciar de antemano el futuro?” Falso también que “muchos animales pretendan tener nociones de Dios”, pues ningún animal irracional tiene idea alguna de Dios. Falso, en fin, que “los animales sin razón estén más próximos del trato divino”, cuando los hombres mismos, si son aún malos, por más que suban a la cima de lo humano, están lejos del trato divino. Solo, por lo tanto, están cerca del trato de Dios los que son genuinamente sabios y sinceramente piadosos, como nuestros profetas y señaladamente Moisés, de quien, por su extraordinaria pureza, da la palabra divina este testimonio: *Solo Moisés se acercará a Dios, pero los demás no se acercarán* (Ex 24,2).

97. Un franciscanismo extremo

¡Y cuánta impiedad no hay en el dicho de ese hombre que nos acusa a nosotros de impiedad (II 20), sobre que los animales sin razón son no solo más sabios que la naturaleza humana, sino también más queridos por Dios! ¿Y quién no se horrorizaría de un hombre que afirma que son más

caros a Dios una zorra o un lobo, un águila y un gavilán, que la propia naturaleza humana? Sería lógico decirle a ese tal que, si estos animales son más queridos por Dios que los hombres, es evidente que son más queridos que Sócrates, Platón, Pitágoras y Ferecides y todos los otros teólogos que poco antes exaltara; y habría motivo para desearle que, puesto que estos animales son más queridos por Dios que los hombres, con ellos seas querido por Dios y te asemejes a los que, según tú mismo, son más queridos por Dios. Y no se imagine que este deseo es una maldición. Porque ¿quién no haría votos para asemejarse de todo en todo a los que cree son más amados por Dios, para ser también él, como ellos, querido especialmente por Dios?

En cuanto a las conversaciones de los animales irracionales, que Celso afirma son más sagradas que las nuestras, atribuye la patraña no a gentes cualesquiera, sino a los inteligentes. Ahora bien, inteligentes de verdad solo son los virtuosos, pues ningún malo es inteligente. Dice, pues, así: “Dicen los hombres inteligentes que tienen (los animales) conversaciones más sagradas, desde luego, que las nuestras y esos hombres inteligentes entienden de algún modo lo que dicen y de hecho prueban que no lo ignoran. Habiendo, en efecto, dicho de antemano que los animales habían tratado en sus charlas de marchar a una parte y hacer esto o lo otro, muestran haber ido allá y haber hecho lo que ellos de antemano dijeron. “Pero la verdad es que ningún hombre inteligente contó semejantes patrañas, ni sabio alguno afirmó que las conversaciones de los animales sean más sagradas que las de los hombres. Y si, para aquilatar la tesis de Celso, miramos las consecuencias, diremos que las conversaciones de los animales son más sagradas que las de los graves filósofos que fueron Ferecides, Pitágoras, Sócrates y Platón y cualesquiera otros, lo que es a todas luces indecoroso y el colmo del absurdo. Y aun dado que creamos que haya quienes por la confusa vocería de las aves conozca que van a ir a alguna parte y hacer esto o lo otro y de antemano lo anuncien, diremos que también esto lo revelan por símbolos o figuras los demonios a los hombres, con el fin de engañarlos y que abatan o rebajen su espíritu del cielo y de Dios a la tierra y más abajo de la tierra.

98. Elefantes, cigüeñas y ave Fénix

Yo no sé de dónde habrá sacado Celso eso del juramento de los elefantes, de que sean más fieles que nosotros para con la divinidad y de que tengan conocimiento de Dios. Yo sé, efectivamente, que de este animal y su mansedumbre se cuentan muchas cosas maravillosas, pero no tengo

idea de que nadie haya dicho nada sobre sus juramentos. A no ser que llamara Celso fidelidad a los juramentos la mansedumbre de este animal y cómo guarda, una vez hecho, su especie de contrato con los hombres. Pero ni aun esto es verdad. Se cuenta, en efecto, que, aunque raras veces, tras la aparente mansedumbre, ha habido elefantes que se han embravecido contra los hombres y han producido muertes, por lo que se los condenó a morir por tenérselos ya por inútiles.

Luego, para demostrar, como él se imagina, que las cigüeñas son más piadosas que los hombres, echa mano de lo que se cuenta de este animal, que paga amor con amor y da de comer a los que lo engendraron.⁴⁰ A esto hay que decir que las cigüeñas no hacen eso por intuición que tengan de su deber, ni por reflexión, sino por impulso de la naturaleza; pues la naturaleza, que así las hizo a ellas, quiso mostrar en los irracionales un ejemplo capaz de confundir a los hombres y enseñarles a pagar su deuda de gratitud para con sus progenitores. Pero, si Celso hubiera comprendido la diferencia que hay entre hacer eso por razón y ejecutarlo irracionalmente y por instinto, no hubiera dicho que “las cigüeñas son más piadosas que los hombres”.

Y siguiendo aún en su lucha en pro de la piedad de los animales sin razón, echa mano del animal de Arabia, el ave Fénix, que visita a Egipto en el intervalo de muchos años, trae a su padre muerto y enterrado en una bola de mirra y lo deposita donde está el templo del sol (cf. *I Clem.* I 25). Efectivamente, esto es lo que se cuenta; pero dado que sea verdad, puede ser cosa también de instinto natural. La providencia divina quiso mostrar al hombre, en tantas diferencias de animales, lo variado de la constitución del mundo, que llega hasta las aves; e hizo también uno de especie única, para hacer que el hombre admire, no al animal, sino a quien lo hizo.

99. Síntesis de Celso y Orígenes

A todo esto une Celso esta conclusión: “No fue, pues, hecho el universo para el hombre, como tampoco para el león, ni para el águila o el delfín, sino para que este mundo, como obra de Dios, se desarrolle íntegro y perfecto en todas sus partes. A este fin está todo sometido a medida, no por el interés mutuo de las cosas, a no ser accidentalmente, sino por el interés del todo. De este todo se cuida Dios y jamás lo abandona su providencia, ni se hace peor, ni lo retorna Dios a sí mismo

⁴⁰ Esta buena fama de las ciguenas está bien acreditada: Aristot., *Hist. anim.* X 13 (615b.23); Philo., *Alex.* 61; *De decal.* 116; Plutarch., *Mor.* 962e; Aeliant, *N. H.* III 23; X 16; Plin., *Nat. Hist.* X 63; Artemidorüs, I 20; Basil., *Exaem.* VIII 5; Horapollon, *Hierogl.* II 58 (referencias de Chadwick). Semánticamente es notable el verbo aquí usado, *antipelargountos*, formado de *pelargós*, y fundado en la leyenda de la cigüeña. Parece, sin embargo, ser muy raro.

después de tiempos. No se irrita contra los hombres, como tampoco contra los monos ni las moscas, ni amenaza a los seres, cada uno de los cuales ha recibido su porción correspondiente”. Pues respondamos a esto siquiera brevemente. Por lo anteriormente dicho, creo haber demostrado cómo todo ha sido hecho para el hombre y para todo ser racional, pues para el animal racional fue principalmente creado todo. Diga, pues, Celso, enhorabuena, que no fue hecho el universo para el hombre, como tampoco para el león y demás animales que enumera; nosotros diremos que, efectivamente, ni para el león, ni para el águila, ni para el delfín hizo el Creador el mundo; sí, en cambio, para el animal racional y “para que este mundo, como obra que es de Dios, se desarrolle íntegro y perfecto en todas sus partes”. Este punto, convenimos estar bien dicho. Y no se cuida Dios solamente, como piensa Celso, del universo, sino también, aparte del universo, particularmente de todo ser racional. Nunca, ciertamente, abandona la providencia el universo; pues si una parte de él se torna peor por los pecados del ser racional, Él ordena que se purifique y trata de atraérselo después de tiempos a sí mismo. Tampoco se irrita contra monos ni moscas; pero sí que juzga y castiga a los hombres por traspasar los impulsos naturales y les amenaza por medio de los profetas y del Salvador, que vino a vivir con todo el género humano. Así, por la amenaza, se convierten los que la escuchan; pero los que descuidan las palabras propias para su conversión, reciben el castigo merecido, que es conveniente imponga Dios, según su voluntad, que mira al bien del todo, a quienes necesitan de esta cura y corrección tan penosa.

Pero el libro cuarto ha alcanzado ya volumen suficiente y aquí, como quiera, ponemos término a nuestro razonamiento. Concédanos Dios por su Hijo, que es Dios Verbo, sabiduría, verdad y justicia y todo lo demás que la teología de las Sagradas Escrituras predica sobre Él, comenzar el libro quinto para bien de los lectores y acabarlo felizmente por la presencia de su Verbo, que mora en nuestra alma.

0-0-0-0-0-0

Fuente
Orígenes - Contra Celso
Introducción, Versión y Notas por Daniel Ruiz Bueno
Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1967
páginas 177-3303.

Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora